

Andrés
Fábregas
Puig

**MARCOS
INSTITUCIONALES
DE LA ANTROPOLOGÍA
EN**

CHIAPAS

**A FINALES
DEL SEGUNDO
MILENIO**



Andrés
Fábregas
Puig

**MARCOS
INSTITUCIONALES** 
DE LA ANTROPOLOGÍA EN

CHIAPAS

**A FINALES
DEL SEGUNDO
MILENIO**



Primera edición: 2015
ISBN: 978-607-8410-24-8

D.R. © 2015 UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
1ª Av. Sur Poniente 1460, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México
www.unicach.mx

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO
Y CENTROAMÉRICA
Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza, San Cristóbal
de Las Casas, Chiapas, México
Tel. y Fax: 01 (967) 678 69 21
www.cesmeca.unicach.mx

Impreso en México

Índice

Proemio	7
Introducción	11
1. La elaboración del concepto de frontera sur y la fundación del CIESAS-Sureste. 1983-1985	21
2. El Instituto Chiapaneco de Cultura. 1989-1995	61
3. Del Instituto Chiapaneco de Cultura al Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. 1994-1995	99
4. Una reflexión: las paradojas de la antropología social en Chiapas	117

Epílogo 133

Referencias bibliográficas 143

Documentos 159

- Sobre “Clases, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica”, de Rodolfo Stavenhagen (1963)
- Sobre *Religión y sociedad en el sureste de México*, de Andrés Fábregas Puig *et al.* (1989)
- “Notas de campo en recorrido por la Sierra de Mariscal”, de Andrés Fábregas Puig (2013)
- Sobre “Etnodesarrollo”, de Guillermo Bonfil (1988)
- Sobre “El Caribe como región”, de Johanna von Grafensten (1992)
- Palabras finales de Joaquín Gutiérrez en el Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica
- Palabras de bienvenida de Petrona de la Cruz Cruz en el Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica (1992)
- Saludo de Pedro A. Escalante Arce en el Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica (1992)
- Relatoría de Sophia Pincemin en el Quinto Foro de Arqueología de Chiapas (1996)
- Palabras de Carlos Salinas de Gortari durante la Reunión Cumbre de Presidentes México-Centroamérica (1991)
- “Presentación” en el *Anuario 1994 del CESMECA*
- Sobre “Una reflexión acerca de la UNICACH”, de Andrés Fábregas Puig (1997)
- Sobre “Los Anuarios 1994 y 1995, nuevas aportaciones al conocimiento científico y humanístico”, de José Antonio Aparicio Quintanilla (1997)

Glosario de siglas 195

Proemio

Escribí este libro basándome en una investigación documental cuyas fuentes se informan a lo largo del texto y en la bibliografía. Usé también mis cuadernos de notas escritas en el transcurso de varios años, donde reflexiono acerca de los acontecimientos en los que participé. Llevé a cabo recorridos breves de campo durante diferentes fechas del año 2013, a zonas de frontera con Guatemala o por algunas ciudades de Chiapas, como Comitán o Las Margaritas, Yajalón y Tapachula. Conversé también con variadas personas, incluyendo académicos, políticos y administradores, y la asistencia a algunos foros y eventos académicos me provocó reflexiones que incorporé en el texto. Asimismo, mi participación en presentaciones de libros o en conferencias me permitió establecer contacto con un público amplio que, a través de sus intervenciones y preguntas, me aclararon o me sugirieron ideas y nuevas reflexiones. Es decir, estuve pensando en este texto de manera cotidiana para no errar en el hilo de su argumentación y relacionar la actualidad con los sucesos que aquí narro y sobre los cuales vierto opiniones analíticas. Escribí pensando en la importancia de la memoria, porque vivimos en

sociedades proclives al olvido. Sin embargo, la memoria es importante para alcanzar la claridad de la conciencia de época y de los cambios ocurridos, y esto nos permite situarnos en el mundo en que estamos.

Aunque menciono años recientes, el periodo que abarca este texto va de 1985 a 1995. En ese lapso se institucionalizó la investigación antropológica en Chiapas, entendiéndolo por ello la fundación de centros de investigación que arraigaron a los académicos y académicas interesados en los problemas y características del estado desde la perspectiva de una antropología analítica, no necesariamente con el objetivo de ser aplicada en algún programa específico, como lo fue el indigenismo. En rigor, el momento en el que inicia el proceso de institucionalización mencionado es el año 1983, cuando se pone en marcha el proyecto de investigación antropológica de la frontera sur en el marco institucional del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), financiado por el Programa Cultural de las Fronteras de la Subsecretaría de Cultura de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Los resultados de dicho proyecto dieron paso a la fundación del CIESAS-Sureste en 1985, lo que provocó la apertura de otros espacios para la investigación antropológica en Chiapas. Hasta donde llega mi información, no existe, antes de la investigación cuyos resultados presento, una reflexión acerca de ese importante periodo del desarrollo de la antropología social en Chiapas.

A lo largo de mi vida en Chiapas me he beneficiado de la amistad y la conversación con colegas y amigos, aunque mencionarlos a todos haría la lista muy larga, además de que temo dejar a alguien fuera por fallas de la memoria. Me refiero a colegas del CIESAS-Sureste, del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) y de otras instituciones. Llevo en el recuerdo a todos y todas quienes hicimos del Instituto Chiapaneco de Cultura una institución luminosa que nos cobijó, nos hizo crecer y nos ofreció la invaluable satisfacción de haber servido a la gente de Chiapas. No menos confortable fue la experiencia de la fundación de la Universidad Intercultural de Chiapas (UNICH) y lo que aprendimos con ella. Al recordar estas experiencias y las compañías con las que tuve la suerte de contar, no puedo menos que expresar lo valioso de esa larga caminata.

En este libro expongo mi visión de lo que se me antoja llamar “la institucionalización de la antropología analítica en Chiapas”, es decir, el

diseño, surgimiento y permanencia de instituciones locales desde las que se lleva a cabo la investigación antropológica con un sentido académico. En ningún momento asumo que la antropología no existía en Chiapas antes del proceso de institucionalización que analizo, sino que el arraigo de investigadores y el impulso de una orientación analítica, académica, son resultados del establecimiento de instituciones que impulsaron estos procesos y aseguraron su continuidad. Escribí para un público amplio, entre ellos, por supuesto, los académicos que nos dedicamos a las ciencias sociales. Quizá sea este texto un primer esbozo de reflexión acerca de un tramo de la trayectoria en Chiapas de una antropología —por todos llamada aplicada— distinta a la del indigenismo, con la que a través de estas páginas se establecen contrastes. Hago votos para que este texto despierte la discusión, porque a través de ella no sólo se aprende, sino que se hacen nuevos amigos.

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 10 de julio de 2014

Introducción

El estado de Chiapas en general, y la región de Los Altos en particular, han sido una suerte de “territorio antropológico”, tanto para las instituciones mexicanas que aplicaron la política indigenista desde la fundación del Instituto Nacional Indigenista (INI) en 1948, como para las universidades extranjeras, norteamericanas en su mayoría, que encontraron en el estado un ámbito de aplicación y experimentación de sus programas de posgrado. En efecto, los proyectos de largo plazo establecidos en universidades como la de Chicago o la de Harvard tenían también el propósito de formar a nuevos antropólogos, haciéndolos pasar por un entrenamiento intenso en el trabajo de campo. Sin embargo, esos proyectos no incluían el establecimiento de instituciones locales capaces de otorgar continuidad a la pesquisa antropológica y de formar a nuevos investigadores. Se configuró una suerte de “antropólogos trashumantes”, algunos de los cuales no regresaron más a Chiapas después de presentar sus tesis en sus respectivas universidades o concluir sus informes de investigación.

En general, la presencia de los antropólogos es añeja en el estado, y además se concentró en Los Altos de Chiapas porque esta región se ajustaba a los fines no sólo de crear conocimiento acerca de las culturas contemporáneas de filiación lingüística maya, sino porque además contaba con una situación particularmente atractiva: la existencia de una pequeña ciudad habitada por población ladina rodeada de comunidades indígenas, San Cristóbal de Las Casas, la antigua Ciudad Real. Como comentaré más adelante, esta característica de Los Altos de Chiapas fue decisiva en la instalación del primer Centro Coordinador Indigenista y en el inicio de la aplicación de la política indigenista en México.

En rigor, desde antes de constituirse el estado de Chiapas como tal, la exploración arqueológica o la presencia de viajeros atraídos por los pueblos indígenas o las ciudades arqueológicas ha sido constante desde los tiempos coloniales. Al abrirse el siglo XX, uno de los primeros antropólogos que se asentó en Chiapas fue Frans Blom, que de explorador petrolero se transformó en arqueólogo, etnógrafo, historiador del arte y fundador del centro Na Bolom en San Cristóbal de Las Casas, en donde reunió la que fuera la biblioteca más importante sobre los asuntos del estado y que a lo largo de los años ha sufrido un “saqueo de hormiga”, por lo que disminuyó de manera significativa su acervo original.

Frans Blom, danés, llegó a México en 1919 a través del puerto de Veracruz. Se empleó en las compañías petroleras inglesas y así llegó a Chiapas en 1922. En 1925, Blom, acompañado del etnólogo Oliver La Farge y del ayudante y guía Lázaro Hernández Guillermo, exploró las selvas del sureste mexicano y del Petén guatemalteco, auspiciado por la Universidad de Tulane en Luisiana, Estados Unidos. En esa universidad fue director del Departamento de América Media durante más de quince años. Se casó en 1943 con la fotógrafa suiza Gertrude Duby, a la que conoció en Ocosingo, Chiapas. Con ella se estableció en San Cristóbal y fundaron juntos Na Bolom (La Casa del Jaguar), en donde él murió en 1963. Su obra es pionera en términos de la antropología contemporánea, ante todo, como etnógrafo de la selva de Chiapas y arqueólogo de ciudades mayas como Palenque o Yaxchilán. Sus textos siguen siendo un referente para los estudiosos de Chiapas (Blom, 1986 y 1990). Incluso, Blom desarrolló una estrategia de investigación en la que combinó la arqueología, la exploración, la etnología y la historia

para explicar la permanencia de las culturas históricas asentadas en el territorio de Chiapas. Examinó con detalle a los cronistas para comparar sus descripciones con el material arqueológico, aunque sin otorgar importancia a las disquisiciones teóricas. La descripción fue la característica de sus textos, escritos con amenidad y rigurosidad. Su caminar por la selva fue constante. Sufrió una notable decepción porque no logró descubrir los muros pintados de Bonampak, aunque rondó cerca de ellos. Su obra permanece no sólo como parte del acervo histórico, sino que además es imprescindible para entender el Chiapas de aquellos años y los cambios que a través del tiempo forjaron la actualidad.

Alfonso Villa Rojas fue también un antropólogo pionero en Chiapas. Llegó a Oxchuc en los inicios de la década de los treinta, aunque sus trabajos de ese periodo se publicaron años después, en 1947. A Villa Rojas le interesó el nahualismo y su relación con las formas de parentesco, y en ese tipo de temas debe considerársele también un pionero (1947). Villa Rojas colaboró de forma destacada con Robert Redfield en Yucatán, tierra natal del primero, y llegó a constituirse en uno de los etnógrafos más importantes de México al escribir libros clásicos en el contexto de la antropología mexicana, como *Los elegidos de Dios* (1978), obra maestra de la etnografía de los mayas de Quintana Roo. Fue un indigenista congruente y convencido de la teoría de la aculturación inducida, lo que le valió la crítica severa de los antropólogos que rechazaron el indigenismo y las estrategias de asimilación concomitantes. Por ejemplo, Paul Sullivan escribió un libro en el que critica severamente el papel de Villa Rojas en su relación con los antropólogos norteamericanos (Sullivan, 1991). En Villa Rojas se personificó la combinación del etnólogo clásico y el antropólogo aplicado que laboró en una agencia del Estado cuyo objetivo no era la investigación académica, sino la asimilación de la población indígena del país.

El primer antropólogo norteamericano en llevar a cabo trabajo de campo en Chiapas fue Sol Tax en 1942. Llegó como profesor visitante, invitado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y se instaló en Los Altos de Chiapas, entre los tsotsiles y tseltales, pueblos indígenas que durante décadas fueron los más estudiados por los antropólogos en México. Con él también arribó a Chiapas el ya mencionado antropólogo Alfonso Villa Rojas. Años después de esa

primera estancia de Sol Tax y Villa Rojas, y sus discípulos mexicanos, como Fernando Cámara Barbachano, Ricardo Pozas Arciniega, la antropóloga cubana Calixta Guiteras Holmes y el etnólogo colombiano Gabriel Ospina, la Universidad de Chicago estableció en 1956 el proyecto El Hombre en la Naturaleza con un amplio programa de trabajo de campo en Los Altos de Chiapas; fue San Cristóbal de Las Casas la ciudad sede del proyecto. A su vez, en 1957, la Universidad de Harvard inició su Proyecto Chiapas en la misma región y con la misma ciudad de San Cristóbal como sede. Sus instalaciones fueron unas cabañas situadas en un predio que hasta hace poco tiempo se conoció como Rancho Harvard y que actualmente es un hotel de lujo.

Tanto los indigenistas mexicanos como los antropólogos fuereños asumieron que la región de Los Altos de Chiapas era representativa de la situación de los indígenas no sólo en Chiapas, sino también en el resto del país. Esta extrapolación incluyó el norte de México, en donde los indigenistas supusieron la existencia del “modelo mesoamericano” de la comunidad corporada cerrada, a tono con un momento en que el “desarrollo de la comunidad” se aplicó como instrumento de aculturación inducida (Sariego, 2002). El caso del norte de México, que Sariego Rodríguez ha discutido en diversas ocasiones, ilustra la influencia que ha tenido el “modelo mesoamericano” en la antropología que se hace en México y en la percepción del mundo indio del país. Aún hoy día, los prejuicios en contra de los patrones de asentamiento diferentes al modelo de comunidad corporada cerrada son evidentes en los proyectos de desarrollo y en infinidad de políticas públicas aplicadas entre los pueblos indios de México.

La presencia de la antropología en Chiapas al iniciar la segunda mitad del siglo XX obedece a la puesta en práctica de una de las escasas políticas que ha desarrollado el Estado mexicano: el indigenismo, la aculturación inducida de los pueblos indios. El nuevo Estado nacional, surgido del movimiento revolucionario iniciado en 1910, se propuso integrar una sociedad nacional, con su correspondiente cultura nacional, un propósito que los liberales del siglo XIX ya habían expresado.

Más aún, a finales del siglo XVIII, desde la Provincia de las Chiapas, fray Matías de Córdova publicó el que quizá sea el primer texto en delinear con claridad una política pública hacia los indígenas. El texto en cuestión se titula *Utilidades de que todos los indios y ladinos se vistan y calcen a la española y medios de conseguirlo sin violencia, coacción ni mandato*

(De Córdova, [1797]1951).¹ La tesis de fray Matías está influida por las corrientes económicas más avanzadas de la época: el mercantilismo y los primeros planteamientos de cómo debería funcionar una economía de mercado. En congruencia, la propuesta del fraile consistía en activar las industrias textiles y del calzado, obligando a los indios y a la población rural en general a “vestir y calzar a la española”; esto impulsaría un mercado interno de enorme potencial y la consecuente circulación monetaria que alentaría la economía en su conjunto. Al mismo tiempo, ese mecanismo asimilaría las culturas indígenas a las nacientes sociedades mestizas americanas, para fortalecer así sus identidades y sus lealtades locales.

Estos planteamientos pasaron al siglo XIX y, en parte, al XX, retomados por los indigenistas que vieron en la integración de los pueblos indígenas al mercado nacional, uno de los mecanismos más eficaces para inducir la aculturación y la asimilación. Se apoyó esta perspectiva en el planteamiento de la supuesta existencia de la comunidad corporada cerrada, que implicaba pensar a los pueblos indios como aislados del mundo contemporáneo, además de reacios a aceptar su pertenencia a una nación. La crítica hacia este punto de vista ha sido elaborada desde la década de los setenta, como bien lo expone Jan Rus (2010).

Ante el contexto creado por el Estado nacional surgido de la Revolución mexicana, la antropología, con presencia académica en México desde el siglo XIX (Rutsch, 2007), resultó una ciencia social idónea para el logro de los propósitos de aquél. El producto de esa conjunción entre la voluntad estatal de forjar una sociedad nacional con su correspondiente perfil cultural y la antropología en su más amplia acepción fue la política indigenista, planteada como la puesta en práctica de un proceso de aculturación inducida desde el Estado nacional. Ello explica el marcado interés de los antropólogos en México por trabajar casi de forma exclusiva con las sociedades indígenas, ejemplo que siguieron los antropólogos foráneos en momentos en que primaba el planteamiento de A.R. Radcliffe-Brown, de que la antropología es una “sociología especializada” en el estudio de los “pueblos primitivos” (Radcliffe-Brown, 1952).

1 Este notable ensayo de fray Matías de Córdova mereció el premio ofrecido por la Sociedad Económica de Amigos del País de Guatemala el 13 de diciembre de 1797.

En consecuencia, en 1951 se instaló en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas el primer Centro Coordinador del INI —fundado legalmente el 4 de septiembre de 1950—, uno de los primeros pasos en la aplicación del indigenismo, bajo los lineamientos que elaboró Alfonso Caso y con la perspectiva de la teoría de las regiones interculturales de refugio propuesta por Gonzalo Aguirre Beltrán. En ese contexto arribaron a Chiapas los antropólogos indigenistas para poner en práctica los mecanismos de la aculturación inducida y de ese modo solucionar el supuesto aislamiento de los pueblos indios. La región escogida para ello fue Los Altos de Chiapas, que reunía los elementos del modelo de región intercultural de refugio con un centro rector visible en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas (Romano, 2002). Gonzalo Aguirre Beltrán fue el primer director del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil, puesto que abandonó en 1952, presionado por el gobernador del estado de Chiapas, Francisco José Grajales Godoy, en medio del conflicto por el monopolio del alcohol conocido como la “guerra del posh” (Aguirre, 1994; Lewis, 2004).

La política indigenista tuvo una presencia notable en el escenario nacional de México. Había un convencimiento generalizado —que no unánime— en la inviabilidad de las sociedades indígenas y la urgencia de consolidar una sociedad nacional. Las discusiones acerca de la cultura nacional se sucedían con frecuencia (Zea, 1969). En Chiapas, el indigenismo y la presencia de los antropólogos suscitaban diversas reacciones que mostraron el carácter racista de varios sectores de la sociedad y su resistencia al mestizaje propugnado desde el Estado nacional. Los círculos de poder en Chiapas coincidían en que al indio no había manera de integrarlo a la sociedad nacional, por lo que era conveniente dejarlo como estaba. Un cúmulo de relaciones sociales asimétricas apoyaba esa orientación. El conflicto entre el monopolio alcoholero de la época y el propio Gonzalo Aguirre Beltrán es una muestra de esa situación. En primera instancia, Aguirre Beltrán tuvo que abandonar el estado de Chiapas, coaccionado por el gobernador.

Como una secuela del conflicto, se llevó a cabo un estudio que dirigió Julio de la Fuente —quien sucedió a Aguirre Beltrán al frente del Centro Coordinador en San Cristóbal— en medio de múltiples problemas y cuyos resultados fueron ocultados largo tiempo hasta

publicarse en 2009 (De la Fuente, 2009).² Previo a la publicación del informe completo de Julio de la Fuente, el historiador norteamericano Stephen E. Lewis dio noticia del mismo en un texto titulado “La guerra del posh, 1951-1954” (Lewis, 2004), al que antecedía un comentario de Aguirre Beltrán sobre este conflicto (Aguirre, 1994: 148-150). Este es uno de los sucesos que indica que aún faltan por evaluar regionalmente los resultados de la acción indigenista.

En estados como Chiapas, el INI fue recibido con desconfianza por el propio gobierno estatal y su presencia motivó una clara reacción de rechazo porque se le concibió como una institución que abría espacios a los pueblos indios y, con ello, amenazaba la hegemonía del mundo ladino sobre esos pueblos (Aguirre, 1994). La sola idea de la posibilidad del mestizaje con indígenas causó alarma en los círculos de poder chiapanecos y en sectores emergentes de las clases medias, que veían en ello un planteamiento inaceptable. Si bien la política de asimilación de los pueblos indígenas implicaba su práctica desaparición cultural y, de hecho, sobre ello se centró la crítica al indigenismo, el medio para lograrlo incluía abrir caminos y construir clínicas, escuelas y mejores viviendas en las regiones indígenas, con lo que se esperaba no sólo mejorar el nivel de vida en ellas, sino incorporarlas a la vida nacional. El planteamiento resultó “subversivo” para los círculos de poder chiapanecos. Gonzalo Aguirre Beltrán tuvo que abandonar Chiapas junto con Erasto Urbina y Matías Castellanos, sus consejeros chiapanecos (Aguirre, 1944; Lewis, 2004).

La temprana presencia del INI y de las universidades norteamericanas en Chiapas tuvo respuestas locales en los estudios de Jacinto Arias y de Beatriz Albores. Son trabajos casi simultáneos de dos antropólogos nativos del estado. Jacinto Arias, primer antropólogo tsotsil, publicó en 1975 su primer libro, titulado *El mundo numinoso de los mayas*. Por vez primera en el ámbito de la antropología mexicana, se dio a conocer el punto de vista de un antropólogo indígena no sólo acerca de su propio mundo, sino de la articulación con la nación y los postulados y práctica de la política indigenista. Según el argumento de Jacinto Arias, el orbe indígena de Los Altos de Chiapas era un ámbito de

2 Hacia inicios de la década de 1980, me enteré de la existencia de este informe de boca de Eduardo L. Menéndez. Eran los primeros años del CIESAS.

conflicto social y psicológico que obligaba a pensar los procesos de cambio cultural desde la perspectiva de los propios indígenas. En su análisis, Jacinto Arias expuso en su texto lo que él llamó “el mundo numinoso de los indígenas”, el papel del individuo en ese contexto, su percepción y la importancia del maíz, todo ello en referencia a los procesos cognitivos. Examinaba qué sucedía cuando el simbolismo cultural de los ladinos se imponía sobre ese mundo numinoso, tanto en el plano de la conciencia, como en el inconsciente de los pueblos indígenas habitantes de Los Altos. Arias advirtió que su texto era una reacción contra las arbitrariedades e imposiciones con las que la “civilización nacional mexicana amenaza con aniquilar a los grupos étnicos indígenas” (Arias, 1975: 14).

Beatriz Albores Zárate, nativa de Tuxtla Gutiérrez, estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), presentó un texto en esa institución para obtener la maestría en antropología, derivado de un proyecto de investigación inscrito en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y en el cual participaron Andrés Medina, Marcela Lagarde y Dora Kanusi. Su tesis profesional se publicó con el título de *El funcionalismo en la etnografía tzeltal-tzotzil* (Albores Zárate, 1978), justo dos años antes de finalizar la década de los setenta, periodo en el que Chiapas pasó por un momento de cambios que, a la postre, definieron la vida de la sociedad local en las décadas siguientes.³ Así como Jacinto Arias criticó la política indigenista, Beatriz Albores examinó la literatura que los antropólogos habían escrito en aquellos años y la sometió a un análisis que descubría las flaquezas de la visión estructural-funcional. Un aspecto que destacó de esta escuela teórica fue la preocupación por demostrar que las sociedades indígenas de Los Altos de Chiapas repetían los patrones prehispánicos de organización social y, por supuesto, el orbe cultural correspondiente. Esta orientación se complementó con la suposición indigenista planteada en los textos de Gonzalo Aguirre Beltrán, de la región intercultural de refugio como un enclave colonial

3 El texto de Beatriz Albores está prologado por Andrés Medina. Allí explica la importancia del propio trabajo de Albores y por qué Chiapas atrajo a los antropólogos hacia el estudio de los pueblos indios. Este prólogo es imprescindible para entender el desarrollo de los primeros momentos de la antropología en Chiapas.

en pleno México moderno, que sólo sería posible superar a través de la aculturación inducida (Aguirre, 1967). Beatriz Albores criticaba estos supuestos y mostró la interdependencia del indigenismo como política aplicada y la orientación estructural-funcional como teoría antropológica. Es decir, el indigenismo formó parte del Estado nacionalista surgido de la Revolución de 1910, aspecto que se revelaba en la articulación de los trabajos antropológicos discutidos por Albores, con los planteamientos de Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán. El propio Andrés Medina, en el prólogo al libro de Albores, indicó estos aspectos de concordancia entre antropólogos y Estado nacional (Albores Zárate, 1978). Asimismo, Beatriz Albores señaló con claridad que en Chiapas no operaban las corrientes de una antropología cultural, sino las de la antropología social desarrolladas por antropólogos como A.R. Radcliffe-Brown. Más todavía, trabajos como los de Arias y Albores revelan cómo el Estado nacional asignó contenidos a la antropología que, de esta manera, surgió en el México del siglo XX más como un instrumento del gobierno para alcanzar el objetivo de suprimir la variedad cultural y asimilarla en una nacionalidad diseñada por el Estado, que como una disciplina académica.

Los trabajos antropológicos en Los Altos de Chiapas generaron también un interés por parte de los escritores. En el campo literario se configuró el llamado “Ciclo de Chiapas” con obras escritas por Ricardo Pozas, María Lombardo de Caso, Ramón Rubín, Carlo Antonio Castro, Rosario Castellanos y Eraclio Zepeda (Sommers, 1965), a los que se debe sumar a Francisco Rojas González, autor de *El Diosero* (1952). Fueron momentos en los que las características culturales y la organización social, religiosa y política de tseltales y tsotsiles estuvieron presentes en los textos de antropología, en las aulas universitarias, en la literatura, en el cine mexicano o en las discusiones acerca de la cultura nacional y el futuro en México de los pueblos indígenas (Romano, 2002).

De este periodo indigenista de la antropología en Chiapas existen evaluaciones y diagnósticos que son referentes para quien se interese en la historia de la antropología en México, como el libro de Evon Vogt, *Fieldwork among the Maya* (1994), el de Agustín Romano Delgado, *Historia evaluativa del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil* (2002), o el texto de Jan Rus, “Antropología social en los Altos de Chiapas: historia y bibliografía” (1983). Trabajos hay que examinan el acervo

histórico heredado por el INI, como el texto escrito por Justus Fenner y Dolores Palomo (2008). Es decir, la etapa en que los antropólogos del INI y los de las universidades de Chicago y Harvard estuvieron en Chiapas está documentada y se ha discutido con alguna intensidad.

Un antecedente de la reflexión sobre la institucionalización de la antropología en Chiapas es el trabajo de Gabriel Ascencio Franco, quien, al examinar las revistas que editan los centros de investigación en Chiapas, contribuyó a entender el desarrollo institucional de las ciencias sociales en el estado (Ascencio Franco, 2011). Años atrás escribí una revisión de los anuarios y revistas de tres centros de investigación en Chiapas en la que hice notar la consolidación del quehacer analítico desde el campo de las ciencias sociales arraigado en Chiapas (Fábregas, 2001a). Pero hay temas y sujetos de la reflexión antropológica en Chiapas, incluyendo el de la institucionalización de la disciplina y los propios cambios institucionales, que no han tenido la difusión que alcanzaron los primeros trabajos entre los pueblos indios, ni se han discutido sus efectos en la sociedad ni su impronta en el diseño de políticas públicas, tanto locales como nacionales. Debe subrayarse que existe un contrapunto de la antropología social, las intervenciones del Estado nacional en Chiapas y los círculos de poder de la entidad, que explica en buena medida los derroteros de la investigación en ciencias sociales. A la reflexión de ello se dedica este texto, particularmente en el periodo que va de 1985 a 1995.

1. *La elaboración del concepto de frontera sur y la fundación del CIESAS-Sureste. 1983-1985*

La década de 1970 constituyó en México un periodo de cambios en varios aspectos de la vida nacional que incluyeron la antropología, disciplina que se diversificó y desconcentró.⁴ Esos momentos coincidieron con la formación de nuevas generaciones de antropólogos que abrieron nuevos sujetos a la reflexión y nuevos campos temáticos al margen del indigenismo. El movimiento estudiantil de 1968 provocó que se intensificara la crítica al llamado “sistema político mexicano” (Cosío, 1972) y a la política indigenista que varios grupos de antropólogos venían delineando desde años anteriores. En 1970, una parte de estos grupos de antropólogos publicaron el libro colectivo *De eso que llaman antropología mexicana* (1970), que bien puede considerarse como el manifiesto del grupo crítico dentro del cual destacó Guillermo Bonfil

4 Para los efectos de este texto, “desconcentrar” significa llevar fuera de México D.F. la investigación y la docencia de la antropología, mientras que “descentralizar” se refiere a que se acepte el manejo local de los presupuestos de instituciones federales desconcentradas. En la teoría política es lo contrario: el poder primero se centraliza y después se concentra.

Batalla. El libro se difundió ampliamente y mereció varias respuestas de Aguirre Beltrán (1994). La antropología en México se perfilaba hacia la pluralidad temática e institucional, en el marco de un sexenio en el que aún estaba presente el movimiento estudiantil de 1968. Luis Echeverría Álvarez llegaba a la Presidencia de la República después de haber ocupado la Secretaría de Gobernación en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Recién llegado a la Presidencia Luis Echeverría Álvarez, ocurrió la represión contra los estudiantes que se manifestaban nuevamente en la ciudad de México, justo el jueves de corpus, el 10 de junio de 1971.

Con estos signos ominosos, sin embargo, fue un sexenio en el que la antropología continuó en los primeros planos de la atención nacional. Se configuró lo que he llamado “el liderato tripartito”, formado por Gonzalo Aguirre Beltrán, Ángel Palerm y Guillermo Bonfil Batalla. El primero ocupó la Subsecretaría de Educación en la SEP, desde donde controlaba el propio INI. La influencia de Aguirre Beltrán fue evidente al abrirse centros coordinadores indigenistas en prácticamente todo el territorio nacional. Además, logró que Guillermo Bonfil aceptara la dirección del INAH, que ocupó en 1972. El liderato tripartito fundó en 1973 el Centro de Investigaciones Superiores del INAH, antecedente del actual CIESAS, y cuyo primer director fue Ángel Palerm (1973-1976). En esa misma década se estableció el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales (1976), con el propósito de mantener la presencia de los mismos en la discusión de los grandes problemas nacionales, además de ofrecer una alternativa de organización profesional.

Fue en esa década también, en 1975, cuando se fundó el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana en la Unidad Iztapalapa (Krotz, 1988), y en 1979 se inauguró la licenciatura en antropología en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Barbosa, 1988). Por su parte, Andrés Medina y Carlos García Mora publicaron un par de volúmenes en los que compendieron las discusiones entre los antropólogos mexicanos (Medina y García Mora, 1983), que en parte eran producto de la diferenciación creciente de la disciplina y de sus marcos institucionales.

En los escenarios internacionales aumentaba la protesta y el rechazo a la guerra de Vietnam, a la que se asociaba con los planes de contrainsurgencia puestos en marcha por el gobierno de Estados Unidos en América Latina en la década de 1960-1970 (Sahlins, 2000;

Fábregas, 2005). El ciclo guerrillero en Latinoamérica se intensificaba, particularmente en Guatemala, Nicaragua y El Salvador, y el nuevo orden colonial se sujetaba a la crítica desde diversos ángulos y enfoques sociales y políticos.

En ese contexto de crítica, discusiones, diversificación y desconcentración de la antropología en México, hacia el año 1983 se planteó llevar a cabo un estudio antropológico de la frontera sur de México. En un estado como Chiapas, ello significaba introducir nuevos sujetos y nuevos temas en la reflexión antropológica. A la postre, los resultados del proyecto de investigación de la frontera sur crearon una coyuntura que permitió arraigar a los investigadores a través del establecimiento de la unidad Sureste del CIESAS (CIESAS-Sureste), con sede en Chiapas y abarcando los estados de Campeche, Quintana Roo y Tabasco. En este centro se alojarían los primeros proyectos de investigación antropológica que propusieron ámbitos de reflexión que incluían temas como la diversidad religiosa o la colonización de las selvas, además de la continuación del estudio de la frontera sur y los vínculos de México con los países centroamericanos.

Antes de ello, debe mencionarse que Juan Pohlenz venía desarrollando un trabajo de análisis antropológico de las plantaciones de café en el Soconusco, investigación que contrastaba con la concentración de antropólogos en Los Altos de Chiapas. Pohlenz terminó de redactar su texto en 1979, pero su publicación tuvo que esperar quince años, para aparecer en 1995 bajo el pie editorial del Centro de Investigaciones Históricas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas (CIHMECH), antecedente del actual Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste (PROIMMSE), adscrito al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Si bien Ricardo Pozas había señalado la importancia de entender la relación entre Los Altos de Chiapas y el Soconusco para explicar la economía de plantaciones en Chiapas (Pozas, 1952), fue el estudio de Pohlenz el que profundizó en el tema. En ese trabajo, Pohlenz se propuso superar el “círculo recurrente” de los estudios indigenistas y plantear una antropología comprometida en explicar la complejidad creciente de la sociedad en Chiapas. Seleccionó el Soconusco y las plantaciones de café porque, según su punto de vista, en esa región inició en Chiapas la economía de mercado, y era ahí también donde se mostraba con mayor claridad la articulación entre una “economía mercantil simple” como la de Los

Altos y el capitalismo dominante en los niveles regional y nacional (Pohlenz, 1994). Ciertamente, una parte del trabajo de Pohlenz fue usado por él mismo en el contexto del proyecto de investigación de la frontera sur (Pohlenz, en Fábregas *et al.*, 1985: 58-62). Con ello, los textos de este autor contribuyeron a la discusión de una nueva temática en la antropología de Chiapas, que de hecho continuó bajo variadas perspectivas (Pérez Castro, 1989; Salazar, 1988; Von Mentz *et al.*, 1988).

En esa tesitura, Mariano Báez en el Soconusco —en el contexto del proyecto antropológico sobre la frontera sur— continuó el análisis de la plantación desde un punto de vista regional e histórico, lo que contribuyó al conocimiento de una realidad ignorada por la antropología hasta esos años. Discutió los enlaces históricos de Chiapas con Guatemala y la continuidad cultural entre ambas entidades con objeto de explicar las bases locales de los reclamos para hacer del Soconusco el estado número 33 de la federación mexicana. Los sustratos históricos —que decía Vilfredo Pareto— se mostraban de nuevo en la realidad de una región con dinámicas de la economía de mercado, operantes a través de la plantación desde los tiempos coloniales (Báez, en Fábregas *et al.*, 1985: 133-197). Teniendo en cuenta ese contexto analizado por Pohlenz y Báez, no es de extrañar que fray Matías de Córdova escribiese en Tapachula, en 1797, un ensayo situado en la lógica de la emergente economía capitalista.

El complemento de los estudios sobre el Soconusco, en el contexto del proyecto de investigación de 1983, lo escribió Patricia Ponce desde la perspectiva de los estudios de caso, detallando las configuraciones históricas que explican la formación regional (Ponce, 1985). De esta manera se establecían las posibilidades analíticas para entender las articulaciones regionales internas de Chiapas a través de los enlaces entre ecologías culturales diversas: la agricultura de milpa de Los Altos de Chiapas y de varios municipios fronterizos de Guatemala, con la plantación de café del Soconusco. La desarticulación de esta relación, efectuada con el retiro hacia la selva de los cultivadores provenientes de Los Altos de Chiapas, enmarcó un nuevo ámbito de articulaciones que tuvieron importancia en la emergencia del movimiento armado del 1 de enero de 1994 y que incluía la colonización inducida de la selva (Fábregas, 2001b).

Una contribución importante de los trabajos en el Soconusco, además de superar las visiones de comunidad tan caras al estructural-

funcionalismo aplicado en Los Altos de Chiapas, fue mostrar las dinámicas históricas regionales y las articulaciones de ecologías culturales diversas —la agricultura de milpa con la plantación—, un aspecto en el que había insistido Aguirre Beltrán desde la perspectiva del análisis de la región intercultural de refugio. Lo que hicieron los trabajos sobre el Soconusco fue demostrar las interconexiones de esos ámbitos regionales y la forma en que vertebraban la sociedad de Chiapas y sus relaciones con Centroamérica. Más todavía, esos trabajos demostraron la articulación de los ciclos de la agricultura de plantación con las economías derivadas de la milpa alteña de Chiapas.

Situados de nuevo en la década de los setenta, mientras Pohlenz estudiaba la economía de plantación en el caso del café y en la región del Soconusco, Ángel Palerm formaba un grupo de investigación para atender el problema de los desplazados por la construcción de la hidroeléctrica de La Angostura. El proyecto —contratado por la Comisión Federal de Electricidad— se llevó a cabo de 1969 a 1970. La citada hidroeléctrica fue erigida en medio de una región dominada por uno de los más antiguos cacicazgos de Chiapas: el de Carmen Orantes, *don Carmen*, como era ampliamente conocido, con su centro de poder en el poblado de Venustiano Carranza, el antiguo San Bartolomé de los Llanos. Aunque no estaba previsto que se inundara éste, su calidad de centro rector de la región llamó la atención de una de las integrantes del grupo de antropólogos, Virginia Molina, quien, animada por Ángel Palerm, emprendió el estudio de la pequeña ciudad. El resultado fue un libro clásico para la antropología de Chiapas: *San Bartolomé de los Llanos: una urbanización frenada* (1976).⁵ El actual municipio de Venustiano Carranza recibió ese nombre en 1934, con la oleada nacionalista emergida de la Revolución de 1910. Además de la población ladina, el lugar ha estado habitado por los totiques, hablantes de tsotsil, aunque en el municipio también se localiza población tseltal; y fue esa presencia india la que atrajo, para su estudio, a antropólogos como Marcelo Díaz de Salas, Arthur Rubel y Michael Salovesh, antes del trabajo de Virginia Molina. Esta

5 El grupo de investigación estuvo formado por: Carlota Díez Loredó, Shoko Doode, Raúl Gómez, Bolívar Hernández y Virginia Molina, todos ellos antropólogos. Participó también el sociólogo Hugo V. Trejo. El director de campo fue el antropólogo Vicente Villanueva. Todos fueron dirigidos por Ángel Palerm.

última conoció los textos de esos autores, los usó en su trabajo y los citó en el cuerpo del libro y en la bibliografía.⁶

Uno de los temas que preocupaba en ese momento era el de las relaciones ciudad-campo, discutido en los seminarios que dirigía Ángel Palerm en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana en la ciudad de México. Además de los textos de Robert Redfield y su conocido planteamiento del *continuum* folk-urbano, Ángel Palerm introdujo los puntos de vista de Gideon Sjoberg expuestos en su libro *The Preindustrial City* (1951). Virginia Molina emprendió su trabajo en Chiapas en el contexto de las discusiones en los seminarios de la Universidad Iberoamericana que incluían la reflexión de la lectura de Sjoberg. La otra presencia teórica importante era la de Gonzalo Aguirre Beltrán, en particular su teoría sobre los centros rectores regionales desarrollada en el contexto de la política indigenista. San Bartolomé de los Llanos fue el centro rector de una amplia región que quedó bajo las aguas una vez construida la presa. Su estudio mostró la aplicabilidad del planteamiento de Aguirre Beltrán sobre los mecanismos de integración regional, uno de sus aportes más importantes. Ello llevó a Virginia Molina a un campo emergente en la antropología chiapaneca de aquellos años: la antropología urbana y las configuraciones del poder. El enfoque regional permitía, además, extender la reflexión más allá de los límites abarcados por el cacicazgo, que resistió ante el avance del Estado nacional porque ello implicaba descubrir sus bases clientelares y la lógica de poder que subyacía al aislamiento como una condición necesaria para su permanencia y continuidad. Al igual que el indigenismo amenazó las arcaicas relaciones sociales en Los Altos de Chiapas, la construcción de las hidroeléctricas probó ser eficaz para modernizar las formas de poder en el estado. La construcción de la presa de La Angostura fue el principio del fin del cacicazgo de don Carmen Orantes en la región.

Los trabajos desarrollados en San Bartolomé de los Llanos por Marcelo Díaz de Salas, Arthur Rubel y Michael Salovesh formaron parte

6 Además, los materiales de la investigación se discutieron en un seminario especial en 1971, celebrado en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana, dirigido por Ángel Palerm y en el que participamos con Arturo Warman. Este último y yo discutimos el borrador final de San Bartolomé de los Llanos con Virginia Molina. Me sigue pareciendo un espléndido libro.

del proyecto *Chiapas* de la Universidad de Chicago y se enfocaron en el estudio de la población tsotsil y tseltal que vivía alrededor del municipio, considerada como parte de Los Altos de Chiapas.⁷ El objetivo de Virginia Molina era otro: entender San Bartolomé de los Llanos como un centro de integración regional, incluido el papel del cacicazgo. El interrogante mayor consistía en descubrir el tipo de factores que hacían de la pequeña ciudad un centro rector regional. El libro de Molina se publicó seis años antes del inicio del proyecto antropológico en la frontera sur, avanzado el proceso de desconcentración y diversificación de la antropología social en México.

Su texto dejó al descubierto la importancia de entender las dinámicas regionales de México y la relación de estas últimas con la configuración de los poderes locales. No menos importante resultó su examen de la articulación entre el poder caciquil, en cierto sentido informal, y el constituido por la administración pública, la burocracia local y los buscadores de poder que llegaban a ejercer el control del estado en Chiapas. Las formas de poder que resultaban de ello formaban un conjunto que oponía resistencia al Estado nacional, más que un prurito de defensa de los intereses o las identidades locales, porque veían en las grandes obras públicas emprendidas por el Estado nacional una amenaza directa al orden local establecido. En cierta manera, la referencia a Wittfogel (1959) funcionaba en una situación así, en la medida en que la construcción de grandes obras públicas, como las hidroeléctricas, implicaba la expansión de los controles centralistas del Estado nacional mexicano.

En otras palabras, asistíamos en aquellos años a la observación de una dinámica por medio de la cual las estructuras locales de poder eran absorbidas por la centralización del poder en el aparato del Estado nacional. La antropología en Chiapas incursionaba en la reflexión de estos complejos procesos a través de proyectos como el que dirigió Ángel Palerm y de libros como el que escribió Virginia Molina Ludy.

7 Ver Marcelo Díaz de Salas (1995), Arthur Rubel (1959) y Michael Salovech (1971). Sugiero leer la presentación al libro de Díaz de Salas escrita por Andrés Medina, en la que informa de aspectos importantes del desarrollo de la antropología en Chiapas.

La frontera sur como tema antropológico

Hacia el inicio de la década de los ochenta aún perduraba en el país la memoria de una sola frontera: la del norte, en colindancia con Estados Unidos. Es más, en el lenguaje coloquial mexicano se usaba el término “la frontera”, que revelaba ese hecho. En el campo de las ciencias sociales en general, y en particular en el contexto de las disciplinas antropológicas en el país, no existía una discusión o reflexión sistemáticas acerca del concepto de frontera y de su utilidad para comprender los procesos que forjaron los Estados nacionales en Latinoamérica. Es decir, la articulación política de la diversidad regional en un espacio nacional creó las fronteras que los respectivos Estados fijaron como límites del territorio controlado.

En ese sentido, y visto a la distancia, resalta el libro pionero *La paz de Dios y del rey* (1988), donde Jan de Vos discutió la cuestión fronteriza de México con Centroamérica al historiar la Selva Lacandona. Cuando inició el proyecto de investigación antropológica de la frontera sur mexicana a mediados del año 1983, el tema era nuevo en el contexto de la antropología social en el país y, por supuesto, en el contexto de la antropología que se hacía en Chiapas. Es decir, los antropólogos sociales en México, nacionales o extranjeros, no habían abordado el estudio de las relaciones con Centroamérica ni los procesos que llevaron al establecimiento de una frontera límite con los países de esa macrorregión.⁸

El grupo de investigación de la frontera sur estuvo en capacidad de abarcar los estados de Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán para llevar a cabo el trabajo de campo. Centroamérica era una presencia borrosa para la población del país, aunque la intensidad de las guerras en la macrorregión y el trabajo de los comités de solidaridad con los pueblos centroamericanos contribuyeron a dirigir la atención hacia el istmo centroamericano y sus problemas (Fábregas, 2006). Para los propósitos del proyecto de investigación, era importante una

8 Mis inicios en el análisis de las situaciones de frontera se remontan a las discusiones con Ángel Palerm en 1970. En 1973, mi examen de la formación histórica de Los Altos de Jalisco me descubrió la importancia de la frontera de la expansión castellana hacia el norte de la Nueva España, así como la importancia del mismo proceso para explicar las sociedades rancheras. (Fábregas, 1986).

caracterización cultural de la frontera sur, además de su elaboración conceptual. Era una cuestión básica responder a la pregunta de qué entenderíamos por frontera sur de México. En principio, la respuesta se dirigió hacia lo obvio: la franja fronteriza entre México y Guatemala, y entre México y Belice. Sin embargo, para el desarrollo del trabajo de campo esta fue una cuestión central para delimitar tanto los ámbitos de estudio, como los temas concretos a los que se dedicaría cada investigador.⁹

En mi caso, recorrí la frontera siguiendo la línea que pasa por varios municipios de Campeche, Chiapas, Tabasco y Quintana Roo, y que delimita México con Guatemala y con Belice. Se trata de una línea quebrada de 1138 kilómetros de longitud, de los que 962 conforman la frontera con Guatemala y 176 con Belice. Aunque Yucatán no hace frontera con Centroamérica, ciertamente es parte del ámbito fronterizo y, junto con Quintana Roo, colinda con la frontera escondida, la del Caribe.

Las consideraciones arqueológicas y etnohistóricas intervienen en esta caracterización de la frontera sur. El antiguo territorio que abarcaron los pueblos de la familia lingüística maya (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2009: 221-279) medía 350 000 kilómetros cuadrados y su correspondencia actual atañe a porciones territoriales de las entidades federativas mexicanas de Campeche, Chiapas, Tabasco, Quintana Roo y Yucatán, así como de los Estados nacionales de Belice, Guatemala y Honduras. Los trabajos arqueológicos y etnohistóricos documentan que las relaciones entre los diferentes pueblos de la familia lingüística maya fueron intensas e incluyeron no sólo los intercambios comerciales, sino también las alianzas de parentesco, que se usaban como mecanismos políticos, además de las convergencias culturales por vía del idioma o de las concepciones del mundo y, aun, de la guerra.

Pero no fue el orbe indio el único que dio unidad a la actual frontera entre México y Centroamérica, sino también el régimen

9 El grupo de investigación que me correspondió coordinar estuvo conformado por Juan Pohlenz, Mariano Báez, Gabriel Macías, Antonio Higuera, Patricia Ponce, Luz del Carmen Vallarta, María Teresa Ejea, María del Rayo A. Campos, Aurora Díez-Canedo, José Eduardo Tappan, Jorge Mario Martínez y María del Carmen Barreneche. Los textos escritos por este grupo de investigación se relacionan en la bibliografía.

colonial. En efecto, la Capitanía General de Guatemala pasó a ser una unidad administrativa que incluyó, tiempo atrás, el actual estado de Chiapas. Este último osciló entre la frontera norte de la Capitanía y la frontera sur de la Nueva España. Los vínculos entre las poblaciones a ambos lados de los ríos fueron intensos, lo que llevó a que se configurara un círculo cultural que incluyó a los pueblos originarios y a la sociedad criolla emergida de la Colonia. Intelectuales como fray Matías de Córdova ejemplifican esa vinculación y una tradición de uso de la palabra y de creación literaria que forjaron ámbitos culturales comunes.

En el siglo XIX se definieron los Estados nacionales y Chiapas se incorporó al Estado nacional mexicano, pero conservó su mundo cultural enlazado a Centroamérica. Este es un factor de importancia para entender el concepto de frontera sur de México. En efecto, la frontera entre Quintana Roo y Belice, atravesada por el río Hondo, ha sido un punto de convergencia e intercambio desde los días anteriores a la Colonia. En la actualidad, es importante la población maya que vive en Belice y que es parte de los pueblos mayas que habitan en Yucatán y en El Petén guatemalteco. Pero no es sólo el factor maya. También la población mestiza de origen mexicano es significativa en Belice, como lo demuestra la existencia de una literatura en lengua castellana. Es decir, el concepto de frontera sur de México toma en cuenta que los límites políticos entre los Estados nacionales involucrados se trazaron en medio de contextos culturales similares y de correspondencias históricas en la configuración y en los procesos de centralización de las formas de poder. La diferenciación posterior de esos procesos obedeció, precisamente, a las dinámicas propias de la consolidación de cada Estado nacional involucrado, y en ello, de nuevo, el factor fronterizo estuvo presente.

En el Chiapas de 1983, dieciséis municipios colindaban con Guatemala —por las reformas de 1999, en la actualidad son diecinueve—. Dos municipios de Campeche y dos de Tabasco hacen frontera con Guatemala. En Quintana Roo, un solo municipio hace frontera con Belice y con Guatemala. En total, veinticuatro municipios configuran la frontera de México con Centroamérica. La que he llamado frontera escondida, la de México con el Caribe, no está reconocida oficialmente, pero se configura por el litoral de los estados de Yucatán y Quintana Roo e incluye la frontera con

Belice. Expresado en kilómetros cuadrados, el territorio que abarca la frontera sur de México es considerable: 84 511.14. Este vasto territorio es el ámbito de una situación plurirregional que incluye diferentes ecologías culturales ubicadas en una multiplicidad de ámbitos naturales, desde los asentamientos en medio de los bosques de niebla en las alturas de la Sierra Madre de Chiapas, pasando por los territorios intermedios, las planicies, los valles y la selva, hasta descender a los litorales. La pluralidad cultural y lingüística se corresponde con la variedad de las ecologías culturales en un territorio en el que la ruralidad es aún dominante, no obstante los avances de la urbanización. En la Sierra, los pueblos indígenas mam, ka'kchiquel, jacalteco y mochó conforman una población transfronteriza que comparte lengua y cultura, mientras que la población no indígena también mantiene relaciones cotidianas en ambos lados de una frontera porosa, intensa en su vida cotidiana. En los municipios de Las Margaritas y La Trinitaria, los chujes son otro pueblo transfronterizo, con asentamientos y poblados a ambos lados de la demarcación. Una parte del pueblo chuj fue trasladado a Campeche, a los municipios de Champotón y Campeche (Limón, 2009). Así, la frontera sur de México, en colindancia con Centroamérica y el Caribe, es una realidad plurirregional, variopinta y multilingüe, un mosaico de ecologías culturales resultantes de procesos diversos y de historias compartidas (Fábregas, 1985 y 1990).

La noción de frontera sur es comprehensiva de esta vastedad humana, mientras que su particularización en la frontera con Guatemala y con Belice, más la del Caribe, implican relaciones concretas entre Estados nacionales, en contextos y ámbitos particulares, que toman en cuenta ambos lados de las líneas. Así, vista desde Guatemala y Belice, la frontera con México está al norte. Desde el Caribe, tomando Cuba como referencia, México está al oeste. Desde la perspectiva de estas colindancias, el estado de Chiapas es el que tiene mayor número de municipios en frontera, en este caso, con Guatemala. Es una frontera variada que desde el lado guatemalteco implica seis departamentos, con una población básicamente rural, distribuida en multitud de poblados y aldeas (Pohlenz, en Fábregas *et al.*, 1985; Nolasco, 1984). En el caso de Chiapas, Pohlenz distinguió la región fronteriza del Soconusco, la región fronteriza de la Sierra Madre y los Llanos y la región fronteriza de la Selva (Pohlenz, en Fábregas *et al.*, 1985: 56),

distinción que es operativa en la actualidad.¹⁰ Uno de los resultados del proyecto de investigación de 1983 fue evidenciar que la frontera sur de México se hacía presente en el escenario nacional debido a tres factores:

- 1) Las guerras en Centroamérica, que crecieron en intensidad a partir de 1975 y que hacia principios de 1980 se recrudecieron. México recibió en los estados del sur-sureste, sobre todo en Chiapas, contingentes significativos de población desplazada por las guerras. Era una inmigración nueva en el país porque en esta ocasión se trataba no de intelectuales y luchadores políticos, sino de campesinos e indígenas que huían en masa ante el terror impuesto por los ejércitos de sus países.
- 2) El descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo, sobre todo frente a las costas de Campeche, donde el pozo Cantarell y su riqueza hicieron exclamar al presidente José López Portillo: “hay que administrar la abundancia”. A partir de ese momento, los estados de la frontera sur mexicana aparecieron como poseedores de las fuentes de energía más importantes para el país. Además de los pozos petroleros, con anterioridad la construcción de las hidroeléctricas había revelado otro de los potenciales que ofrecían los recursos naturales, en este caso de Chiapas, sobre todo para mover la industria nacional y alumbrar la ciudad de México.
- 3) La puesta en marcha de un proyecto para establecer centros turísticos capaces de competir con los de Miami y el Caribe. El más famoso y de mayor éxito de esos centros sigue siendo Cancún, situado en el estado de Quintana Roo. La conversión de una minúscula isla, habitada por familias de pescadores, en uno de los centros turísticos más solicitados en el Caribe, trajo como consecuencia que el país admitiera la frontera con ese *mare nostrum* en el que se localizan territorios insulares signados por la variedad idiomática y cultural, además de las diversas situaciones políticas. Las coincidencias con los procesos de Chiapas son importantes: justo en los momentos en que la frontera sur se mostraba al país, en el territorio y la

10 Antonio Pompa y Pompa describió zonas fronterizas de Chiapas en su libro *Espejo de Provincia* (1975). Carlos Navarrete hace un relato pormenorizado de la frontera en la Sierra Madre en su libro *Un reconocimiento de la Sierra Madre* (1978). Ambos autores hacen gala de una prosa excelente.

sociedad chiapanecos se gestaban cambios, periodos de inflexión que explican en buena parte la situación actual. La construcción de las grandes hidroeléctricas provocó migraciones del campo a las ciudades y redistribución de la población en general, aspectos que no están documentados ni se han discutido con suficiencia.

Esas obras públicas de gran envergadura atrajeron contingentes de rumbos diversos del país, y con ello aumentó la diversidad y la complejidad de los conglomerados urbanos de Chiapas. De forma notable, la capital del estado, Tuxtla Gutiérrez, se convirtió en una ciudad de inmigrantes, cambiaron los perfiles culturales locales y se extendió la traza urbana que engulló pueblos y aun municipios aledaños, en un proceso que continúa en la actualidad. Hacia la propia selva se dirigieron contingentes de campesinos que habían sido desplazados de sus tierras como consecuencia de la construcción de las grandes obras públicas. Con ello, aumentó la carga demográfica en la selva y las consecuentes deforestaciones contribuyeron a su aniquilación.

Pero es también notable la consolidación de la presencia del Estado nacional a través de la construcción de las grandes hidroeléctricas, que dejaron constancia de la dependencia económica y política de Chiapas ante los designios del centro. El planteamiento de Wittfogel (1959) funciona en este caso, porque la construcción de grandes obras públicas en Chiapas implicó el fortalecimiento del Estado nacional en la entidad y la movilización de contingentes significativos de inmigrantes que, atraídos por esas obras, llegaron a Chiapas y se establecieron en el estado. Es decir, la construcción de obras públicas de gran envergadura en Chiapas, controladas por el Estado nacional, configuró también la movilización de contingentes significativos de mano de obra. Dicha movilización influyó en la distribución posterior de la población y en el proceso de urbanización, además de en los cambios sociales ocasionados por la reconfiguración de las clases sociales con el impulso a la migración.

El hilo conductor para comprender los resultados anteriores es la intervención del Estado nacional mexicano en torno al uso de los recursos naturales y culturales en el sur-sureste de México y las consecuencias locales que produjo. En ello debe incluirse también la colonización de las selvas en los estados de Campeche, Chiapas, Quintana Roo y Tabasco, que he discutido en otros textos (Fábregas, 1988 y 2011). Situados en esta perspectiva, es posible articular los

trabajos que llevó a cabo Pohlenz en 1979 sobre las plantaciones de café en el Soconusco y los que desarrolló el propio grupo de investigación sobre la frontera sur en 1983, además del análisis en torno a la construcción de las hidroeléctricas dirigido por Ángel Palerm, con los resultados generales del proyecto de investigación de la frontera sur, en particular los relacionados con el uso de los recursos naturales y la construcción del centro turístico en Cancún. En el caso de Chiapas, aún está por analizarse la reordenación regional que produjo aquel momento de inflexión, pero es evidente que el actual perfil de la regionalización chiapaneca responde en gran medida a las decisiones del Estado nacional.

Pero el factor de los desplazados por las guerras de Centroamérica está también relacionado con el Estado nacional, que se vio precisado a plantear una política externa especial para relacionarse con los países del istmo centroamericano y lidiar con los movimientos internos de solidaridad y con las luchas sociales en aquellas naciones. El levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el 1 de enero de 1994, mostró la importancia de los resultados de la investigación de 1983 en el marco de un proceso, la colonización inducida de la selva, que tuvo su culminación en esa misma fecha. Gracias a los resultados de 1983, resultó factible la reconstrucción del proceso que mostraba las consecuencias de la colonización inducida de las selvas del sur-sureste en general, y la de Chiapas en particular, principalmente por la anterior inmigración de peones que huían del régimen de fincas, a los que se unieron posteriormente los cortadores de café endeudados en las tiendas de raya de las plantaciones, la población desplazada por la construcción de las hidroeléctricas que se refugió en la selva, y los líderes políticos provenientes del movimiento estudiantil de 1968. A todo ello se sumaron las organizaciones que encontraron en las selvas un medio idóneo para entrenarse militarmente y hacerse de una clientela política y, finalmente, los activistas de la teología de la liberación que operaban en las profundidades de esa misma selva. Todo ello configuró un complejo de repercusiones de las medidas aplicadas por el Estado nacional, ninguna de ellas pensada en términos de desarrollo local, sino para resolver problemas de índole nacional.

En términos de la configuración de los círculos de poder, la dependencia del centro se fortaleció, como es hoy evidente, y provocó que las líneas de relación política con la Federación fueran

indispensables en la trayectoria particular de los buscadores de poder en Chiapas. Está por analizarse qué consecuencias arroja ese proceso en términos de las decisiones que influyen en los rumbos sociales de la entidad.

Las migraciones actuales que provienen de Centroamérica obligan al Estado nacional mexicano a que mantenga su atención en el istmo vecino. Incluso, las migraciones de población mexicana que vive en el sur-sureste y que se une a los contingentes centroamericanos acercan los extremos de México y permiten recordar aquella afirmación de que “todo México es frontera”. La observación de estos procesos facilita comprender también las consecuencias de las alteraciones de las integraciones regionales de las que hablaba Aguirre Beltrán, y que mostró Virginia Molina en el caso de San Bartolomé de los Llanos, causadas por la articulación de factores locales con la intervención del Estado nacional.

Las migraciones de contingentes significativos de población indígena chiapaneca hacia Estados Unidos constituyen un factor que explica parte de los cambios socioculturales en esa población en particular, y en el ámbito rural en general del Chiapas actual, y las repercusiones de esos cambios en los procesos de urbanización y modernización en el estado.

La fundación del CIESAS-Sureste

En 1985 escribí: “Quizá el resultado más importante del proyecto de investigación haya sido la creación del CIESAS-Sureste como un centro permanente de reflexión académica de alto nivel, sobre la realidad social en esta parte del país” (Fábregas, 1985: 1-2). En efecto, en los meses finales de 1984 se contaba ya con los resultados de la investigación iniciada en 1983, agrupados por temáticas: la formación histórica de la frontera sur; literatura, relato popular y religiosidad en el sureste de México; antropología social de la economía en el sureste de México; antropología social de las artesanías en el sureste de México, y cambio social en el sureste de México. Importaba no perder la visión general anunciada en el término “sureste de México”, que comprendía los estados de Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán, y continuar con una pesquisa antropológica que permitiera comprender

las articulaciones sociales y culturales entre las poblaciones de esas entidades. No extraviar la visión de conjunto era el objetivo.

La reflexión acerca de la frontera sur había proporcionado un hilo conductor que hacía inteligibles las articulaciones entre localidades, regiones, macrorregiones y Estado nacional. Aunado a ello, los enlaces con Centroamérica resultaban igualmente importantes; en particular, la posibilidad de elaborar visiones conjuntas que auxiliaran en una posible articulación cultural del sur-sureste de México con Centroamérica desde las ciencias sociales y las humanidades. Fueron aspectos ampliamente discutidos en el grupo de investigación de 1983-1984, lo que influyó en la elaboración de un argumento para buscar la radicación tanto de los investigadores, como de la investigación misma.¹¹ En aquellos años se vivía en el país entero un movimiento hacia la desconcentración de la investigación antropológica que favorecía la propuesta de fundar el CIESAS-Sureste en el ámbito antropológico. El país no estaba, en contraste, en su mejor momento para fundar instituciones, y menos de investigación en ciencias sociales. Localmente, Chiapas estaba gobernado por un grupo de poder que no tenía la vocación de apoyar la investigación científica, y menos en el campo de las ciencias sociales. Había que sortear esta situación planteando un proyecto viable no sólo en términos académicos, sino en la coyuntura que presentaban la entidad y el país.

En el plano internacional, en un contexto de tensión creciente por la llamada guerra fría entre la Unión Soviética y Estados Unidos, la frontera sur de México y norte de Centroamérica fue colocada en el centro del conflicto. Miles de refugiados atravesaban la frontera huyendo de una violencia incontrolada. En el país, aun con las medidas impulsadas por el Gobierno federal, persistía la crisis económica que, al final, le abrió la puerta a Carlos Salinas de Gortari y a su grupo de economistas neoliberales. Las tensiones en el Caribe aumentaban con las intervenciones de Estados Unidos, que tomaron por la fuerza la Isla de Granada en 1982. En ese contexto internacional tenso, además de los problemas internos del país, en 1985 inició la segunda parte del

11 Un año después de la fundación del CIESAS-Sureste, a propuesta de Enrique Florescano, a la sazón director general del INAH (1982-1988), fui parte de los fundadores del Seminario Permanente de Estudios México-Guatemala, que tuvo una corta pero interesante actividad de 1986 a 1988.

sexenio encabezado por Miguel de la Madrid Hurtado, y en Chiapas por el gobernador Absalón Castellanos Domínguez. La posibilidad de establecer un nuevo centro de investigación en ciencias sociales radicado fuera de la ciudad de México no era propicia debido a los factores mencionados. Con todo, en los meses finales de 1984 planteé ante la Dirección General del CIESAS, a la sazón ocupada por el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, la posibilidad de establecer un centro de investigación como el que existía para la frontera norte. La propuesta llegó al subsecretario de Educación y Cultura de la SEP, Juan José Bremer, quien consiguió que el titular de esa secretaría, Jesús Reyes Heróles,¹² la tomara en cuenta.

El argumento para justificar el establecimiento del centro propuesto fue el de continuar la reflexión sobre la frontera (o fronteras) con Centroamérica y el Caribe, mantener una continuidad en el estudio del factor fronterizo a partir de los resultados de la investigación de 1983-1984 y arraigar a investigadores de alto nivel en estados como Chiapas, en el que los antropólogos eran una suerte de “investigadores trashumantes”. Era, además, importante ampliar la presencia de la reflexión antropológica en el sur-sureste de México, donde se distinguían “zonas de concentración” de los antropólogos y su ausencia en otras. Esta consideración no sólo aplicaba desde una perspectiva regional, sino también temática. Los antropólogos deberían intervenir en la discusión de los problemas más importantes en las sociedades del sur-sureste de México desde

12 Jesús Reyes Heróles nació en Tuxpan, Veracruz, el 3 de abril de 1921. Si en México existe un personaje que se ajuste a la definición gramsciana de “intelectual orgánico”, ese es Jesús Reyes Heróles. En la UNAM fue alumno de Mario de la Cueva y de Manuel Pedroso, con quienes trabajó en materia de teoría del Estado. Posteriormente estudió en la Universidad de Buenos Aires y en la de La Plata, así como en el Colegio de Estudios Superiores de Buenos Aires, donde fue alumno de Silvio Frondizi. Ingresó al PNR en 1939 y contribuyó a sus transformaciones en PRM y PRI. Tiene un largo historial como funcionario del Estado nacional mexicano. De hecho, la primera reforma política importante en el país en el siglo XX fue impulsada por él, la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE), promulgada en 1977. Escribió, entre otros, un libro de referencia básica: *El liberalismo mexicano*, en tres tomos editados por la UNAM en 1961. Murió en un hospital de Denver, Colorado, el 19 de marzo de 1985, justo dos meses después de haberse aprobado la fundación del CIESAS-Sureste en enero de ese año (entre otras fuentes, ver: memoriapoliticademexico.org/BIOGRAFIAS/RHJ21.html).

perspectivas de observación de largo plazo, lo que era posible si se lograba la radicación de los académicos. Asimismo, debería buscarse la articulación con los antropólogos centroamericanos y la posibilidad de diseñar no sólo proyectos conjuntos, sino seminarios permanentes y otros mecanismos que alentaran un diálogo continuo. La propuesta de que la sede del nuevo centro fuera el estado de Chiapas obedecía a que la línea de colindancia con Guatemala era la de mayor extensión y más intensidad en la frontera entre México y Centroamérica. No menos importante era la formación local de más investigadores, lo que permitiría una discusión sistemática de los resultados de investigación y su comparación amplia con los resultados en general de la investigación en ciencias sociales.

Los argumentos anteriores fueron ponderados por Jesús Reyes Heróles, presidente de la junta de gobierno del CIESAS en su calidad de secretario de Educación Pública. Le preocupaba abrir una nueva opción académica fuera del Distrito Federal en momentos en que se iniciaba la segunda parte de un sexenio, además de por la inestabilidad manifiesta de los países centroamericanos. Para pensar la viabilidad del CIESAS-Sureste, se apoyó en el hecho de que un paisano suyo, Gonzalo Aguirre Beltrán, había iniciado el camino de la desconcentración del centro al fundar el CIESAS-Golfo en enero de 1982, justo al inicio de la gestión de Jesús Reyes Heróles como secretario de Educación Pública. La discusión con este último fue, de hecho, un ejercicio de antropología política. Su punto de vista combinaba la visión de un intelectual con la de un funcionario de Estado, que escuchaba a un antropólogo novel, participante en el movimiento estudiantil de 1968 y en los comités de solidaridad con los pueblos de Centroamérica. Reyes Heróles confiaba en la solidez institucional del Estado nacional mexicano, que en su opinión debería seguir centralizando el poder y el manejo de los recursos básicos de la nación. En esa tesitura, desconcentrar un centro de investigaciones en ciencias sociales era factible conservando la centralización de su manejo. Además, estuvo de acuerdo en que las relaciones de México con Centroamérica y el Caribe eran claves y crecerían en importancia en un corto plazo. En su calidad de presidente de la junta de gobierno del CIESAS, Reyes Heróles presentó él mismo el proyecto de establecer el CIESAS-Sureste con sede en el estado de Chiapas y siguiendo los mismos mecanismos que en el caso de la creación del CIESAS-Golfo.

El CIESAS-Sureste se fundó en los límites de los gobiernos que, aunque difusamente, aún se identificaban con la Revolución mexicana y con el nacionalismo revolucionario. Miguel de la Madrid encabezó el último sexenio con esa orientación en franca retirada. En el sexenio siguiente, Carlos Salinas de Gortari no sólo inauguró el momento de los “presidentes jóvenes”, sino el de los círculos políticos formados en el neoliberalismo económico, egresados de universidades norteamericanas o de instituciones locales con ideologías afines a la economía capitalista. La UNAM dejó de ser el recinto en el que se formaban los políticos mexicanos. Intelectuales como Jesús Reyes Heróles o Enrique González Pedrero fueron sustituidos por personajes pragmáticos. El neoliberalismo fue presentado como “el liberalismo social”, incluso con un cierto dejo de ideología de izquierda, para sustituir al nacionalismo revolucionario. El CIESAS-Sureste se estableció justo antes de que se dismantelara el Estado corporado de la Revolución mexicana y se sustituyera por el Estado neoliberal actual.

Fueron los días del fin de la “economía mixta”, la privatización generalizada de las propiedades del Estado nacional y la formación de grupos económicos, como el encabezado por Carlos Slim, uno de los más poderosos del planeta. Inició entonces un proceso que en parte culminó con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), firmado en noviembre de 1993 y que entró en vigor el 1 de enero de 1994, justo el día del levantamiento armado del EZLN. Se unían así los procesos de la colonización inducida de las selvas del sureste con las decisiones de política económica del Estado nacional mexicano. El TLC, como se conoció a este tratado comercial, el más importante firmado por México, era el signo de un nuevo momento en el país no sólo económico, sino político (Bizberg y Meyer, 2009). Pero también el levantamiento armado del EZLN demostró el fracaso del programa estrella del régimen, Solidaridad, del que Chiapas había sido uno de los estados que más recursos recibieron. Bien mirado, estos procesos de cambio iniciaron en el contexto del movimiento estudiantil de 1968 y culminaron con el sexenio de Miguel de la Madrid. Durante el gobierno de este último, en 1982 se hizo ostensible la crisis financiera del país a la que el Estado nacional respondió liberalizando la política comercial e ingresando al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), proceso de negociación que culminó en Ginebra, Suiza, el 25 de julio de 1986, al firmarse el

protocolo por el que México aceptaba ingresar en esa organización. Este acuerdo se hizo efectivo el 24 de agosto del mismo año, para ser ratificado por el Senado de la República el 11 de septiembre.

En la escena internacional, el mundo bipolar fue sustituido por el mundo unipolar al desaparecer la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas entre el 11 de marzo de 1990 y el 25 de diciembre de 1991, proceso precedido por el derrumbe del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Fue el fin de la guerra fría y el inicio del mundo unipolar. Todavía Gustavo Díaz Ordaz se había esforzado por colocar el movimiento estudiantil de 1968 en el contexto de la guerra fría, para obviar la verdadera causa del mismo: las condiciones internas del país y la caducidad del régimen político. Lo que culminó en el sexenio de Miguel de la Madrid, inició el 2 de octubre de 1968 con la masacre de la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Las complejas consecuencias de estos procesos en la configuración del país actual han sido ampliamente analizadas en los volúmenes de *Historia contemporánea de México*, coordinados por Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (2009).

En 1985, con el nacionalismo revolucionario en retirada, con la desaparición paulatina de la insistencia en una cultura nacional, con una política indigenista debilitada y con esquemas poco claros hacia la investigación en ciencias sociales en el país, gobernaba en el estado de Chiapas el general Absalón Castellanos Domínguez. En esos momentos, el estado de Chiapas albergaba un total de 1 210 870 habitantes, de los que se manifestaban indígenas la cuarta parte. Este número de habitantes se distribuía en 110 municipios que cubrían la extensión del territorio estatal, 73 887.00 kilómetros cuadrados, el 3.8% de la superficie total del país. Desde el punto de vista de la administración pública, el estado de Chiapas se dividía en nueve regiones cuyas características se anotan a continuación:

- 1) Región Centro. Conformada por 22 municipios que cubrían una extensión de 12 629.1 kilómetros cuadrados, el 11% de la superficie total del Estado, en esta región se localizan las hidroeléctricas de Malpaso, La Angostura y Chicoasén, que en su conjunto generaban en aquel momento el 20.6% de la energía eléctrica de México. En la agricultura, los cultivos principales eran: maíz, frijol, caña de azúcar, café, calabaza forrajera y cacahuete. La producción pecuaria cubría la cría de ganado bovino, porcino, ovino y caprino, además de las aves. En la región se localizaban dos aeropuertos, además de una

aceptable red de carreteras. El centro integrador de la región era la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capital del estado.

- 2) Región de Los Altos de Chiapas. Conformada en aquel momento por 16 municipios con una superficie total de 3770.8 kilómetros cuadrados, es decir, el 6% de la superficie del estado, era una región con agricultura de autoconsumo, minifundio y poblaciones indígenas. La comunicación por carretera era principalmente hacia Tuxtla Gutiérrez por el lado norte, y por el sur hacia Comitán, Venustiano Carranza y Ocosingo. Un ramal de esta carretera alcanza la frontera con Guatemala, a la altura de La Mesilla, mientras otro conduce a Frontera Comalapa, Motozintla y la Sierra Madre. El centro integrador de esta región era la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, sede, además, de la política indigenista nacional, al albergar el Centro Coordinador Indigenista.
- 3) Región Fronteriza. En aquel año, 1985, contaba con ocho municipios que en conjunto cubrían una superficie de 12 790.6 kilómetros cuadrados, que representaban el 17% de la superficie total del estado. Era una región de cultivo de maíz y frijol, combinado con silvicultura. Al localizarse en ella los Lagos de Montebello, acusaba cierta afluencia de turistas. El centro integrador de esta región era la ciudad de Comitán.
- 4) Región Frailesca. Con cuatro municipios que en total representaban una superficie de 8311.8 kilómetros cuadrados, esto es, el 11% de la superficie total del estado, esta región era conocida como “el granero del estado” por su alta productividad en aquellos años. Se cultivaba en esta región: maíz, frijol, hortalizas, legumbres y frutales. Esta región tradicionalmente ha tenido buenas comunicaciones y la capacidad de incorporar mano de obra proveniente de otras partes del estado. El centro integrador de la región era la ciudad de Villaflores.
- 5) Región Norte. Con 22 municipios que cubrían 6259.7 kilómetros cuadrados, equivalentes al 8% de la superficie estatal, era la región de los grandes pastizales y de ganadería extensiva, complementada con una agricultura de mercado, con cultivos como el café y el cacao. Era la región productora de petróleo. El centro integrador de esta región era la ciudad de Pichucalco.
- 6) Región Selva. Conformada por once municipios que cubrían una superficie de 17 540.2 kilómetros cuadrados, esto es, el 24% de la

superficie de Chiapas, era la región más extensa. Presentaba una agricultura de autoconsumo, además del más alto porcentaje de población dedicada a actividades pecuarias. Contaba con amplios pastizales y suelos de selva, con alta concentración en cuanto a propiedad de la tierra, bajo uso de mano de obra y sobreexplotación de especies maderables finas, como caoba, cedro y pino. Es la región donde se localizan las ciudades arqueológicas de Palenque, Bonampak y Yaxchilán, atractivos de un turismo que ya en aquellos años se mostraba creciente. El centro integrador de esta región era la ciudad de Palenque.

- 7) Región Sierra. Cubre 2126.5 kilómetros cuadrados, con ocho municipios que representaban el 3% de la superficie estatal. Era la región más pequeña, pero con cultivos mercantiles de importancia como el café. El centro integrador de esta región era la ciudad de Motozintla.
- 8) El Soconusco. Con 16 municipios, 5775.5 kilómetros cuadrados y el 8% de la superficie del estado, era la región mejor comunicada de Chiapas porque contaba con línea de ferrocarril, carreteras, aeropuerto y puerto de altura. Además, era la región con mayor desarrollo agrícola de productos para el mercado, como café, cacao, plátano y tabaco. Sin embargo, la pesca estaba subutilizada. El centro integrador de esta región era la ciudad de Tapachula.
- 9) Región Istmo-Costa. Con tres municipios que cubrían un total de 4642.8 kilómetros cuadrados, es decir, el 6% de la superficie del estado, en esta región la ganadería se asociaba con las explotaciones agrícolas ejidales y comunales. Disponía de vías de comunicación aceptables a través del ferrocarril de la Costa y las carreteras costera y panamericana. El centro integrador de esta región era la ciudad de Tonalá.

En los contextos descritos, la fundación del CIESAS-Sureste venía a significar el arraigo de investigadores en ciencias sociales en el estado y un esfuerzo por desterrar la investigación trashumante y llamar la atención hacia la importancia de las relaciones con Centroamérica. Implicaba también la continuación de un diálogo entre la antropología y los intelectuales locales, escritores en su mayoría, iniciado en los días de la instalación del Centro Coordinador Indigenista. La ciudad receptora a la que se apuntaba era San Cristóbal de Las Casas, pero, si así hubiera sido al principio, el “círculo recurrente” de los estudios

concentrados en Los Altos de Chiapas hubiera sido difícil de evitar. Por ello, la propuesta que se concretó fue establecer la sede del CIESAS-Sureste en Tuxtla Gutiérrez, con una subsede en la ciudad de Chetumal, Quintana Roo.

El paso inmediato después de la aprobación del establecimiento del CIESAS-Sureste era conseguir un local en Chiapas. La negociación para ello configuró un “itinerario político” que bien pudo calificarse como riesgoso y constituye un ejemplo de los procesos por los que la aplicación de la antropología transita en el país. En este proceso funcionaron las redes de relación personales establecidas desde los tiempos escolares, sobre todo en la escuela preparatoria del que fuera Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH). La educación superior no pasaba por su mejor momento en el estado y más bien las situaciones de conflicto caracterizaban a las principales instituciones en ese campo. Este contexto no favorecía localmente la fundación de un centro de investigaciones en ciencias sociales. El mayor riesgo consistía en evitar el establecimiento de condicionamientos políticos para la investigación y garantizar la libertad académica, que es condición indispensable para el desarrollo del trabajo antropológico. El local debía obtenerse sin condicionamiento alguno. Ello se logró movilizandando las redes de relación aludidas y argumentando la importancia que el conocimiento de la frontera sur tenía no sólo para Chiapas, sino para el país en general, además de mencionar los procesos emergentes que colocarían al sur-sureste en una posición especial en el contexto nacional.

El primer local que se autorizó ocupar para el CIESAS-Sureste fue un pequeño espacio en un sótano de la Biblioteca Pública del Estado, situada en lo que actualmente son edificios que pertenecen a la UNICACH. Era un local inadecuado para trabajar y para desarrollar actividades académicas. Más bien, invitaba a abandonar la empresa porque a ello se unía la indiferencia del gobierno local ante las ciencias sociales en general y la antropología en particular.¹³ En cierto sentido, la indiferencia del gobierno local fue un acicate importante en el

13 El calor en ese local era infernal. Tal como hicieron años atrás los arqueólogos en Palenque o Yaxchilán, había que amarrarse pañuelos en las muñecas para evitar que el sudor cayera sobre el papel en el que uno pretendía escribir.

establecimiento del CIESAS-Sureste y en sus primeras actividades, porque obligó a efectuar una labor de gestión intensa y casi cotidiana.

Posteriormente, las negociaciones directas con el general Absalón Castellanos Domínguez dieron como resultado que el CIESAS-Sureste se estableciera en el antiguo Palacio de la Cultura, situado justo en la bifurcación de la 1ª Avenida Sur y la Avenida Central, enfrente del añejo Hotel Bonampak —destruido en la actualidad—, en lo que antaño fue la entrada a la capital de Chiapas por el lado norte. El CIESAS-Sureste ocupó la parte alta del edificio. Se adecuó el espacio con cubículos para los investigadores, un amplio salón para la biblioteca, oficinas administrativas y una suerte de pequeño auditorio.¹⁴ Comparado con el primer local, este segundo ofrecía condiciones más amables, además de estar situado en un lugar de fácil acceso. En ese local se inauguró la primera biblioteca del CIESAS-Sureste, que llevó el nombre del historiador Marcos Enrique Becerra, un pionero de la antropología en Chiapas y Tabasco. En esa biblioteca impartí un curso abierto titulado “Tres maestros, tres teorías”, en el que examinaba los puntos de vista de Gonzalo Aguirre Beltrán, Lawrence Krader y A.R. Radcliffe-Brown, al que llegó una increíble cantidad de personas. Es probable que ese curso pueda tratarse de un antecedente de la labor docente que desarrolla hoy el CIESAS-Sureste, aunque la intensidad y complejidad actual no tienen parangón con aquel primer momento. El auditorio del CIESAS-Sureste se instituyó en un local en el que por lo menos dos veces cada mes había conferencias y debates, aprovechando la presencia de los antropólogos trashumantes además de la intelectualidad local. De hecho, ese auditorio llegó a ser un centro de referencia en cuanto a debates y difusión de la cultura que después, con la fundación del Instituto Chiapaneco de Cultura (ICHC) en los mismos locales, asumió esta última institución.

El Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México

En los locales de Tuxtla Gutiérrez se discutió el primer proyecto colectivo del CIESAS-Sureste, que estaba dirigido a examinar la cuestión

14 Los recursos para estas adecuaciones y la compra de los primeros muebles fueron suministrados por el Programa Cultural de las Fronteras que operaba en la Subsecretaría de Cultura de la SEP bajo la responsabilidad de Juan José Bremer Martino.

religiosa en los estados de la frontera entre México y Centroamérica. Corrían los primeros meses de 1987. En primera instancia, participaron en la discusión para el diseño del proyecto Carlos Guzmán Böckler, antropólogo guatemalteco radicado en aquellos años en México y miembro de la planta de investigadores del CIESAS, Guillermo Bonfil, Leonel Durán, a la sazón director general del CIESAS, Gilberto Giménez y yo. Hacia junio de 1987, Guillermo Bonfil, en su calidad de asesor general, terminó la redacción del proyecto (Bonfil, 1987) con base en las discusiones colectivas, y en septiembre de ese mismo año se constituyó el grupo de investigación, que comenzó el trabajo de campo en octubre de ese año. La discusión del proyecto y su puesta en marcha se enmarcaron en los contextos político y académico del momento. En referencia al primer contexto, había un cierto sentido de urgencia por ofrecer una explicación del cambio religioso —sobre todo, del éxito del protestantismo— y deslindarlo, o mostrar su asociación con estrategias de penetración ideológica desarrolladas por el Gobierno de Estados Unidos (recuérdense el Proyecto Camelot o el Plan Simpático). Leonel Durán, director general del CIESAS y coordinador general del proyecto, escribió lo siguiente:

La conversión de numerosos grupos de la población mexicana a las doctrinas y prácticas de una gran cantidad de sectas protestantes es un hecho de particular importancia en los cambios más recientes en los estados del sureste del país [...] El estudio de las causas y efectos de estos movimientos sectarios es un problema de múltiples incidencias que requiere investigación científica, sistemática y continua, para conocerlo y estar así en situación de explicar, que no de juzgar apriorísticamente, un fenómeno de significación relevante, pues tal es la tarea de la ciencia y del científico social (Durán, 1989: 10).

En efecto, la feligresía indígena católica abandonaba su Iglesia para incorporarse a diferentes denominaciones evangélicas que, en aquellos años, solían llamarse “sectas”, cuando en realidad no todas lo eran. Eran recientes los escándalos por la aplicación de diversos proyectos financiados por el Gobierno de Estados Unidos, como los llamados Camelot y Simpático (Sahlins, 2000), que causaron tensión en toda América Latina. Asimismo, el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales de México recién había provocado una discusión sobre la

presencia del Instituto Lingüístico de Verano (ILV), no sólo en México, sino en Latinoamérica, y sobre los resultados de sus acciones misioneras. La tensión subió de tono porque la SEP dio por concluido el convenio firmado con el ILV el 1 de octubre de 1979 (*Proceso*, octubre, 1981: 75).

El asunto del ILV tiene varios marcos políticos complejos, entre los que se encuentran la propia guerra fría y los procesos internos del país en general, y de los pueblos indígenas en particular, incluidos los resultados de la aculturación inducida. Desde el punto de vista del complejo, contradictorio y amplio espectro de la izquierda en México en aquellos momentos, la crítica al ILV se centró en la manipulación de los pueblos indígenas no sólo en el país, sino en el mundo, en el contexto de la mencionada guerra fría. En ese marco internacional, las agrupaciones de izquierda y un sector de antropólogos señalaban al ILV como un caso concreto de uso político de la religión en favor de una penetración ideológica de Estados Unidos. En términos más locales, la crítica se centró en el apoyo que el Estado nacional mexicano otorgaba a las labores de proselitismo de una organización religiosa a la que, además, había permitido participar en la educación de los pueblos indígenas, de acuerdo con lo que se observaba en la práctica. Ello, a todas luces, violentaba la Constitución política del país y la naturaleza laica del Estado nacional. El propio William Townsend, fundador del ILV, explica que la faceta científica del organismo misionero era una cobertura para lograr la aceptación en un país determinado. Townsend escribió:

La experiencia de la Wycliffe Bible Translators ha demostrado que un gobierno antieclesiástico puede, sin comprometer su prestigio, aceptar una organización de traductores de la biblia si ésta tiene una contribución positiva, científica y cultural que hacer al país (Townsend, s.f.: 3).

En esta confesada estrategia se relaciona una característica del Estado nacional mexicano o, si se prefiere, de los círculos de poder en el país: que la ley y el Estado de derecho son negociables. En el caso del ILV, se negociaba la propia Constitución política porque la administración pública apoyaba a un organismo misionero en particular, sin tomar en cuenta su signo religioso, para que sus labores de proselitismo tuvieran buenos resultados. Incluso, el Estado nacional construyó infraestructura con fondos públicos, por supuesto, que cedió a la

organización misionera, al igual que equipamiento y apoyo logístico. Sin embargo, un Estado que constitucionalmente se declaraba laico estaba impedido legalmente para proceder de esa manera con cualesquier Iglesia u organización religiosa.

Ese fue el centro de la discusión con los funcionarios públicos y con los antropólogos indigenistas, más aquellos que veían en la labor lingüística del ILV la justificación para violentar la ley. Estamos ante otro caso claro que muestra la fragilidad del Estado de derecho en México, que sigue siendo una propuesta, mas no una realidad concreta. El éxito del ILV en México se explica por su articulación con la política indigenista y su ofrecimiento de contribuir a la asimilación de las culturas indígenas a la cultura nacional.¹⁵ Tal era la contribución positiva señalada por Townsend. Por cierto, esa misma propuesta presentó William Townsend a José Stalin, jefe de Estado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, quien permitió las actividades del organismo misionero con el propósito de lograr la “rusificación” de la variedad cultural de aquel inmenso país. Townsend viajó innumerables veces a Rusia y tuvo contacto con la Academia de Ciencias de la URSS, la que al final convenció a Stalin de la imposibilidad de tal tarea y de la incongruencia política de aceptar las labores proselitistas de los misioneros (Stoll, 1985).

En México, las traducciones de textos bíblicos a los idiomas locales realizadas por el ILV, además de fomentar los servicios religiosos en esas lenguas, estaban en correspondencia con la visión de los antropólogos indigenistas de castellanizar por vía del idioma materno, en clara oposición a la opinión del profesor Rafael Ramírez, que propugnaba el desuso de las lenguas vernáculas, prohibiendo su utilización y combatiéndolas desde la escuela.

Los contextos políticos de la acción del ILV no sólo atañen a situaciones externas, como la guerra fría, sino a las discusiones que se llevaban a cabo en los círculos políticos mexicanos relacionadas con las políticas dirigidas a los pueblos indígenas y al manejo político

15 El lector interesado en esta faceta de la discusión puede consultar: Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, *Dominación ideológica y ciencia social. El ILV en México*. México, Nueva Lectura, 1979. Para el contexto internacional, entre otros, ver David Stoll (1993), *¿América Latina se vuelve protestante? Las políticas del crecimiento evangélico*. Quito, Abya-Yala.

del derecho. La complejidad política del contexto en el que operaba el ILV estaba también relacionada con la propia complejidad de la composición del Estado nacional mexicano en general, y en particular con las distancias de opinión entre los antropólogos indigenistas y los maestros de la Escuela Rural Mexicana. Los primeros coincidían con el ILV en la necesidad de estudiar las lenguas vernáculas y usarlas como instrumentos de la castellanización, mientras que los segundos diferían y pugnaron por la inmediata prohibición de las mismas. No menos importante es mencionar que en el desarrollo de los servicios religiosos en las iglesias evangélicas situadas en regiones indígenas se usaba el idioma local, lo que sin duda fortalecía los idiomas vernáculos y coincidía con la propuesta de los indigenistas de castellanizar vía la propia lengua. Se llegaron a publicar impresos no sólo con pasajes bíblicos, cuando no la Biblia entera, sino los llamados “himanarios”, que contenían la letra de los cantos interpretados colectivamente durante el servicio religioso. Más aún, en el aspecto musical siguen jugando un papel destacado dentro del ritual los coros que interpretan la música religiosa y que demandan de sus integrantes conocimiento y disciplina para la interpretación.

Los indigenistas vieron en todo ello una vía para la aculturación y la introducción de los mundos indígenas en el ámbito de las culturas occidentales y de la modernidad. En ese sentido, una reflexión pendiente es el análisis de las vinculaciones entre motivos antropológicos y fines religiosos en la configuración de los proyectos de antropología aplicada en México. Varios antropólogos mexicanos, como Moisés Sáenz, profesaron un credo religioso que estuvo presente en el desarrollo de su vida académica. En rigor, desde el establecimiento del régimen colonial en el siglo XVI, la búsqueda del conocimiento sobre las culturas originarias combinó fines políticos, académicos y religiosos, como se deja ver en los textos de los llamados cronistas de Indias. Sin duda, el tema amerita una reflexión amplia porque esa vinculación entre motivación religiosa y fines académicos sigue presente en la antropología contemporánea.

Más allá de los contextos políticos en relación con el ILV, desde el punto de vista académico el proyecto de investigación diseñado en el CIESAS-Sureste se colocó en el contexto de la búsqueda de una explicación de los factores que incidían en el cambio religioso. ¿Qué motivaba a las personas a abandonar sus convicciones religiosas y

adoptar otras? En la segunda mitad de los años ochenta el problema era pertinente por la rapidez con la que los pueblos indígenas, sobre todo, aceptaban cambiarse a alguna de las versiones evangélicas que les eran ofrecidas. Adquirió actualidad la discusión del texto de Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, cuya primera versión en alemán apareció durante 1904-1905 en las páginas de la revista *Archiv für Socialwissenschaft und Sozialpolitik*. Como es ampliamente conocido, apenas publicado ese conjunto de textos provocó una amplia discusión entre los científicos sociales de aquellos años en los que se abría el siglo XX. El planteamiento de Weber ha merecido una continua atención a lo largo de los años por la importancia del problema que plantea: la relación entre el protestantismo y el capitalismo, es decir, entre un conjunto de ideas religiosas y un tipo de economía. Francisco Gil Villegas explicó cómo se ha malinterpretado esta tesis weberiana, lo cual ha causado su discusión recurrente en un contexto que el mencionado Gil Villegas llamó “la guerra académica de los cien años” (Gil Villegas, 2003: 9).

En lo particular, me interesaban e interesan las sugerencias weberianas sobre el concepto de visión del mundo para articularlas con los enfoques de la antropología social. La pregunta es si existe una relación entre la introducción y difusión del protestantismo en contextos como los del sur-sureste de México, con la difusión de actitudes de manejo económico diferentes a las tradicionales. Por supuesto, la opinión de Weber en este caso es un referente, pero no un modelo de aplicación empírica, porque hay que tener en cuenta las distancias entre los contextos en los que el sociólogo alemán planteó el tema y los mundos culturales del sur-sureste mexicano. Este punto es de destacarse. El planteamiento de Weber es una sugerencia, visto desde las realidades regionales de México, de cómo se consolidó la modernidad en el contexto de la pluralidad regional. Bien escribe Gil Villegas que “[...] los ensayos sobre *La ética protestante* no constituyen una abstracción teórica con posibilidades de extrapolación a cualquier época o parte del mundo donde se encuentren protestantes, sino una investigación rigurosa acotada a un período histórico en el mundo occidental situado entre el siglo XVI y el siglo XVIII” (Gil Villegas, 2003: 28).

Desde el punto de vista de lo que se estaba discutiendo en el Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México —cuyo título es una referencia weberiana—, los textos de Weber sugieren una relación

entre un conjunto de ideas y cambios en la percepción del mundo que implican derroteros culturales y sociales diferentes. Por supuesto, en el terreno de la investigación empírica en realidades como las ruralidades del sur-sureste de México en general, y de los pueblos indígenas en particular —que es en donde el protestantismo tiene una más amplia aceptación—, no se espera encontrar una variante del calvinismo como la que Weber discutió, ni una situación como la que describe el Libro de Job, sino una asociación entre nuevas ideas religiosas y los cambios sociales y culturales. La antropología tiene suficiente experiencia en el análisis de este tipo de relaciones en particular, y en el estudio de la religión en general, como intenté mostrar en 1989 (Fábregas, 1989b).¹⁶

En el ensayo citado de 1989, comenté la bibliografía más destacada del análisis antropológico de la religión que en ese momento se había publicado, en parte para asegurar una referencia amplia para el proyecto del CIESAS-Sureste y en parte para mostrar la familiaridad de la antropología en el campo de la reflexión acerca del hecho religioso. Con esa revisión como respaldo, concebí la cuestión religiosa en el sur-sureste como un proceso de cambio cultural, pero asimilado a las dinámicas internas de las culturas locales. Es más, visto a la distancia y a la luz de los resultados más recientes, la expansión del campo religioso concuerda en su dinámica con las tendencias a la fragmentación que han caracterizado a la sociedad chiapaneca en su conjunto. El resultado es que el estado de Chiapas presenta la mayor variedad religiosa del país.

El Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México contenía tres líneas de investigación: 1) el perfil de los grupos evangélicos que actuaban en el sureste de México y la sociografía de su acción; 2) la historia de la penetración protestante en Chiapas en el siglo XX, y 3) el estudio comparado del proceso de conversión religiosa y sus resultados en comunidades del sureste mexicano. Carlos Guzmán Böckler y Andrés Fábregas dirigieron el trabajo de campo de un equipo constituido por diez investigadores: Jorge Luis Cruz Burguete, Rosalva Aída Hernández, María de los Ángeles Ortiz, Elizabeth Juárez Cerdi, Luz Elena Arroyo Irigoyen, Patricia Fortuny Loret de Mola, Iván Vallado, José Cuauhtémoc Cardiel, Martha Herminia Villalobos y Alicia

16 En varios sentidos esta es una discusión que encaja en los planteamientos de Marshall Sahlins en su obra *Culture and Practical Reason*, The University of Chicago Press, 1976.

Espinosa Ortega. Por razones de costo y las presiones de tiempo para obtener resultados publicables, solamente se investigaron las líneas 1 y 3, y fueron publicados siete volúmenes en la serie Cuadernos de la Casa Chata, del 161 al 167. Carlos Guzmán Böckler expresó el acuerdo con el que llevamos a cabo el proyecto:

Cuando nos dispusimos a recolectar la información, partimos de la proposición de Guillermo Bonfil que reducida a muy pocas palabras se puede enunciar así: que sean los actores sociales investigados, tanto colectiva como individualmente, quienes se expresen, correspondiéndonos a nosotros recoger sus manifestaciones tal como sean expresadas, para luego sistematizarlas y, en la medida de lo posible, interpretarlas respetando sus diferencias y similitudes, así como su espontaneidad (Guzmán, en Fábregas *et al.*, 1989: 29).

En congruencia, se evitó esquematizar la investigación respetando los puntos de vista de cada investigador y advirtiendo que se trataba de una aproximación inicial al problema. En aquellos momentos el proyecto constituía un acercamiento pionero, además de colectivo, al análisis de la evangelización protestante en México. De manera clara se expresó, en todos los documentos que atañían al proyecto, que se trataba de una investigación antropológica y no de comprobar resultados prefijados. Es importante insistir en este punto debido al contexto político en el que se desarrolló el proyecto. Los resultados que arrojó la investigación fueron ampliamente discutidos por el propio grupo de investigadores y pueden agruparse en:

- 1) El proyecto se desarrolló en el contexto de un escenario latinoamericano atravesado por crisis de diversa índole del que el sureste de México formaba parte. En los lugares investigados, sin embargo, estas situaciones no afloraban en la percepción de las personas por falta de información. Nos referimos a los estratos de las clases populares de ciudades como Mérida, Yucatán, que en ese momento era la metrópoli más importante del sureste mexicano. Pero igual situación se percibió en ciudades de mediano tamaño como Tapachula, Chiapas, o más pequeñas, como Yajalón en el norte de este último estado y que por vez primera registraba la presencia del análisis antropológico. La misma situación se observó en comunidades con patrones de asentamiento concentrado, como

Sudzal en Yucatán o Dzitbalché en Campeche; o bien, en patrones de asentamiento disperso, como los poblados de la ribera del río Hondo en Quintana Roo, en la frontera con Belice, o en las comunidades fronterizas situadas en los municipios chiapanecos de Las Margaritas o La Trinitaria. En estos últimos casos, los asentamientos de refugiados guatemaltecos presentaban la misma situación de desinformación acerca de los escenarios críticos en América Latina. O dicho de otra manera, en el caso de los grupos de refugiados guatemaltecos no existía una adecuada información de que su propia situación tenía un correlato en América Latina en general.

- 2) En los sectores indígenas que habían optado por el cambio religioso, se percibía la tensión de las relaciones entre indígenas y no indígenas como un contexto de ese cambio. Sin embargo, no se percibió un cambio de identidad en medio de los cambios culturales que era posible registrar. Es decir, no se encontró un correlato entre cambio religioso y cambio de identidad cultural. Es decir, los grupos indígenas evangélicos se siguieron reconociendo en su identidad tradicional, lo que es diferente de los cambios culturales que sí tuvieron lugar y que se manifestaron en actitudes, modos de vivir o concepción del mundo.
- 3) En todos los casos que se estudiaron, los grupos evangélicos o de otra índole diferente a la católica, como los adventistas del séptimo día, configuraban minorías, pero con un crecimiento significativo y a la alza en el momento del estudio. Ello provocaba respuestas de los segmentos católicos, al imitar los procedimientos de los evangélicos, como lecturas colectivas de la Biblia, uso de aparatos de sonido o cantos durante la celebración de la misa.
- 4) Se encontró una clara disputa por la feligresía entre las diferentes denominaciones evangélicas y entre éstas y la Iglesia católica. Ese factor jugó un importante papel en la discusión de los motivos del cambio en cada sector de la población.
- 5) Las historias de conversión mostraban un patrón básico: situaciones de extrema precariedad en los conversos no sólo económicas, sino además emocionales, un desencanto por las condiciones de vida, sentimientos de impotencia ante la fragilidad de esas condiciones, cansancio —sobre todo de las mujeres— por el abuso —sobre todo entre los hombres— en el consumo del alcohol y un sentimiento de soledad que las nuevas congregaciones ayudaban a resolver. Se

comprobó que la participación activa en los rituales de los grupos no católicos era un importante factor para devolver al converso su dignidad como persona.

- 6) El correlato histórico de la acción de los grupos no católicos fue la teología de la liberación. Guzmán Böckler lo describió con las palabras siguientes:

Todo parece indicar que en donde luce más penetrante es en aquellos lugares donde los fieles están sometidos a presiones extremas. Tal es el caso de los refugiados guatemaltecos, que han venido huyendo del horror de una represión ciega e indiscriminada, que han perdido juntamente con sus heredades y algunos seres queridos, sus posibilidades de volver pronto a sus hogares, a la madre tierra que los cobijó y les dio el sustento (Guzmán, en Fábregas *et al.*, 1989: 33).

Al final, el propio Guzmán Böckler advertía: “Cada lector encontrará en nuestros resultados iniciales, si no respuestas completas y satisfactorias, al menos principios de explicaciones que dejan de lado los prejuicios esparcidos a través de diferentes medios de comunicación social, repetidos infundadamente en foros políticos y académicos” (Guzmán, en Fábregas *et al.*, 1989: 33).

Por mi parte, la conclusión a la que llegué después de leer los textos de cada uno de los miembros del grupo de investigación, quedó expresada de la siguiente manera:

La lección es clara: en situaciones de crisis la religión puede, y de hecho es utilizada, para rehacer la solidaridad perdida. La ruptura con el antiguo orden religioso se constituye en un poderoso mecanismo de integración política que, a su vez, puede ser (y de hecho, es) utilizado de múltiples maneras. Piénsese en el caudal emocional que desata el rechazo del pasado, sobre todo cuando éste es identificado con un presente caótico, crítico y desfavorable para lograr un orden cultural aceptable. Ello es lo que está sucediendo, entre otras cosas, con la penetración de los sectarismos protestantes en el agro mexicano (Fábregas *et al.*, 1989: 16).

Más todavía, particularizando en referencia a los diversos trabajos desarrollados, alcancé las consideraciones que a continuación expongo.

Un factor que destaca en el Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México es que varios de los trabajos desarrollados en Chiapas en particular, abordaban ámbitos nuevos no sólo temáticos, sino regionales. Los textos de María de los Ángeles Ortiz Hernández (1984) y de Elizabeth Juárez Cerdi (1989), enfocados en Tapachula y en Yajalón, respectivamente, son ejemplo de ello. En el último caso, el trabajo de Juárez Cerdi proporcionó la etnografía de una ciudad del norte del estado que cabe en la definición de centro rector de una región, además de combinar población ladina e indígena. Ese trabajo se articulaba con el de Virginia Molina en San Bartolomé de los Llanos y nos permite comprender con mejor precisión los procesos de integración regional a los que aludió Gonzalo Aguirre Beltrán en el caso de Los Altos de Chiapas. Los procesos de urbanización que ocurrían en Chiapas como parte de los cambios puestos en movimiento hacia la segunda mitad de los años sesenta del siglo pasado, incluían la importante presencia de los factores del cambio religioso, lo que se mostró también en una ciudad como Tapachula. Visto a distancia, lo que ocurrían eran nuevos acomodos de la regionalización en Chiapas en los que intervenían varios factores que estaban asociados al avance de la modernidad, entre los que era un factor de no menor importancia la alteración de las ecologías culturales introducidas por el afán desarrollista asociado a la economía de mercado. Las diferenciaciones regionales se mostraban con mayor claridad, al tiempo que se introducían cambios importantes en las comunicaciones, la demografía, la inmigración centroamericana a ciudades como Tapachula, la formación de nuevos poblados en la frontera con Guatemala, los cambios en los círculos políticos o los cambios de una agricultura de autoconsumo a otra comercial (que ya había señalado Pohlenz, 1985 y 1995), en síntesis, las transformaciones que resultaron en el Chiapas actual.

La difusión de los credos evangélicos es parte de esa complejidad creciente, que también está relacionada con la compulsión ejercida por el Estado nacional sobre los grupos indígenas, tanto locales como inmigrados (refugiados), para lograr su mexicanización. No menos importante es entender que las iglesias y grupos protestantes se situaron como líderes de un proceso de cambio y adaptación que estaba en movimiento y que los propios círculos del poder en Chiapas, incluyendo la Iglesia católica, fueron incapaces no sólo de detener, sino de liderar. En este sentido, la comprensión del porqué se difundieron masivamente

los credos evangélicos en Chiapas en particular, y en el sureste mexicano en general, requiere comprender también las alteraciones introducidas entre las comunidades indígenas por la propia Iglesia católica y su convergencia con las políticas del Estado nacional (Jorge Luis Cruz Burguete, en Fábregas *et al.*, 1989; Rosalva Aída Hernández, en Fábregas *et al.*, 1989). Asimismo, es necesario comprender el cambio religioso en asociación con las pugnas de los propios indígenas para acceder a la administración pública o abrir espacios que permitieran a los “buscadores de poder” tener clientelas de respaldo y romper las estructuras locales que impedían su paso. Más que los factores señalados por Weber, fueron las transformaciones de una sociedad fragmentada, en crisis por la pobreza y los cambios tecnológicos que afectaron a las ecologías culturales, más la inercia de ese conjunto de factores, los que explican el cambio religioso en Chiapas, junto con los nuevos ámbitos de poder que esos cambios alentaron. Digamos que los procesos de cambio incubados en las diferentes regiones de Chiapas, pero en particular entre los pueblos indígenas, encontraron viabilidad en las nuevas corrientes de la evangelización protestante.

Al lado de los factores señalados, el Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México llamó la atención sobre factores históricos para explicar la difusión de los credos evangélicos. Esas razones históricas apuntaban al periodo colonial, en el que no se alcanzó una evangelización completa debido a la incapacidad de los misioneros católicos de la época para abarcar regiones enteras, por ejemplo, en lo que actualmente conocemos como el norte del estado de Chiapas. En el siglo XX, un factor importante en la difusión de las iglesias evangélicas fue la persecución desatada contra la Iglesia católica y el alcohol por el gobernador de Tabasco, Tomás Garrido Canabal. Por ejemplo, en Yajalón, los presbiterianos, que llegaron en 1918, reforzaron su trabajo justo en los momentos en que Garrido Canabal intensificaba su cruzada contra la Iglesia católica. Manteniendo en mente esos años de transformaciones en el sur-sureste de México, en 1989 escribí:

De pronto, el apocalipsis regresó al Sur. ‘Grande gozo hay en mi alma hoy, pues Jesús conmigo está’, dice uno de los cantos religiosos más usados por los evangélicos. Las selvas se poblaron de ‘himnos’ y ‘coritos’, de predicadores que hablaban de una lejana geografía: Betania, Jerusalem, Jericó, Nínive o Babilonia. El rey Nabucodonosor, Josué o

Moisés, son personajes introducidos en el alma campesina o en los clasemedios de las ciudades o en las amplias capas populares, como protagonistas del nuevo reino prometido. Llegaron con los grandes cambios tecnológicos, impuestos a pueblos con vocación agrícola en entornos naturales que por siglos han sido territorios productores de alimentos. El apocalipsis llegó con el Plan Chontalpa (que desquició una amplísima región productora de cacao) que arrojó a los chontales de sus ancestrales territorios; el apocalipsis llegó con la construcción de las gigantescas hidroeléctricas en Chiapas, que desplazó a miles de campesinos de sus campos de cultivo. Con las presas llegaron obreros de muy distintos mundos, técnicos y tecnócratas que ante su ignorancia en el manejo de la prodigiosa naturaleza del Sur, optaron por destruirla. Los aserraderos proliferaron en la medida en que caían para siempre las grandes caobas, los cedros, el hormiguillo y mil y una variedades de maderas preciosas. Las ciudades crecieron desmesuradamente destruyendo las relaciones personalizadas entre sus habitantes. El turismo en gran escala completó el desquiciamiento. Efectivamente, como lo pregonan los predicadores, apareció un “cielo nuevo y una tierra nueva”, signados por la depredación. El huracán Gilberto y su secuela de destrucción, junto al incendio de más de cien mil hectáreas de la selva de Quintana Roo, sellaron la presencia del apocalipsis en la mente de los fieles de los nuevos Credos (Fábricas *et al.*, 1989: 10).

En 1989, los resultados del Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México indicaron que el 82% de la población total en los cinco estados del sur-sureste de México se declaraba católico, mientras que el 9.8% se confesaba protestante. La media nacional indicaba que el 92.6% de la población mexicana se declaraba católico y el 7.4% protestante. En Tabasco se admitía como católico un 78.99% de la población, mientras que los protestantes alcanzaban un 12.21% de sus habitantes. En Chiapas, el 76.87% de la población se autodefinía católica, en contraste con el 11.46% de protestantes. De acuerdo con estas proporciones, entre 1970 y 1980, precisamente las décadas de las transformaciones mencionadas, la población protestante se había duplicado en Tabasco y triplicado en Chiapas. De acuerdo con ello, apunté que en el año 2000 la población protestante alcanzaría en Tabasco el 20.5% del total de la población y en Chiapas el 24.78%. En conjunto, Chiapas y Tabasco reunían, en 1989, el 74.26% del total de población protestante en el

sur-sureste de México. Gilberto Giménez llegó a la conclusión de que el 22.56% del total de la población protestante del país se concentraba en el sur-sureste del país (Giménez, 1989).

Mostrar la correlación entre la introducción en el sur-sureste de una base tecnológica —en la que se incluyen las obras públicas de gran envergadura— para apoyar la industrialización del país y la rápida expansión de los grupos protestantes es uno de los resultados más sugerentes del Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México, como apunté en 1989. Más aún, debe tenerse en cuenta que las iglesias protestantes no acababan de llegar al sur del país, porque en 1980 ya llevaban presentes cien años, aunque sus núcleos eran pequeños y se localizaban en ciudades como Tuxtla Gutiérrez o Villahermosa. Fue en la década de los setenta del siglo pasado cuando alcanzaron una notable extensión, sobre todo en los ámbitos rurales. Esos fueron precisamente los años en los que las ecologías culturales locales se alteraron más rápidamente, incluida la apertura de una cantidad notable de pozos petroleros en lo que aún quedaba de la selva de Tabasco, en una parte de la de Chiapas, y aun en el mar, frente a las costas de Campeche. El orden campesino se alteró severamente produciendo disrupciones notables desde los niveles comunitarios hasta los regionales. El resultado fue una crisis organizativa del campesinado que se observó en los sectores de clase media y popular de las ciudades, entre los cuales el protestantismo tuvo una notable aceptación.

Con estas reflexiones en mente, llegué a pensar en la configuración de movimientos mesiánicos a la manera en que los describió Pereira de Queiroz (1969) en Brasil, o como los planteó Vittorio Lanternari (1963). No sucedió así. En todo caso, los movimientos protestantes ofrecieron ámbitos para la reorganización de una población severamente afectada por las decisiones del Estado nacional mexicano. La dialéctica de la religión en una economía de mercado en expansión o en contextos de introducción de la modernidad, como lo era el sur-sureste de México en aquellas décadas de los sesenta y setenta, tuvo momentos diversos expresados en nociones de orden *versus* caos, o bueno *versus* malo, basados en suposiciones extrahumanas sancionadas por la sociedad.

De esta manera, en el ámbito de una economía que enfatizaba la vida individual en contextos de fuerte arraigo comunitario, la dialéctica de la religión se expresaba en la contradicción que significaba la comunidad del rito *versus* la vida individual en las relaciones sociales.

Es esta dialéctica la que estaba presente en la crisis generalizada que introdujeron los cambios tecnológicos y en la disrupción de las ecologías culturales, lo que generó actitudes de resistencia. Al mismo tiempo, las manifestaciones ancestrales persistieron junto con el campesinado. En este sentido, en 1989 escribí:

El apocalipsis no llega al Sur a comunidades indefensas, pasivas o indiferentes a su propia historia y experiencia cultural, sino a una población que ajusta el mensaje religioso a sus condiciones de existencia y las necesidades de preservación de su identidad. Los cambios sociales que están en marcha en el Sur podrán significar para algunos la presencia del apocalipsis pero para sus protagonistas es algo de mucho fondo: la reorganización de su destino (Fábregas *et al.*, 1989: 10-11).

En términos de los resultados del Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México, que abrió una temática muy amplia en la antropología social en Chiapas en particular, y en el resto del sureste mexicano en general, encontramos una continuidad entre los trabajos de aquel proyecto y el libro *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas* (Rivera *et al.*, 2005). El trasfondo se ubicaba en la discusión en el ámbito político de que la introducción de nuevos credos, diferentes al católico, conllevaba la semilla del conflicto, lo que académicamente fue abordado en los años finales de la década de los setenta. En ninguno de los casos estudiados en el Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México se encontró esa correlación. Más bien, se probó lo contrario: la convivencia entre grupos de credos diferentes. Pero había que explicar los casos en que sí existió conflicto, el más visible de los cuales fue el de San Juan Chamula en Los Altos de Chiapas. En ello coincidieron varios estudios, referidos y comentados en el libro *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas* de manera amplia y convincente.¹⁷ Conuerdo con la conclusión expresada en la segunda edición de ese libro:

17 No viene al caso reproducir lo que los autores del libro mencionado escribieron, además, muy bien. En todo caso, sugiero leer también a Rosa Isabel Estrada Martínez (1993), *El problema de las expulsiones en las comunidades indígenas de los Altos de Chiapas y los Derechos Humanos. 2º informe*. México, CNDH; Robert Wasserstrom y Jan Rus (1979), “Evangélicización y control político: el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en México”. En *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 97, pp. 141-159.

A seis años de la publicación del libro *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*, el campo religioso chiapaneco registra continuidades y cambios que exigen nuevas miradas analíticas y reflexivas; en particular, el estudio de las relaciones de la religión con la política y con las otras esferas de lo social se torna urgente. Entre los cambios más sustantivos destacan los referidos al juego de poder de sus protagonistas, en el que es visible una actuación gubernamental no sólo menos protagónica sino institucionalmente más debilitada (Rivera *et al.*, 2011: 23).

En efecto, existía una continuidad en la relación entre religión y política en el contexto de la sociedad en Chiapas que se mostraba en los resultados de la investigación expuestos en este libro. Lo destacable, en los diferentes contextos indígenas y rurales en general, es la persistencia de la conflictividad, que se revela en momentos en que existe la intención por parte de los grupos evangélicos de reintegrarse a sus comunidades de origen —sobre todo en el caso de San Juan Chamula—. Lo que ha sucedido no deja de ser sugerente: en lugar de reintegrarse, se agrega el nuevo territorio ocupado por los evangélicos, así sea simbólicamente, al municipio de origen. Se reafirma así el papel del territorio en la configuración de las identidades en el orbe indígena. El conflicto que se concentró en Los Altos de Chiapas, particularmente en el municipio de San Juan Chamula, viene desde los años coloniales, cuando los chamulas pelearon contra la imposición del cristianismo. Se hizo evidente la tensión y el choque entre las formas de poder generadas por los propios chamulas en el contexto colonial y las introducciones castellananas (Floris, 1992). Es probable que esas añejas tensiones se reconfiguren de acuerdo con las formas de poder que municipios como el de San Juan Chamula están experimentando, y que hoy ocurren en el contexto de la economía capitalista. En general, es una tensión presente en buena parte de la sociedad en Chiapas.

Los resultados de investigación expuestos en el volumen *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas* muestran que cada oferta, una vez que se concreta, es un nuevo espacio de poder. En una sociedad de desigualdades extremas como la de Chiapas, la movilidad social que implica el cambio religioso, más la oportunidad de alcanzar posiciones de poder, así sean modestas, son como motores que impulsan la diversidad religiosa y que también alcanzan a la propia Iglesia católica.

Una suposición viable es que la fragmentación que presenta la sociedad de Chiapas en su conjunto esté asociada con las dinámicas de la desigualdad social, y del poder y su ejercicio. En sociedades de pobreza extrema como las que se encuentran en el estado de Chiapas, los grupos clientelares en ámbitos como el religioso representan plataformas de la lucha por el poder y de las dinámicas de la movilidad social, por muy modestos que sean los resultados. El caso es que el control de un grupo clientelar constituye un apoyo para alcanzar posiciones de poder que, eventualmente, se utilizan en las diversas negociaciones con quienes controlan la administración pública. La dinámica del cambio religioso está relacionada con lo anterior, aunque no es el único factor que la explica, como he comentado.

2. *El Instituto Chiapaneco de Cultura. 1989-1995*

El contexto de Chiapas

En 1988 llegaba a su fin el sexenio en el que el general Absalón Castellanos Domínguez gobernó el estado. En el país, un nuevo periodo iniciaba con el fin del gobierno de Miguel de la Madrid. En el nivel nacional, y con múltiples problemas poselectorales, llegaba a la Presidencia de la República Carlos Salinas de Gortari, inaugurando el periodo del Estado neoliberal y la ideología del “liberalismo social”.¹⁸ En Chiapas, el nuevo gobernador Patrocinio González Blanco Garrido tomó posesión del cargo el 8 de diciembre de 1988, sólo una semana después que el presidente Salinas de Gortari. Nadie preveía los sucesos del 1 de enero de 1994 y más bien cundía un cierto optimismo sobre

18 El “liberalismo social” propugnado por Carlos Salinas no tiene nada que ver con el liberalismo social que surgió en el Congreso Constituyente de 1857, en voz de José María Castillo Velasco, Ponciano Arriaga e Isidoro Olvera, y que el propio Jesús Reyes Heróles reconoció como fuente fundadora del Estado nacional mexicano (Reyes Heróles, 1984).

el futuro del país. En Chiapas, el cambio de gobierno propiciaba una nueva coyuntura para un proyecto político pensado en términos locales, con el objetivo de abatir los índices de pobreza y de desigualdad social que siguen caracterizando a la entidad.

La fundación de centros académicos continuaba. Todavía durante el sexenio encabezado por el general Absalón Castellanos, el 25 de marzo de 1988 se fundó en San Cristóbal de Las Casas la dependencia foránea del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM que hoy lleva el nombre de Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste (PROIMMSE), con orientación hacia la investigación antropológica e histórica. En agosto de 1991 inició en San Cristóbal de Las Casas la Maestría en Ciencias en Desarrollo Rural Regional de la Universidad Autónoma Chapingo. En términos de la presencia del CIESAS-Sureste, el cambio de gobierno abría un compás de espera en la negociación de los locales ocupados por la unidad en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. La Dirección General del CIESAS estaba a cargo de Leonel Durán, en momentos en que la desconcentración de la institución aún no se reflejaba en su organigrama ni en la percepción salarial de los coordinadores de las unidades en Veracruz y en Chiapas. Vendrían días tensos que culminaron en la reorganización del Instituto Chiapaneco de Cultura, hasta crearse una situación inesperada desde el punto de vista del proyecto de arraigar a los investigadores en Chiapas y dar continuidad a los estudios de frontera y a proyectos como el de religión y sociedad.¹⁹

19 En efecto, el gobernador González Garrido destituyó a quien había fungido como director general del Instituto Chiapaneco de Cultura, funcionario que en los meses iniciales del nuevo gobierno había exigido que el CIESAS-Sureste abandonara los locales que ocupaba en Tuxtla Gutiérrez, a lo que yo me había negado. En el mes de septiembre de 1989 me encontraba en la ciudad de Chetumal, Quintana Roo, de donde fui llamado por el gobernador González Garrido. Acudí a la cita temiendo que me pediría los locales del CIESAS-Sureste. Pero sucedió algo inesperado: el gobernador me propuso asumir la Dirección General del ICHC, con la encomienda de reestructurarlo. Leonel Durán me aconsejó que aceptara. Años más tarde, en la reunión para conmemorar los cuarenta años de fundación del CIESAS, celebrada en septiembre de 2013 en Cuernavaca, el mismo Leonel Durán me aclaró que él había propuesto mi nombre al gobernador González Garrido cuando éste le consultó sobre un antropólogo que estuviera en la capacidad de dirigir el ICHC, de lo que me enteré ¡24 años después! El 27 de septiembre de 1989 asumí el cargo de director general del ICHC.

La reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura

Asumir la dirección del ICHC fue un acontecimiento inesperado que a la postre resultó en una experiencia interesante en términos de fomentar la investigación antropológica en Chiapas y de contribuir a su institucionalización. Hacia septiembre de 1989, el CIESAS-Sureste continuaba sus trabajos después del proyecto pionero sobre las relaciones entre religión y sociedad, además de que se había fundado el actual PROIMMSE de la UNAM. El 17 de abril de 1985, pasados cuatro meses del establecimiento del CIESAS-Sureste, la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH) creó su primer centro de investigaciones: el Centro de Estudios Indígenas, que devino en el Instituto de Estudios Indígenas (IEI). Con estas fundaciones, la investigación sobre ciencias sociales en Chiapas recibió un estímulo considerable. De las instituciones mencionadas, dos respondían al ámbito federal y una, al local.

Al recibir la dirección del ICHC presenté al gobernador González Garrido un plan para reestructurar una institución que encontré burocratizada y sin un proyecto que definiera sus funciones y acciones. Dentro del plan de reestructuración discutido con el gobernador de Chiapas, propuse definir el organismo como una entidad académica, sin perder de vista sus funciones de difusión de la cultura, entre las que se consideraba la investigación, sobre todo antropológica, aunque no exclusivamente, como el eje sobre el cual girarían las funciones de difusión, conservación, desarrollo y protección del patrimonio cultural del estado de Chiapas. Perseguí como propósito que existiera una entidad estatal que convergiera con el CIESAS-Sureste y las instituciones que operaban en Chiapas con los objetivos de impulsar las ciencias sociales y arraigar a los investigadores. Se enfatizó la investigación en el ICHC para establecer un medio profesional que difundiera no sólo las manifestaciones de la cultura en general, sino los resultados de la investigación, y se tomó en cuenta que una tarea importante de la institución recaería en la divulgación cultural, aunada al manejo de los espacios concebidos para ello: teatros, casas de la cultura, centros culturales, bibliotecas y museos. Además del fomento de las actividades de investigación y difusión de la cultura, se impulsó el fortalecimiento de las relaciones con los países centroamericanos. La reestructuración del ICHC en esos años debe examinarse como

un proyecto de antropología aplicada que combinó la investigación con la difusión de la cultura, vistas ambas como políticas públicas. El gobernador González Garrido aprobó el proyecto y lo apoyó desde finales de 1989 hasta principios de 1993, cuando abandonó el cargo para asumir la titularidad de la Secretaría de Gobernación, mientras que la gubernatura de Chiapas recaía en Elmar Setzer Marseille (1993-1994), quien continuó apoyando la reestructuración del ICHC y la trayectoria que se había trazado.

La reestructuración del ICHC implicó cerrar oficinas y departamentos al tiempo que abría nuevos espacios, lo que generó resistencias de la burocracia interna que veía afectados sus intereses y sus ámbitos. En ese tenor, la investigación se concentró en el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación, al frente del cual estuvo el antropólogo y escritor Jesús Morales Bermúdez, acompañado de un grupo de investigadores que, en su mayoría, se iniciaban en esos menesteres.²⁰ La concepción general de la que partimos, elaborada colectivamente, destacó la naturaleza multicultural de la sociedad en Chiapas, la operación de relaciones interculturales asimétricas, la existencia de una desigualdad social extrema y las manifestaciones clasistas y étnicas que suceden en una formación social como la del estado. Concebimos una realidad social y cultural en cuyo contexto ocurrían los hechos económicos, políticos, religiosos o ideológicos, y en la que la presencia de las ciencias sociales y de la investigación era incipiente. Chiapas —coincidíamos— exhibía herencias coloniales que se manifestaban no sólo en las relaciones conflictivas entre ladinos e indígenas, sino en varios aspectos de la vida social y de las manifestaciones culturales. Pero estas formas de orígenes coloniales incluían el propio quehacer de las ciencias sociales, un colonialismo manifestado en las formas de pensar a

20 A lo largo de un convulso sexenio chiapaneco (1989-1994), fungieron como investigadores en el ICHC: Carlos Clemente, Efraín Aguilar Jiménez, Efraín Ascencio Cedillo, Gabriel Ascencio Franco, Víctor Manuel Esponda Jimeno, María del Carmen García Aguilar, José Ramón González Ponciano, María del Rocío Hernández Alvarado, Thomas Arvol Lee Whiting, Miguel Lisbona Guillén, Adriana Mayor Llaven, María Mercedes Molina Hurtado, Amalia Nivón Bolán, Isabelle Sophia Pincemin Deliberos, Carolina Rivera Farfán, Carlos Ruiz Abreu, Leocadio Edgar Sulca Báez, Esperanza Tamayo Víctor, Mario Tejeda Bouscayrol, Carlos Uriel del Carpio Penagos, Daniel Villafuerte Solís, Sergio Nicolás Gutiérrez Cruz, Sofía Carballo Espinosa e Israel González (ver *Memorias. Instituto Chiapaneco de Cultura, 1989-1994*: 53).

Chiapas y la imposición de modelos que convenían a otras latitudes. Era importante hacer investigación, pero hacerlo desde una clara perspectiva anticolonial, sin inhibir la crítica de la condición de la sociedad y la cultura locales. En esa perspectiva, la difusión de los resultados de investigación se consideró estratégica, pues la que existía se enmarcaba dentro de una práctica de difusión de los resultados que, lejos de acercar las ciencias sociales a la población, alentaba el desconocimiento que la sociedad local exhibía de lo que acerca de ella se escribía.

En otra dimensión, en el transcurso de nuestras discusiones, pensamos que la investigación en el ICHC debería contribuir a la formación de un *corpus* académico local, uniéndose a los esfuerzos desarrollados por las instituciones de reciente creación tanto federales como estatales. Pero ese *corpus* académico tendría que tomar en cuenta Centroamérica y sus instituciones académicas, y configurar con ellas un esfuerzo conjunto para explicar las diferencias y similitudes entre sociedades cercanas, en un contexto comparativo, como ha promovido la antropología social. Para alcanzar ese propósito se concibieron los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica, de los que escribo más adelante. Una bien lograda síntesis de estos propósitos se encuentra en un párrafo que, creo no equivocarme, escribió Jesús Morales Bermúdez: “El Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación nació con la idea de conocer y dar cuerpo al ser de los pueblos de Chiapas, a través de un trabajo continuo de campo y de un contacto permanente con las teorías sociales, con las escuelas donde éstas nacen, con los especialistas en la materia” (*Memorias. Instituto Chiapaneco de Cultura*, 1994: 26). El párrafo anterior es importante para mostrar que no campeó una visión localista, un planteamiento de una investigación encerrada en sí misma, sino abierta a las posibilidades de la creación científica y de la crítica. El propio ICHC mantuvo un apoyo sostenido a la formación de investigadores que completaron sus ciclos de formación académica en diferentes instituciones, lo que al final configuró un *corpus* académico variado, con experiencias diversas y con puntos de vista diferentes, lo que permitió arraigar la investigación y la difusión de sus resultados. Visto a la distancia, quizá no es impropio afirmar que el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación fungió como un centro formador de científicos sociales, muchos de los cuales han contribuido a la forja de nuevas temáticas de investigación y nuevos investigadores, en diferentes ámbitos, hasta el momento en

que el ICHC fue desintegrado por uno de los maremotos políticos que caracterizan a Chiapas.

El cuadro de las investigaciones que se desarrollaron en el ICHC se configuró combinando los planteamientos colectivos, con los objetivos institucionales y los intereses individuales de los investigadores. El 1 de diciembre de 1989 inició oficialmente la actividad del Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación del ICHC, con Jesús Morales Bermúdez al frente. Ese mismo día se anunció la creación del Centro Chiapaneco de Escritores (CCHE) asignado al Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación bajo la coordinación de Joaquín Vásquez Aguilar y Ricardo Cuéllar Valencia.²¹ Al vincular la investigación antropológica con la literaria se buscó no sólo encontrar las relaciones entre la diégesis, es decir, el desarrollo narrativo de los hechos y la etnografía confeccionada por los antropólogos, sino alentar las tareas de creación y practicar una antropología social con sentido humanista. Se insistió en mantener claras las características propias del trabajo literario y de la pesquisa antropológica, precisamente para trazar sus relaciones y cuidar la formación académica en ambos campos disciplinarios, el literario y el antropológico. Esta orientación reconocía una característica que tanto antropólogos como escritores mexicanos, al vincularse, le imprimieron a su quehacer en el caso chiapaneco, como lo demuestran los autores del “ciclo de Chiapas” que decía Joseph Sommers (1965). Se reconocía así una forma de investigar en Chiapas que estaba relacionada con una literatura que para amplios sectores de la población hizo las veces de sociología y antropología, como puede ejemplificarse en la obra *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas o en varios de los textos de Rosario Castellanos. Más todavía, la literatura escrita en castellano jugó un papel en la forja de una identidad chiapaneca

21 De 1990 a 1992, los coordinadores del CCHE fueron Joaquín Vásquez Aguilar y Miguel Ángel Godínez. En 1993 coordinaron el centro Joaquín Vásquez Aguilar y Gabriel Hernández García. En 1994 y 1995, los coordinadores del CCHE fueron Gabriel Hernández García y Gustavo Ruiz Pascacio. En diferentes momentos, de 1989 a 1995, fueron becarios del centro: Adolfo Ruiseñor, Roberto Chanona, Francisco Álvarez, Miguel Ángel Godínez, Uvel Vázquez, Carlos Gutiérrez Alfonso, Manuel Cañas, Gabriel Hernández, Luis Arturo Guichard Romero, Yolanda Gómez Fuentes, Uberto Santos, Rubén de Leo, Alejandro Molinari, Gustavo Ruiz Pascacio, Mario Aguilar Nandayapa, Ángel Luna, Francisco Serrano y Marco Fonz.

que incluía un modo de ver el mundo y de vivirlo. En ese sentido, la relación entre literatura y antropología era parte de la peculiaridad del pensar Chiapas desde Chiapas, y ello incluía —por lo menos en los años de los que escribo— a las ciencias sociales.

La naturaleza del contexto institucional en el que tendría lugar la investigación antropológica en el caso del ICHC motivó que el eje de las discusiones previas a la puesta en marcha de los proyectos se centrara en los conceptos de cultura y de patrimonio. El enlace entre ambas dimensiones conceptuales se estableció a través de la investigación del “patrimonio espiritual” (intangibles) de los pueblos de Chiapas. El proyecto que concretó esta orientación se desarrolló entre los zoques, en ese momento uno de los pueblos menos conocidos de Chiapas. El proyecto se denominó “Tradiciones en el área zoque” y se abocó a explicar las dinámicas del cambio sociocultural que ocurrían en Chiapas a través de una detallada etnografía de los zoques. El problema era conocer las consecuencias de la introducción de la modernidad en el estado. Nos referimos, por supuesto, a las consecuencias en las relaciones sociales y en la cultura. Importaba explicar la dinámica de esos cambios, pero también la reconfiguración de las identidades, manifiestas en los ámbitos de la religión, la música y la política. Ixtapangajoyá, Chapultenango y Tapilula fueron las localidades etnografiadas, respectivamente, por Carolina Rivera Farfán, que a la sazón escribía su tesis de licenciatura, Miguel Lisbona Guillén, que se iniciaba en la etnografía de Chiapas, y Carlos Uriel del Carpio, quien daba sus primeros pasos como antropólogo. Sus trabajos se citan en la bibliografía.

En varios sentidos, los proyectos sobre religiosidad entre los zoques, incluidas la música y las danzas, continuaron la exploración de los problemas inicialmente discutidos en el contexto del Proyecto Religión y Sociedad en el Sureste de México desarrollado algunos años antes en el CIESAS-Sureste. De esta manera, la publicación de los resultados de investigación en el ICHC se hizo imprescindible no sólo para justificar la investigación, sino para promover la discusión al difundir el conocimiento y llevar allende las fronteras de Chiapas los textos escritos por los investigadores locales y vincularlos con los ámbitos académicos nacional e internacional. Por ello, se decidió publicar un anuario cuyo primer número salió a la circulación en 1990; su contenido correspondió a los informes de investigación

recién presentados.²² La decisión de alentar los trabajos etnográficos y la reflexión entre los zoques ha tenido resultados y continuidades debido a los textos escritos —desde diversas instituciones y puntos de vista— por Dolores Aramoni, Carolina Rivera Farfán, Susana Villasana, Miguel Lisbona Guillén, Carlos Uriel del Carpio, Omar López Espinosa, Víctor Esponda Jimeno, Sergio Nicolás Gutiérrez Cruz, Laureano Reyes Espinosa y Marija Mojca Tercej.²³ Ese interés en el pueblo zoque desde el punto de vista de la antropología social tuvo un momento de impulso en 1986, año en que, en el contexto institucional del CIESAS-Sureste, se organizó en la Casa de la Cultura de Tecpatán la Primera Reunión de Investigadores del Área Zoque a la que acudieron no sólo investigadores de Chiapas, sino también de Tabasco. Además de los problemas que se examinaron desde la antropología social, en esa reunión se discutieron aspectos históricos, etnohistóricos y arqueológicos relacionados con el pueblo zoque. Por lo que respecta al ICHC, los trabajos de arqueología entre los zoques fueron desarrollados por Thomas Lee y Mario Tejada, que avanzaron en el examen de la relación de este pueblo con los olmecas (Tejada, 1994; Lee, 1998).²⁴

Los trabajos sobre los zoques diferían con el “círculo recurrente” que la antropología social estableció con la reiteración de estudios entre tsotsiles y tseltales en Los Altos de Chiapas. Pero, más aún: contribuyeron a demostrar la falacia de asignar a la etnicidad una categoría inamovible, esencial, que desconocía el cambio, la transformación y las reconfiguraciones de la identidad y de la cultura en general. La modernidad no diluyó al pueblo zoque, sino que éste se

22 Se publicaron cuatro anuarios del ICHC correspondientes a los años 1990, 1991, 1992 y 1993. En 1994 el Anuario lleva el sello editorial del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). La publicación del Anuario sigue vigente hasta la fecha.

23 Entre otros académicos y académicas, de diversas instituciones (Dolores Aramoni *et al.*, 1998). En el caso de Marija Mojca Tercej, becaria del Estado yugoslavo, se quedó sin nacionalidad y sin beca a raíz de la desintegración de Yugoslavia. Le dimos cabida en el ICHC para que continuara sus trabajos mientras se arreglaba su situación. Finalmente regresó a su tierra en calidad de ciudadana eslovena.

24 La arqueología zoque fue impulsada por Gareth W. Lowe, a quien le siguieron varios arqueólogos, entre ellos el propio Thomas Lee y Carlos Navarrete, con trabajos etnohistóricos. Abundaré sobre ello al referirme más adelante a los foros de arqueología organizados por el ICHC (Lowe, 1999).

reconfiguró para lograr su continuidad. Es decir, las categorías mismas que usaba la antropología social debían sujetarse a la crítica y no ser asumidas como verdades incontrovertibles. Debía dotarse de medios históricos a la explicación antropológica. Los trabajos de etnología, antropología social y etnohistoria entre los zoques han contribuido a entender cómo la modernidad afectó de manera diversa al conjunto social chiapaneco, resaltando la importancia de las relaciones de clase conforme la economía de mercado se extendió por el estado y la desigualdad social se agudizaba.

Dadas las características de la investigación en antropología social en Chiapas, en el ICHC se decidió abrir líneas de investigación con otras orientaciones disciplinarias para posteriormente articular sus resultados con los de la antropología social. Tal es el caso del proyecto que abordó el estudio de la medicina tradicional en contextos urbanos de Chiapas, dirigido por el psicólogo Efraín Aguilar. Uno de los aspectos más sugerentes que mostró este proyecto fue el extendido uso de la medicina tradicional, que demostraba su presencia en variados sectores de la población, incluyendo las clases altas. Ello abrió problemáticas que aún están presentes en la antropología social en Chiapas, como el estudio de las configuraciones culturales en las ciudades y su relación con los ámbitos étnico-clasistas. Además, los resultados de ese proyecto contribuyeron al conocimiento de procesos de urbanización que contenían redes diferentes de relaciones sociales, posibles de aislar para comprender su papel en la configuración de las relaciones sociales en las ciudades como un todo. Es decir, aquellas relaciones del tipo “ladino/indígena” se presentaban también en las ciudades entre población no indígena, lo que revelaba que los círculos de poder y las clases altas en Chiapas mantenían tradiciones consideradas propias de los indígenas, y se asignaba a la pobreza en general la categoría de indianidad. Los pobres eran indios en la percepción de las clases altas de Chiapas. Se trataba de un entretejido complejo de relaciones sociales que mezclaban las situaciones de clase con los ámbitos de la etnicidad, un aspecto que había sido sugerido por Rodolfo Stavenhagen en su texto titulado *Clases, colonialismo y aculturación* (1968).

El proyecto de investigación de la frontera sur de México que respaldó la fundación del CIESAS-Sureste en 1985 enfatizó el proceso de colonización de las selvas del sureste mexicano, entre otras razones, por considerarlo una estrategia para reafirmar la frontera

con Guatemala y Belice. En el ámbito del ICHC, la exploración de ese proceso continuó a través de un proyecto que buscó explicar la relación entre la expansión agropecuaria y la colonización de la selva chiapaneca. El proyecto fue desarrollado por Gabriel Ascencio Franco y Xóchitl Leyva Solano y sus resultados mostraron las formas de organización de los ganaderos que invadían las zonas selváticas. Fue importante ese proyecto como introducción al estudio de los rancheros chiapanecos, que Ascencio Franco ha continuado hasta fechas recientes (Ascencio Franco, 2009). Los trabajos de este último y de Xóchitl Leyva completaron la etnografía que permite situar y comprender el levantamiento del EZLN dentro de los procesos que han configurado al Chiapas contemporáneo (Ascencio y Leyva, 1991, 1992 y 1993).

En la discusión de los resultados del proyecto sobre la frontera sur de México entre los años 1983 y 1985, destacué que uno de los factores que contribuyeron a llamar la atención del país hacia el sur fueron las guerras internas en los países de América Central. En efecto, entre 1980 y 1984, la parte de la selva de Chiapas conocida como Marqués de Comillas, en frontera con Guatemala, recibió un número aproximado de veinte mil refugiados, en su mayoría campesinos, que huían de la violencia y de las agresiones del ejército guatemalteco. El Gobierno federal de México respondió con la construcción de la carretera fronteriza y, en coordinación con el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), estableció campamentos para ordenar los asentamientos humanos a lo largo de la línea fronteriza. Sin embargo, la tensión entre los gobiernos de México y Guatemala se acrecentó. Se registraron incursiones del ejército de Guatemala en los campamentos en Chiapas. Ante una situación así, en 1984 el Gobierno mexicano optó por trasladar contingentes significativos de refugiados a los estados de Campeche y de Quintana Roo. La mayoría de aquellos refugiados fueron empleados en los trabajos de restauración y de exploración de las ciudades arqueológicas situadas en los estados mencionados. La construcción de la carretera transfronteriza se interrumpió al disminuir la tensión política en la frontera, pero también disminuyó la presencia del Estado nacional, que se despreocupó de los ejidos y de los campamentos que quedaron en Chiapas. En este proceso resalta la formación de nuevas comunidades en la línea fronteriza, aspecto que tocó el proyecto desarrollado entre 1983 y 1985 (Fábregas *et al.*, 1985).

En el ICHC surgió el planteamiento de continuar el trabajo en los ejidos fronterizos fundados entre 1980 y 1986, lo que se hizo a través del proyecto titulado *La Formación de la Frontera México-Guatemala en la Selva de Marqués de Comillas*. Un interés relevante en ese proyecto, que dirigió Jorge Ramón González Ponciano, se centró en el uso de los recursos naturales a ambos lados de la frontera. Interesaba destacar la recomposición de las relaciones entre los gobiernos de México y Guatemala, además de estudiar la organización de los poblados que se quedaron sin recibir los apoyos mínimos gubernamentales. En particular, destacó el estudio de las estrategias de organización de las comunidades y la elaboración de ecologías culturales derivadas de esos nuevos procesos. De hecho, la ganaderización de una parte de la selva fue uno de los factores de cambio en las estrategias de manejo del medioambiente que trajo consecuencias culturales, como lo muestran los trabajos mencionados de Gabriel Ascencio.

La extensión de la modernidad, es decir, de la economía capitalista en Chiapas, está relacionada con las decisiones de política económica que se impusieron en el periodo de gobierno de Miguel de la Madrid. Esas decisiones modificaron los marcos jurídicos para facilitar los procesos económicos y ajustar las relaciones laborales a los nuevos tiempos. En Chiapas, ello afectó al sector agropecuario de diversas formas, pero era evidente que la desigualdad social se remarcaría aún más, además de incidir en los círculos de poder y las relaciones sociales. Esos nuevos aspectos fueron también examinados a la luz de las relaciones entre México y Centroamérica, sobre todo en términos de integración comercial y de los efectos que acarrearían a las sociedades respectivas. En varios sentidos, los resultados de esos proyectos anunciaban lo que después se conoció como el Plan Puebla-Panamá, además de los cambios que hoy se viven no sólo en el agro de Chiapas, sino en los procesos de urbanización. Los textos de María del Carmen García, Daniel Villafuerte y Salvador Meza (1997) y de Daniel Villafuerte y María del Carmen García (1994) discutieron los primeros resultados de los proyectos aludidos.

Sin trazar una relación directa con los cambios que ocurrían en Chiapas en la década de los noventa del siglo pasado, es muy sugerente el texto que escribió Víctor Manuel Esponda Jimeno acerca del sistema de parentesco ch'ol en el norte del estado (Esponda, 1994). En su texto, Esponda rechazó que los ch'oles tuviesen un sistema de

parentesco tipo omaha, y que dicho sistema repetía el de los mayas antiguos. A través del estudio de un tema clásico en la antropología social, Esponda Jimeno contribuyó a mostrar que las hipótesis acerca de una suerte de “actualidad prehispánica” de los pueblos indígenas de Chiapas era falsa. Más bien, lo que la etnografía demostró es que los ch’oles también pasaban por un proceso de cambio, como el resto de la sociedad. Ese texto de Esponda Jimeno descubría también algunas de las debilidades teóricas del indigenismo mexicano aunque no aludiera a ellas. Lo que demuestra el citado texto es que los cambios entre las poblaciones indígenas responden, precisamente, a los procesos de adaptación a la sociedad mayor que permite a esos pueblos convivir con el entorno nacional en las difíciles condiciones en que lo hacen. Más todavía, el texto de Esponda Jimeno permitió articular los cambios en el ámbito indígena con los que ocurrían en general en el estado de Chiapas. Se posibilitó la percepción de una sociedad en cambio, lo cual se relacionaba con las acciones del Estado nacional y la construcción de obras públicas de gran envergadura a medida que se profundizaba en la economía de mercado.

La articulación de los resultados del proyecto de investigación sobre la frontera sur de 1983-1985 con los que obtuvieron los proyectos dirigidos por Gabriel Ascencio, Xóchitl Leyva y Jorge Ramón González Ponciano (1992, 1994), permiten comprender los procesos sociales y culturales que desembocaron en los hechos del 1 de enero de 1994, además del texto de Jesús Morales Bermúdez en el que analizaba el congreso indígena de Chiapas de 1974 (Morales Bermúdez, 1992). En general, el ámbito creado por los resultados obtenidos en los proyectos de investigación del ICHC, al contrastarse con los trabajos que la antropología social de impronta inglesa (léase los de A.R. Radcliffe-Brown) llevó a cabo en Chiapas, permite obtener una visión más amplia de la configuración del estado en el contexto de una sociedad pluricultural dentro del ámbito del Estado nacional mexicano. La reflexión acerca de la formación de la frontera de México con Centroamérica y el Caribe, y en particular el estudio de los procesos y articulaciones socioculturales en la selva chiapaneca, permiten establecer una suerte de hilo conductor que muestra la configuración de Chiapas en términos de redes sociales y de nexos culturales desde lo local, pasando por lo regional, hasta el nivel estatal. Muy lejos quedaron los resultados que confirmaban que en Chiapas

sólo contaban las relaciones ladino/indígenas o las articulaciones regionales, como la de Los Altos de Chiapas, para explicar una sociedad compleja. Más bien lo contrario se acercaba más a lo que realmente sucedía: la configuración de una compleja sociedad en la que se entremezclaban regionalmente las relaciones de clase con las étnicas y con los procesos de transformación sociocultural a medida que la modernidad capitalista se extendía y profundizaba al compás de los proyectos introducidos por el Estado nacional mexicano. La articulación entre los procesos internos de la sociedad en Chiapas vista en su conjunto, y las intervenciones del Estado nacional mexicano, han reafirmado la frontera política con Guatemala, a lo que se añade la colonización de la selva como un factor destacado en la configuración territorial del Estado nacional y en los acomodados constantes de las redes de relación entre los sectores que componen el conjunto de la población chiapaneca, cuya composición se hace más compleja en la medida en que se extiende la urbanización, se intensifica la migración y se revelan los contrapuntos entre el pasado y el presente.

Los proyectos que estudiaron el entretejido de las identidades fueron aportes importantes para sostener la opinión anterior.²⁵ En términos de la reflexión acerca de la población de origen africano, se trabajó en municipios como Cintalapa, Jiquipilas, Villaflores y Villa Corzo, además de varios poblados de la costa (*Memorias. ICHC*, 1994: 40). En el caso de San Cristóbal de Las Casas, ciudad poco estudiada hasta fechas recientes, el trabajo de Edgar Sulca no sólo fue pionero, sino que aportó claves para entender el proceso de formación de la identidad coleta. Incluso, Sulca presentó su tesis de maestría en la ENAH sobre el contrapunto coletito/indígena (Sulca, 1997), además de publicar sus textos en el *Anuario del ICHC* (Sulca, 1994).

Los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica

No obstante que la antropología en Chiapas en las primeras décadas del siglo XX estuvo vinculada a Guatemala a través de los trabajos de

25 Particularmente importantes para completar esta visión fueron los proyectos sobre población de origen africano asentada en Chiapas y sobre los procesos de formación de la identidad coleta.

Sol Tax y sus discípulos y de la puesta en práctica del indigenismo, dicha relación se diluyó. Uno de los aspectos a los que se dio mayor importancia en la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura fue el de retomar las relaciones con los países centroamericanos y promover la articulación de la investigación a ambos lados de la frontera. En verdad, este planteamiento era congruente con la concepción de que, si bien México tenía una frontera internacional hacia el sur, ésta no se entendía sin comprender a los países de Centroamérica. Más aún, fue importante considerar que el territorio que en la antigüedad ocupaban las sociedades de la familia lingüística maya alcanzó una extensión de 340 000 kilómetros cuadrados, que iban desde los actuales estados mexicanos de Chiapas, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y Yucatán, hasta el Golfo de Nicoya en la actual República de Costa Rica. Durante el régimen colonial, que se extendió desde el siglo XVI al XIX, se configuraron las fronteras de los actuales Estados nacionales de la región, desde el mexicano hasta los centroamericanos. Los resultados de las luchas de Independencia sellaron esas fronteras y, en el caso de México, el escrutinio chiapaneco, cuyos resultados se dieron a conocer el 14 de septiembre de 1824, delimitó las fronteras con la República de Guatemala.

Los vínculos históricos entre Chiapas y Centroamérica son tan estrechos que los propios procesos independistas centroamericanos y los sucesos de Chiapas tuvieron relación. Es más, el nacimiento del estado de Chiapas fue parte de la propia fragmentación política de Centroamérica. De esta manera, idiomas, culturas e historia han enlazado México con Centroamérica desde tiempos anteriores a la formación de los Estados nacionales. La investigación de la frontera sur se concibió transfronteriza porque la evidencia histórica y la empírica contemporánea lo demandaban. Por lo tanto, establecer los vínculos con la academia y la intelectualidad centroamericana se colocó como una estrategia prioritaria en las actividades desarrolladas desde el Instituto Chiapaneco de Cultura.

El punto de partida de los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica fue el planteamiento de que la tierra y la gente chiapaneca era el enlace entre México y el Istmo Centroamericano desde el momento en que se trazaron las fronteras que limitaban los ámbitos de acción de los respectivos Estados-Nación. Sin las fronteras este planteamiento no tiene validez. Las fronteras políticas

entre Estados nacionales se originaron desde la configuración de los territorios coloniales y la dinámica que siguieron, hasta los procesos de independencia de los que resultaron las fronteras políticas actuales.

La fragmentación del Istmo Centroamericano está relacionada con los intereses de poder de los diversos grupos dominantes que se forjaron durante la colonia y se consolidaron con los movimientos de independencia y los acontecimientos posteriores, que incluyen el plebiscito en Chiapas y el periodo que va de 1823 a 1838, en el que se trató de establecer a la República Federal de Centroamérica (Vázquez Olivera, 2009 y 2012).

En el lapso entre los años 1990 y 1993, fue posible en el contexto institucional del ICHC organizar los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica, que incluyeron reuniones de científicos sociales y creadores en general. El brazo ejecutor de esos encuentros fue el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación, en coordinación con otros departamentos del ICHC, entre ellos, el Departamento de Culturas Étnicas. Los encuentros de intelectuales fueron anteceditos por una reunión entre antropólogos, historiadores y escritores chiapanecos y guatemaltecos celebrada los días del 5 al 9 de junio de 1990 en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. En esa ocasión se potenció el argumento de articular una macrorregión cultural más allá de las fronteras políticas establecidas entre los Estados nacionales. Desde el conocimiento histórico y antropológico, y desde la comunidad de lenguajes, la factibilidad de articular una macrorregión cultural que abarcara Centroamérica y el sur-sureste de México se hizo posible, así fuese por un corto tiempo.

Ello incluyó el diseño y ejecución de proyectos de investigación comunes en diversas temáticas y desde perspectivas disciplinarias variadas. La literatura en lengua castellana, más las raíces comunes de los idiomas indígenas, fueron puntos de apoyo para delinear la viabilidad de articular un mundo cultural signado por la variedad, pero con sustratos históricos comunes y con problemáticas antropológicas cercanas. Los reunidos en San Cristóbal en aquellos días de junio de 1990 llegamos a la conclusión de que había que celebrar un encuentro, lo más amplio posible, entre intelectuales de Chiapas, del sur-sureste de México y de Centroamérica. Se enfatizó la inclusión del orbe indígena como parte de esa concertación, concebida como la vía hacia la articulación de la macrorregión cultural planteada. En varios sentidos, pretendíamos

seguir y ampliar la experiencia del que fuera Seminario Permanente de Estudios México-Guatemala, iniciado hacia 1986 bajo el auspicio de Enrique Florescano. Con el antecedente de la experiencia antedicha, el nuevo planteamiento estableció una estrategia diferente para ampliar el examen de las problemáticas culturales de México y Centroamérica a un simposio multidisciplinario.

El Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se celebró en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez del 8 al 12 de abril de 1991 y tuvo como sede el Teatro de la Ciudad Emilio Rabasa. La convocatoria reunió a arqueólogos, antropólogos, cineastas, artistas, escritores, historiadores, sociólogos, científicos políticos, poetas y fotógrafos, quienes configuraron una singular congregación que a lo largo del encuentro debatió intensamente acerca de una variada temática. Aunque la lengua que tuvo preeminencia fue la castellana, también hubo presencia de los idiomas vernáculos. El encuentro se transformó en una plataforma de expresión de México y Centroamérica, que abrió una conversación múltiple que hacía tiempo esperaba la oportunidad de concretarse. Dicha conversación amplió los horizontes de la relación política entre México y las naciones de Centroamérica, al mismo tiempo que alentó la articulación de una macrorregión cultural, que situaba el conocimiento, en su más amplia acepción, la investigación y la reflexión analítica, como factor de primer orden en la solución de los problemas que aquejaban a nuestras sociedades. Una parte amplia de la discusión se dedicó a subrayar la importancia de que América Latina, nuestra América, se reconozca en sus fundamentos comunes y fortalezca sus capacidades ante el avance del mundo global.

Precisamente la cercanía de los problemas que afrontaban los países de Centroamérica y el Caribe con los de México hizo factible pensar en un amplio proyecto de vinculación académica multidisciplinaria, e incluso en la fundación de ámbitos institucionales comunes desde los cuales se articularan los proyectos y sus resultados. La discusión de estos aspectos cobró importancia en los encuentros de intelectuales, e incluso se vislumbraron proyectos comunes de edición de textos y publicación de revistas. La dinámica que caracterizó los encuentros hacía posible la viabilidad de los proyectos comunes, aunque en ningún momento se perdió la perspectiva de que los factores políticos que incidían tanto en México como en Centroamérica y el Caribe podrían impedir su puesta en práctica. De hecho, los sucesos posteriores demostraron que

la compleja problemática que se afrontaba regionalmente, concretada en los diferentes ámbitos nacionales, tornaba difícil la perspectiva de constituir una macrorregión cultural común, vinculada académicamente a través de un nudo institucional.

El Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se desarrolló del 3 al 7 de mayo de 1992 en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, y fueron las sedes el Centro Cultural El Carmen y el Centro de Convenciones de la ciudad. La asistencia a ese encuentro creció notablemente no sólo por la presencia de los intelectuales de Centroamérica y el Caribe, sino también por la afluencia de los mexicanos y del público en general, que abarrotó las mesas de discusión. La reunión acaeció en el año que marcó el quinto centenario del inicio de los regímenes coloniales en lo que hoy denominamos América Latina y el Caribe, que trajeron una serie de alteraciones y transformaciones profundas en los pueblos originarios del llamado Nuevo Mundo. Estos procesos históricos, junto con los cambios y aspectos de nuestra vida contemporánea que encuentran sus orígenes en los días coloniales, fueron intensamente debatidos. Con la presencia de la intelectualidad india de México y Centroamérica, la conversación fue, además de plural, multidisciplinaria e intercultural. Destacó el examen de las identidades en la macrorregión cultural, lo que realzó la importancia de la variedad de la cultura. Según se señaló en ese segundo encuentro, el siglo XXI sería el de la afirmación de la diferencia y de la plena manifestación de la variedad idiomática, al igual que de la consolidación del respeto a la diversidad humana. Es decir, aquellos encuentros vislumbraron los complejos procesos que están en marcha en la actualidad y que se desarrollan en circunstancias de alta dificultad.

En términos de la antropología, estos contextos actuales señalan la oportunidad de aplicación de las disciplinas de las ciencias sociales para diseñar las articulaciones que se manifestaban en los encuentros, además de sugerir los caminos de solución de los problemas comunes.

El Tercer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se celebró en la ciudad de Tapachula a mediados de 1993, con sede en la Casa de la Cultura y en el Teatro de la Ciudad. Esa vez resurgió el tema de la frontera, el papel de los pueblos del Caribe y el examen de las integraciones promovidas desde los Estados nacionales, más con afanes de intercambio comercial que buscando la articulación profunda de las sociedades.

Los referidos encuentros de intelectuales de Chiapas y Centroamérica suscitaron varias reflexiones. En primer lugar, la demostración de un potencial en movimiento para establecer una articulación cultural que sería la base para lograr otras. Los encuentros demostraron ampliamente que tanto en el sur-sureste de México como en los países de Centroamérica existía una “masa crítica” capaz de sostener la articulación de una de las macrorregiones culturales más importantes del continente americano. Eso incluía los enlaces entre universidades e instituciones académicas y culturales en general, con lo que ello implica: desarrollar programas de investigación en temas de interés común y programas editoriales de alta envergadura, así como intercambios de estudiantes, académicos, científicos, escritores y artistas. Lo anterior contribuiría a acercar los resultados de la investigación científica a la educación superior, con vistas a contribuir en la superación de los problemas reales que afrontaban nuestros países, cuyos contextos de desigualdad social eran, y siguen siendo, tan abismales. Además, desataría el potencial creativo y científico al establecer mecanismos de cooperación internacional que podrían resultar en sistemas articulados de investigación y de educación superior. Lo paradójico era el contraste entre la alta calidad de los círculos académicos, incluidos los antropológicos, a ambos lados de la frontera, y la baja calidad de las administraciones que decidían la vida pública en general.

La situación de México y de los países de Centroamérica difiere ampliamente entre sí. En cada país, el contexto de las comunidades científicas e intelectuales en general no es homogéneo. Los largos años de conflictos armados han devenido en problemas que hasta la actualidad no encuentran solución. En Centroamérica, los conflictos armados provocaron la salida de un número importante de pensadores, intelectuales, científicos y creadores, muchos de ellos establecidos en México, que han contribuido notablemente a enriquecer la vida nacional. En contraste, esos exilios —provocados por la represión— empobrecieron las naciones centroamericanas despojándolas de sus cuadros intelectuales, con secuelas difíciles de revertir y que han sido trágicas. Precisamente esos encuentros de intelectuales ofrecieron un ámbito para la reflexión y el examen de esos procesos y de las problemáticas comunes que nos caracterizaban. De nuevo, la aplicación de la antropología en el diseño de esos encuentros permite afirmar que fueron, en sí mismos, proyectos de antropología aplicada.

La arqueología en el ICHC

La antropología en México se concibió, desde los primeros momentos de su institucionalización, como una disciplina holística configurada por la antropología cultural, la etnología, la antropología física, la arqueología y la lingüística. Posteriormente se agregó la antropología social. Durante el siglo XIX, y aún en el periodo de gobierno de Porfirio Díaz, la antropología se instaló en el Museo Nacional, ubicado en la actual calle de Moneda, en el Distrito Federal. Allí se impartían clases a un número selecto de estudiantes en las que la arqueología era una parte importante. En 1911, ya con la Revolución mexicana en pleno, se fundó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, cuyo primer director fue Franz Boas, el importante antropólogo fundador del relativismo histórico y de la escuela cultural norteamericana. Le sucedería el arqueólogo Edward Seeler, de importante presencia en México. En esa escuela se formó Manuel Gamio, uno de los personajes que contribuyó a la consolidación de la antropología en el país y que llegó a dirigir la Escuela Internacional en su última etapa.

Esos primeros momentos de la institucionalización de la antropología en México muestran que la disciplina nació junto con el Estado nacional y que ha sido financiada por éste. En esa tesitura, la arqueología ha jugado un papel central en la elaboración del nacionalismo mexicano al enlazar el pasado prehispánico con el presente de México, y haciéndolo parte de la historia nacional como tal. Con ello quiero resaltar la importancia que ha tenido la antropología en México, y en particular la de una de sus ramas, la arqueología, en la forja de una idea de identidad nacional y en proveer símbolos que articulan la variedad cultural en un discurso nacionalista.

Los antropólogos, tanto sociales como culturales, los etnólogos, así como los arqueólogos y los lingüistas interesados en México, han centrado sus trabajos en el área de los cultivadores complejos que Paul Kirchhoff designó como Mesoamérica. No entraré a discutir aquí las consecuencias de esa concentración de los antropólogos sociales y etnohistoriadores en dicha área, sino que me limitaré a destacar que Chiapas fue parte importante de la misma. Más todavía, en plena etapa colonial, en el siglo XVIII, el territorio que actualmente ocupa el estado de Chiapas ya conoció las primeras exploraciones que podríamos llamar arqueológicas. Precisamente Palenque recibió la visita de José

Antonio Calderón hacia 1784, como bien lo describe Carlos Navarrete en su libro *Palenque 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya* (2000). Es ampliamente conocido el paso de viajeros, dibujantes, anticuarios y exploradores por Chiapas, varios de ellos cautivados por Palenque.

Al triunfar la Revolución mexicana iniciada en 1910, se reorganizó la antropología sin abandonarse su carácter holístico. Surgieron tres instituciones básicas: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), perteneciente al propio INAH, y el Instituto Nacional Indigenista (INI). Es una historia bien conocida. La ENAH se ocupó prácticamente de forma exclusiva en la formación de los arqueólogos mexicanos durante una buena parte del siglo XX. Chiapas permaneció como uno de los estados de la federación más estudiados por los antropólogos, aunque con diferencias importantes en términos de las regiones donde más se concentraban. Así, la antropología social, la cultural y la etnología, tanto como la lingüística, se concentraron en Los Altos de Chiapas, y la arqueología en ciudades mayas como Palenque, Bonampak, Yaxchilán, Toniná y Chinkultik. La exploración antropológica de estas ciudades ocurrió, me atrevo a decirlo, sin una discusión de sus contextos regionales en términos etnográficos. Me parece que esa discusión se realizó por primera vez en el caso de Chiapa de Corzo y en la exploración del Alto Grijalva, con la presencia de los arqueólogos que trabajaban para la New World Archaeological Foundation (a la que también nos referiremos aquí por su nombre vertido al castellano), entre los que se encontraban Carlos Navarrete, Pierre Agrinier y Thomas Lee. Es más, la arqueología en Chiapas está relacionada estrechamente con esa fundación y con el momento en que se escribió la historia de esta disciplina en nuestra entidad.

En ese sentido, conviene recordar la influencia que ejercía el planteamiento de Clark Wissler (1938) sobre las áreas culturales, término que todavía usó Julian Steward en aquel texto titulado *Teoría y práctica del estudio de áreas* (1955). Paul Kirchhoff se situó en esa orientación cuando propuso su área cultural mesoamericana como el hábitat de los cultivadores complejos. Ángel Palerm y Eric Wolf (1972) usaron el mismo concepto al estudiar lo que ellos llamaron “el área cultural del Acolhuacan” en el centro de México. Esa influencia de Wissler es notoria en los trabajos arqueológicos conducidos por la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, en los que se definía el Alto

Grijalva como un área cultural, lo que constituyó el punto de partida para una discusión que ha llevado a la identificación etnográfica de una región cultural chiapaneca.

La Fundación Arqueológica Nuevo Mundo surgió como consecuencia de un proyecto pensado por Thomas S. Ferguson, Alfred V. Kidder y Gordon Willey. El primero de estos personajes, Ferguson, nació en Pocatello, Idaho, y se graduó en ciencias políticas en la Universidad de California, aunque practicó como abogado en la ciudad de Orinda, California. Algunos de sus biógrafos afirman que trabajó para el FBI (Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos). Pero Ferguson fue ante todo un académico mormón interesado en demostrar, a través de la arqueología, que *El libro del mormón*, publicado por Joseph Smith por vez primera en la ciudad de Palmira, Nueva York, en 1830, estaba en lo cierto. De hecho, Ferguson fue el fundador del Departamento de Arqueología de la Brigham Young University, que en la actualidad es el Departamento de Antropología de esa universidad, propiedad de la Iglesia mormona. Ferguson fue, por cierto, presidente de la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo (Ferguson y Warren, 1987).

Alfred V. Kidder nació en Marquette, Michigan. Estudió en Harvard, primero medicina y después arqueología, influido por Jesse Musbaum. Se especializó en la arqueología del suroeste de los Estados Unidos (parte de la Gran Chichimeca) y en Mesoamérica, en particular en el mundo maya. Se le ha considerado como uno de los modernizadores de la arqueología en los Estados Unidos.

Gordon Willey nació en un pequeño pueblo de Iowa, Chariton. Estudió en la Universidad de Arizona y posteriormente obtuvo su doctorado en la Universidad de Columbia, Nueva York. Se desempeñó como profesor en Harvard y en la Universidad de Chicago, y fue uno de los arqueólogos norteamericanos más destacados en el siglo XX.

Los académicos mencionados examinaron en conjunto la arqueología que se practicaba en Mesoamérica, es decir, el mundo maya y sus vecinos. Corría el año 1951. Dicha arqueología presentaba un vacío: el estudio de la cuenca superior del río Grijalva. Kidder había trabajado desde 1930 en la arqueología de Honduras, Guatemala y Yucatán, y era en ese momento el gran especialista en el periodo Clásico del mundo maya (400 d.C. hasta 1500 d.C.). Pero el estudio del periodo llamado Preclásico estaba bastante descuidado al momento en que Ferguson, Kidder y Willey discutían los resultados de la arqueología en el área maya. En esa

tesitura, los tres arqueólogos acordaron que lo más conveniente para impulsar un nuevo momento en la arqueología maya era fundar una institución que garantizara la exploración sistemática y a largo plazo, sobre todo de la cuenca superior del río Grijalva. El énfasis se colocó en los sitios preclásicos, es decir, del 400 d.C. hacia atrás. Dicha institución fue precisamente la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, fundada el 20 de octubre de 1952.

A los personajes mencionados debe agregarse el nombre de Pedro Armillas, a mi juicio uno de los arqueólogos de mayor importancia en el siglo XX. Armillas nació en San Sebastián, en el País Vasco, España, pero a los once años su familia se trasladó a Barcelona, lo que explica que se considerara a sí mismo catalán. Republicano, llegó a México en 1939, al triunfar los franquistas en España y dar comienzo el largo periodo del fascismo español. Después de varias vicisitudes, Armillas fue nombrado ingeniero en la Comisión Agraria Mixta del estado de Chiapas, dada su experiencia como artillero, lo que le capacitaba para la medición de los terrenos en el contexto del reparto agrario. Estuvo en Chiapas en esa calidad desde agosto de 1939 hasta junio de 1940, luciendo un título de ingeniero topógrafo que le expidió el gobernador de Chiapas, otro ingeniero: Efraín Antonio Gutiérrez Rincón. La estancia en Chiapas avivó en Armillas el deseo de estudiar los pueblos indígenas, con quienes convivió en Los Altos de Chiapas. Pero la vida llevó a Armillas por el sendero de la arqueología, y por esa misma vía llegó a ser parte del consejo arqueológico de la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, al lado de Alfred V. Kidder, Gordon Willey, Max Jakerman y Gordon Ekholm (Lee, 2011).

Me he detenido en este contexto para mostrar que en el desarrollo de la arqueología en Chiapas se combinaron motivos religiosos con intereses académicos para emprender uno de los proyectos más prolíficos que se conocen en el terreno de la arqueología en México. La sola reflexión sobre esa combinación es una tarea importante. Incluso, la participación de un arqueólogo como Pedro Armillas en la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo es paradigmática, al tratarse de un republicano español, muy lejos de ser religioso, de orientación socialista y con simpatías hacia planteamientos anarquistas. Pero así son los caminos de la ciencia y de la propia vida. Más aún, en la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo trabajaron arqueólogos como Carlos Navarrete, Pierre Agrinier, Jordi Gussinyer, Thomas Lee —quien se

incorporó al ICHC—, Eduardo Martínez y John Clark, entre otros, en una de las épocas más prolíficas de la arqueología en Chiapas, al momento en que Gareth W. Lowe dirigía los trabajos de la fundación.

Me parece que, en conjunto, la exploración de los sitios preclásicos del Alto Grijalva, y en general los trabajos que los arqueólogos han desarrollado en Chiapas en el contexto de instituciones como el INAH, el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, a los que se sumaron los llevados a cabo en el ICHC, permiten plantear:

- 1) El enlace entre la historia y la ecología cultural, como el resultado de desarrollos locales y regionales. Es decir, los materiales culturales con que trabajaban los arqueólogos eran resultados de un desarrollo histórico forjador de regiones culturales cuyas continuidades y discontinuidades podían trazarse no sólo a través de la arqueología, sino de los enfoques etnohistóricos y la etnografía contemporánea.
- 2) Las diferencias en las ecologías culturales llamaban la atención hacia la utilidad del intercambio —como señaló John Murra en su concepción de los “pisos ecológicos” aplicada en Perú— que articulaba las diferencias y ponía en relación realidades culturales diferentes. La preocupación de Thomas Lee y Carlos Navarrete por estudiar las rutas y los caminos prehispánicos en Chiapas evidenciaba tal postura.
- 3) La diversidad actual de la cultura en Chiapas tiene raíces profundas cuyo descubrimiento apuntala el conocimiento contemporáneo y enlaza el pasado con el presente. Prácticamente la escala evolutiva planteada por el evolucionismo multilineal es posible de reconstruir en su totalidad en Chiapas. En otras palabras, la situación cultural actual del estado no es una casualidad del destino, sino una elaboración histórica cuyos resultados están a la vista en la pluralidad existente.

Además de estos tres aspectos que, a mi parecer, resaltan una lectura teórica de los textos de la arqueología en Chiapas, encuentro más elementos que a un antropólogo social le son útiles para identificar una región cultural. Esos aspectos son:

- 1) Una configuración regional es resultado de vinculaciones en el tiempo y en los ámbitos espaciales, de tipos de sociedades y culturas con sus medioambientes y con las estrategias seleccionadas para su transformación y su uso cultural.

- 2) Dichas vinculaciones resultan en estructuras propias —reveladas, por ejemplo, en los patrones de asentamiento— que otorgan especificidad a una sociedad y cultura dadas.
- 3) Todo ello se manifiesta en complejos de símbolos que, a su vez, son vías de identidad colectiva y muestras de la concepción del mundo que cada sociedad porta.

El trasfondo arqueológico no es ningún “antecedente”, sino parte de esos procesos de continuidad y discontinuidad que explican una realidad regional. Ello se traduce, en términos de lo que llamamos región cultural, en una indagación que no puede ser más que interdisciplinaria, para establecer la presencia o no del Estado y de una sociedad desigual que manejó políticamente la economía y mantuvo mecanismos complejos de control sobre sus entornos. La pregunta es cómo se mantiene o se transforma una unidad cultural regional en un contexto colonial que significa la introducción impuesta de visiones culturales diferentes y de tipos de organización social lejanos a los locales.

Concebidas como disciplinas afines, la antropología social y la historia se reunieron en Chiapas con la arqueología, que formaba parte del conjunto de disciplinas que se enseñaban en la ENAH como formadoras de la antropología.²⁶ En ese sentido, en el ámbito del ICHC se promovió la investigación arqueológica para articularla con la etnohistoria, con la etnografía y con la antropología social. Sophia Pincemin, Mario Tejeda Bouscayrol y Thomas Lee fueron los arqueólogos del ICHC encargados de los proyectos y quienes lograron reunir a diversos colegas de varias instituciones.

Una actividad que articuló la arqueología con otras disciplinas en el ICHC fue la organización de cinco foros de arqueología de Chiapas, ámbitos en los que se discutieron los problemas que en aquel momento se consideraban de mayor interés. Hacia aquellos años finales de la década de los ochenta e inicios de los noventa, la arqueología en Chiapas había reunido una considerable cantidad de material, lo que nos llevó a la consideración de organizar la discusión con el propósito de sistematizar lo conocido. Para ello surgieron los Foros de Arqueología de Chiapas. El programa general de éstos fue resultado de una discusión con los arqueólogos del ICHC, Thomas Lee, Sophia

26 Agréguese la lingüística, la etnología y la antropología física.

Pincemin y Mario Tejada Bouscayrol, además de con antropólogos sociales como Jesús Morales Bermúdez y otros. El esquema acordado fue el siguiente:

- I. Primer Foro. Las sociedades igualitarias y sus transiciones. Cazadores-recolectores-pescadores y agricultores tempranos. Del Arcaico al Preclásico Temprano.
- II. El inicio de la estratificación social, los orígenes y la consolidación del Estado. Preclásico Medio al Protoclásico.
- III. Conmemoración de la Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología: Relaciones entre Olmecas y Mayas Tempranos, que se llevó a cabo en Tuxtla Gutiérrez en 1942.
- IV. La complejidad maya. Los Estados. El Clásico.
- V. El Protoclásico y los periodos históricos. La época colonial.

El primer foro se dedicó al examen de las sociedades cazadoras-recolectoras y pescadoras, así como la de los agricultores tempranos, enmarcadas en una concepción evolucionista multilínea y de ecología cultural, como lo deja ver el esquema general de organización de los foros. Asimismo, tuvo importancia la visión encaminada a explicar el paso de las sociedades igualitarias a sociedades de economía política, desigualdad social y existencia del Estado, lo que marcaba la influencia de Lawrence Krader y Ángel Palerm, quienes, a su vez, acusaban la influencia de Karl Marx. Con ello, situábamos la arqueología de Chiapas en la perspectiva del debate acerca de las diferentes líneas de transformación de sociedades igualitarias y su paso a sociedades desiguales, la aparición en la historia del manejo interesado de la economía y la consolidación de las formas de poder a través de la centralización de éste. En el contexto de Chiapas, una sociedad desigual en extremo, proveniente de una matriz colonial, el tema es de importancia destacada. De ahí la temática del primer foro. Sophia Pincemin, arqueóloga del ICHC, presentó una discusión de las contribuciones de los arqueólogos del INAH para entender la etapa prehistórica de lo que actualmente constituye Chiapas. La estudiosa se concentró en examinar la depresión central (Santa Marta y Los Grifos), Los Altos de Chiapas y el valle de San Cristóbal de Las Casas (río Fogótico), para concluir en que la huella humana en el actual territorio del estado de Chiapas data de por lo menos 18 000 años a.C. Estos primeros pobladores, según el ejemplo de los materiales arrojados por la exploración arqueológica en Teopisca, eran

recolectores, pero también cazadores de animales pequeños. Todavía en la actualidad, en pueblos de Los Altos de Chiapas como Oxchuc, la rata de campo es muy apreciada para comer. Insistió Sophia Pincemin en la necesidad de un amplio trabajo comparativo, interdisciplinario y de largo plazo para entender los orígenes de la sociedad y la cultura en Chiapas y, sobre todo, el paso a la sedentarización (Pincemin, 1991). La sedentarización era un aspecto relevante de discutir y de situar con exactitud, porque implicaba la posibilidad de patrones de asentamiento fijos y de procesos de centralización del poder acompañados de una emergente desigualdad social. De allí la insistencia en un acercamiento interdisciplinario al tema.

Voorhies, Michaels y Riser (1991), a través de la exploración de cinco yacimientos arqueológicos en la costa de Chiapas, cerca de Acapetahua, demostraron la temprana presencia de la cultura en las tierras bajas del Pacífico sur y lograron establecer la fecha del tercer milenio antes de Cristo para dichos yacimientos. Son sitios especializados en la captura y el procesamiento del camarón. Desde fechas tan tempranas data el camarón seco, característico de las costas chiapaneca y oaxaqueña actuales y cuyo consumo sigue siendo intenso. Los arqueólogos encontraron una serie de estratos de conchas que dieron lugar a la formación de pequeñas islas, que se usaban como secaderos de grandes cantidades de camarón que después se transportaba tierra adentro. Sin duda, se trata de las huellas de una actividad altamente especializada. Más todavía, esos hallazgos señalaban cambios demográficos que respaldaban las transformaciones que se venían observando, y cuyas características se desvelaban en el transcurso de la propia discusión. Las transformaciones hacia la complejidad social y política no eran explicables en medios demográficos sencillos. Los enormes depósitos de restos de camarón apuntaban a procesos demográficos que facilitaron los cambios aludidos.

Los agricultores tempranos se analizaron a través de los trabajos presentados por John Clark (1991) y Gareth Lowe (1991), arqueólogos de la Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, y por Thomas Lee (1991), arqueólogo del ICHC. Completó estos trabajos el texto de Mario Tejada (1991), arqueólogo del ICHC. Se introdujo la dimensión comparativa con la arqueología de Centroamérica a través del trabajo de Bárbara Arroyo (1991), que analizó a los primeros agricultores de El Salvador. En esos trabajos, la presencia olmeca fue intensamente discutida, lo

que significó un esfuerzo para situar la compleja problemática del surgimiento del Estado, que sería el tema de los dos siguientes foros de arqueología de Chiapas. Lo “olmeca” se convirtió en una referencia de la complejidad, de la aparición de las primeras formas de centralización del poder y del manejo político de la economía. Se asocia este tipo de configuraciones complejas con el desarrollo de una agricultura cuya productividad permite el sostenimiento de sociedades con cargas demográficas mayores, es decir, poblaciones que admiten una mayor complejidad en la división del trabajo y, con ello, la especialización del propio rol político.

En congruencia con el análisis de las líneas de evolución sociocultural iniciado en el primer foro, y reconociendo la antigüedad de la pluralidad lingüística y cultural en el territorio donde se asienta actualmente el estado de Chiapas, tanto el segundo foro como el tercero se dedicaron a la reflexión acerca del desarrollo del sedentarismo, la emergencia de la desigualdad social y el surgimiento del Estado. En términos arqueológicos, el segundo foro se abocó a la discusión de las sociedades vigentes entre los años 1800 a.C. y 250 d.C., es decir, durante el Preclásico y el Protoclásico. Se trata de un lapso de dos milenios en el que se configuraron las líneas de transformación y cambio de los grupos humanos que habitaban en Chiapas, y en general en Mesoamérica. En ese contexto aparecieron los pueblos agricultores, la alfarería, el trazo de los primeros poblados con los juegos de pelota y la que se ha considerado una de las fechas escritas más antiguas en Mesoamérica: 36 a.C., encontrada en una estela en Chiapa de Corzo. La arqueología ha documentado la importancia de los periodos mencionados, el Preclásico y el Protoclásico, como momentos de cambio atestiguados por la arquitectura, el trazo de los poblados, la piedra cortada, el uso de la cal y el surgimiento de ciudades complejas, además de una combinación de centros políticos y religiosos, la vigencia de complejas visiones del mundo, los calendarios y la escritura fonética. Es la Mesoamérica de Kirchhoff, de la que formó parte el territorio del actual estado de Chiapas.

El Segundo Foro de Arqueología de Chiapas abrió con una conferencia magistral dictada por Linda Manzanilla, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, en la que presentó una explicación sobre el surgimiento de la sociedad urbana y del Estado. Se trata de un texto de gran alcance que hace referencia a las teorías que

enlazan al conjunto disciplinario de la antropología, en autores como John Murra, Kent Flannery, Claude Meillassoux, Karl Polanyi, William Sanders o Lawrence Krader. En ese texto, Linda Manzanilla analizó lo que ella llamó la etapa del templo y la etapa del palacio. El hilo conductor era la producción del excedente y el papel de la redistribución para explicar el surgimiento de la urbanización y del Estado y, con ello, de la desigualdad social. De esa manera, Linda Manzanilla condujo la discusión de la arqueología de Chiapas hacia ámbitos teóricos que enmarcaban los esfuerzos por aclarar las líneas de una transformación variada de los grupos humanos en cuestión (Manzanilla, 1993). Teniendo en cuenta el desarrollo de las propias discusiones anteriores, el planteamiento de Linda Manzanilla completó el debate y permitió una percepción más detallada de los procesos de cambio hacia la centralización del poder. Aunque hay un trasfondo evolucionista multilineal, me parece que es posible superarlo, al introducir la discusión del tipo de mecanismos históricos que venían forjándose en el paso de las sociedades igualitarias hacia las sociedades desiguales. Si bien la evidencia arqueológica no permite el detalle deseado, es bastante alta la posibilidad de que sea en la dinámica misma de los grupos de parentesco en donde se localicen los resortes de la transformación. Téngase en cuenta que en los contextos de centralización consolidada del poder, lo que narran las estelas son las líneas de linaje de las personas poderosas. Ello hace suponer que en un momento determinado coincidieron diversos factores (agricultura, procesos de centralización del poder, cambios demográficos, complejidad en la división del trabajo o emergencia de la desigualdad social) que se conjugaron con las transformaciones de las formas de parentesco, en las que se introdujeron factores que permitían la desigualdad entre los mismos grupos. El proceso en su totalidad desembocó en la consolidación de la complejidad social, económica y política.

En congruencia con la complejidad introducida por el texto de Linda Manzanilla, una segunda conferencia magistral versó sobre la simbología y la escritura olmeca, dictada por Román Piña Chan, quien fuera uno de los arqueólogos señeros de México. Él mostró la complejidad de una visión del mundo, la olmeca, asociada al simbolismo del jaguar, relacionado con los ciclos vitales de la naturaleza que permiten al ser humano el cultivo de las plantas y la alimentación. Ello basado en un análisis detallado de dos conjuntos de

materiales arqueológicos. El primer conjunto procedía de: la Mixteca en Oaxaca; el municipio de Cárdenas, Tabasco (ejido Ojoshal); San Lorenzo, Veracruz, el Monumento 19 de La Venta, Tabasco, más piezas provenientes de Guerrero. El segundo conjunto de materiales procedía de Chalcatzingo, Morelos; del Monumento 30 y hachas de La Venta, Tabasco, y la Estela C de Tres Zapotes, Veracruz. La reflexión de Piña Chan conduce al lector por los que fueron los primeros caminos de una ciencia, es decir, de la creación de conocimiento, que fue capaz de desarrollar una sociedad como la olmeca, “la gente del Oriente” (Piña, 1993), en estrecha relación con la agricultura, fuente básica de la producción de alimentos en esa sociedad. Es decir, el planteamiento de Piña Chan vino a corroborar la hipótesis del paso de las sociedades sencillas a las sociedades complejas, proceso que es posible documentar con los materiales de la arqueología de Chiapas y situarlos como parte de la formación de la macrorregión de los agricultores complejos, de los estados, las sociedades desiguales y el manejo político de la economía que Paul Kirchhoff llamó Mesoamérica. Dichos procesos son centrales para explicar la complejidad de la historia antigua del México actual.

La conferencia magistral de la arqueóloga Marion Popenoe de Hatch versó sobre la economía y la política en Kaminaljuyú durante el Preclásico y el Clásico Temprano. Hoy, el sitio está invadido por la ciudad de Guatemala, pero Popenoe de Hatch logró trabajar ahí durante tres temporadas en los años 1983, 1984 y 1987. Los resultados de esos trabajos los expuso en el Segundo Foro de Arqueología de Chiapas y mostraban que el complejo desarrollo de Kaminaljuyú fue frenado por actores externos. Es decir, aunque los datos indicaban un claro desarrollo hacia la formación del Estado, éste no llegó a concretarse, sino que Kaminaljuyú funcionó como un centro primario que dominó las tierras altas centrales. Justo en ese momento, durante el Clásico Temprano, el sitio fue invadido y cortado su desarrollo autónomo (Hatch, 1993). Puede afirmarse que Marion documentó el proceso de un Estado abortado que pasó a formar parte de otros dominios en los que la centralización del poder alcanzó a consolidarse.

En la conferencia magistral dictada por Piña Chan, los olmecas fueron el centro de la reflexión. La conferencia fungió como una introducción a la siguiente fase del segundo foro, en la que las discusiones giraron alrededor de los olmecas y sus relaciones con las

culturas precoloniales de Chiapas. Me parece que estas discusiones deben asociarse con las reflexiones en torno a la llamada arqueología zoque, que Gareth Lowe promovió y contribuyó a desarrollar. Es tal la importancia de la cuestión olmeca para la arqueología de Chiapas, que el tercer foro, como se verá, se dedicó a examinar esta singular cultura de la antigüedad mexicana.

El análisis de “lo olmeca” introdujo factores que apuntaban hacia la formación de sociedades complejas, la consolidación de la desigualdad social y el funcionamiento de unidades políticas centralizadas. En un texto que discutía la naturaleza cultural y social de “lo olmeca”, John Clark (1993a) logró efectuar una síntesis de las características de un proceso, la “olmequización” de sociedades que entraron en relación con “lo olmeca”. Del trabajo de Clark destaco lo siguiente: la presencia olmeca en la costa de Chiapas —alrededores de Mazatán— vino acompañada de los inicios de la diferenciación social que desembocó en una franca desigualdad y se extendió por todo el territorio de Mesoamérica. Hablamos de lugares como Paso de la Amada y de fechas que oscilan alrededor del 1650 a.C. Pero es a partir del período 1200-1050 a.C., durante la llamada Fase Cuadros, en la zona de Mazatán, cuando se produjeron cambios significativos, entre los que destacan la centralización política y la presencia de grupos hablantes de mixe-zoque, asociados con “lo olmeca”. Lo importante es que, desde el punto de vista de la división del trabajo, el cargo político, el ejercicio del poder, era en los momentos mencionados una categoría especializada. Me parece que ello es el eje de la olmequización en la costa de Chiapas y denota el manejo político de la economía, la desigualdad social y la centralización política, como he venido señalando, rasgos que se difundieron por todo Mesoamérica. La evidencia arqueológica que se lee en los trabajos presentados en el segundo y el tercero de los foros, más la lectura teórica proporcionada por Clark (1993a), permiten suponer que los olmecas son una referencia de la primera centralización política alcanzada en la antigüedad mexicana. Más todavía, “lo olmeca” es también una referencia a un tipo de sociedad multiétnica y plurilingüística, una característica de gran importancia que sitúa a los olmecas como el inicio de la complejidad mesoamericana. Para Clark, los olmecas fueron la primera sociedad y cultura mestiza de Mesoamérica, y articularon en su contexto, merced a la centralización política, a otomangues, mayas y mixe-zoques (Clark, 1993a: 52).

La cuestión olmeca continuó discutiéndose a través de los trabajos presentados por varios arqueólogos que usaron diferentes enfoques, pero en concordancia con la importancia de esa reflexión para situar los orígenes de la complejidad social en Mesoamérica (Álvarez, 1993; Barba, 1993; Tejada y Lowe, 1993).²⁷ Desde el punto de vista etnohistórico, la importancia de esa discusión estribaba en la posibilidad de situar el proceso por el que atravesaron las sociedades antiguas de Chiapas en el momento del cambio de las sociedades sin economía política, sin desigualdad social y sin Estado, a sociedades que presentaban esos tres factores. En breve, el paso de la sociedad igualitaria a la sociedad desigual, dividida en clases sociales y con Estados claramente constituidos, fue un proceso que ocurrió dentro de la territorialidad del actual sur-sureste de México en general, y de lo que hoy forma el estado de Chiapas en particular.

El segundo foro terminó con el examen del Protoclásico, y en él se presentaron trabajos de Thomas Lee (1993), Sophia Pincemin (1993) y Marion Hatch (1993). Lee argumentó que el Protoclásico es definido a través de una tipología diagnóstica de la cerámica, combinada con la iconografía y las costumbres funerarias. Por su parte, en su texto, Marion Hach analizaba la secuencia cerámica de Kaminaljuyú para distinguir los cambios socioculturales y la intromisión de nueva población en el sitio. Sophia Pincemin explicó los resultados de las excavaciones de salvamento en el sitio denominado los Cerritos, en los alrededores de Tapachula. Se trata de un centro cívico-ceremonial, según la definición de Pincemin, que también puede tomarse como el asiento de una unidad política centralizada, que va desde el Preclásico Temprano hasta el Postclásico. Es decir, los materiales discutidos seguían apuntalando el planteamiento que expuse acerca de la formación de la complejidad social, cultural, económica y política de la antigüedad de Chiapas.

El Tercer Foro de Arqueología de Chiapas dio continuidad a la discusión emprendida desde el primero de ellos, de acuerdo con el hilo conductor: la comprensión de la complejidad social y política, su formación y consolidación en el pasado de Chiapas. El tercer foro se celebró respetando esa continuidad en la discusión, pero recordando

27 Otto Schumann dictó una conferencia magistral durante el primer día de celebración del segundo foro: “La lingüística histórica de los zoques, mixes y mayas”, que no llegó a publicarse.

a la vez la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología celebrada en Tuxtla Gutiérrez en 1942, en la que la discusión sobre los olmecas ocupó un lugar importante. Por esas razones el tercer foro se dividió en dos momentos: primero, la discusión de los olmecas metropolitanos y sus provincias, y segundo, el análisis de los mayas y olmecas tempranos. La discusión abrió con el texto de John Clark (1993b), en el que planteó la reflexión en torno a la organización política de los olmecas. A este texto de Clark le siguieron dos trabajos situados en San Lorenzo, Veracruz, correspondientes a Ann Cyphers (1993) y María de la Luz Aguilar (1993), para continuar con los planteamientos de Gareth Lowe (1993) sobre el Preclásico Terminal en Izapa, Soconusco. Richard Lesure (1993) informó acerca de los resultados del salvamento arqueológico en El Varal, mientras que Thomas Lee (1993) cerró la discusión con un texto acerca de la presencia política de los olmecas en Chiapa de Corzo. Finalmente, Sophia Pincemin discutió el Preclásico en Campeche y la Península, para cerrar así el tercer foro y el segundo momento del periodo mencionado.

En general, estos trabajos sugieren una dinámica de relaciones entre diferentes grupos humanos de la antigüedad de Chiapas, que formó parte de los factores que condujeron a las transformaciones que he venido aludiendo. Fue ésta una contribución destacada de los dos foros porque permitió enfocar un macroproceso alimentado de procesos regionales que desembocó en las complejidades mencionadas. La etnografía contemporánea encuentra en ello una base para discutir las dinámicas de una sociedad que se forjó en la interrelación de la pluralidad cultural, y para abandonar la idea de que cada grupo humano en Chiapas tiene una historia tan particular que se explica por sí mismo.

La problemática analizada en el tercer foro resultó más compleja, como era de esperar, al examinarse ámbitos más amplios, no sólo geográficos, sino además teóricos. La discusión sobre los olmecas no fue concluyente, pero hubo un ordenamiento de datos y argumentos que, a la postre, resultó en un punto de partida para las discusiones siguientes. Quedó claro que la complejidad política de la antigua Mesoamérica tenía en Chiapas uno de sus puntos de arranque. Este hecho plantea a la antropología social contemporánea la necesidad de una discusión más detenida sobre los conceptos de centro y región, de centro y periferia, para aclarar la dinámica de una relación que ha

sido constante en la historia mexicana, y que en el caso de Chiapas es imprescindible entender. Un lector interesado en la discusión acerca de los olmecas deberá revisar las respectivas memorias de los foros de arqueología de Chiapas y el par de tomos editados por María Teresa Uriarte y Rebecca B. González Lauck, precisamente bajo el título de *Olmeca* (2008).

El Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas se celebró en la ciudad de Comitán los días 21 al 26 de noviembre de 1993. Como una premonición de lo que se avecinaba, el foro se dedicó al análisis de los mayas. En su contexto, se abordaron aspectos muy amplios al articularse la arqueología con la antropología social, la lingüística, la etnohistoria, la historia y las teorías antropológicas. El temario del foro se dividió en tres partes: una introducción general al área maya, los mayas arqueológicos y los mayas de la Colonia. Las fronteras de Chiapas fueron rebasadas porque se trataba de analizar y comprender variados aspectos de la complejidad maya y situar Chiapas en su contexto. William Folan (1994) trazó una visión general del periodo Clásico de los mayas, en el contexto de una Mesoamérica más amplia que la propuesta por Kirchhoff. El Clásico maya fue el momento de un urbanismo desarrollado, de una clara existencia de la desigualdad social —incluso Folan habló de “clases medias” en las ciudades mayas— y de unidades políticas centralizadas; es decir, se hizo evidente la presencia del Estado, ya fuera regional o en forma de ciudades-estado sui generis. De ahí en adelante, los trabajos del cuarto foro se dedicaron a discutir la organización política en paralelo a la complejidad de la urbanización, asociada ésta con la iconografía y las artes en general, así como con la ciencia y las visiones del mundo. Lyle Campbell (1994) leyó un documento en el que develó la importancia de la lingüística histórica para comprender a los mayas y sus raíces prehistóricas. Resalta en este texto, nuevamente, la cuestión olmeca asociada a los idiomas mixe-zoques, asunto debatido con anterioridad. Resulta importante el argumento de Campbell de que el coxó —del que tanto se habla— es en realidad el tseltal del sureste de Chiapas.

Siguieron trabajos que analizaron nuevos descubrimientos en Palenque. Se examinó a los grupos cholanos, además de una visión general de la arqueología de Tabasco presentada por Lorenzo Ochoa, texto que no llegó a publicarse. Se discutió nuevamente el Clásico en Los Altos orientales de Chiapas y el proyecto de Tenam Puente, que

en aquel momento era una novedad (Lalo y Aguilar, 1994). Igualmente novedoso resultó el informe presentado por Eliseo Linares y Carlos Silva acerca de los resultados que arrojó la exploración de la cueva del Tapasco del Diablo, en el cañón del río La Venta. Fue el primer sitio arqueológico en Chiapas fechado en el Clásico Tardío.²⁸ En suma, el Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas abarcó los pantanos de Tabasco, las regiones áridas de Campeche (Kalakmul), Los Altos de Chiapas, la cuenca del Alto Grijalva y el cañón del río La Venta, así como las tierras altas de Guatemala. Fue un foro que contribuyó al análisis de diferentes ecologías culturales, momentos históricos y diversidad de organizaciones sociopolíticas. Los materiales expuestos y las discusiones resultantes demostraron la realidad de una historia precolonial en la que primó la interrelación cultural, la convivencia lingüística y los cambios constantes en la configuración de las sociedades y las ecologías culturales.

El Quinto Foro de Arqueología de Chiapas se llevó a cabo en el Convento de Santo Domingo de Chiapa de Corzo, durante los días 14 al 18 de noviembre de 1995. En el último párrafo de la presentación de ese foro, como intuyendo que sería el último en muchos años, alguien —no está firmado— escribió:

El Quinto Foro en 1994, se abocó a los periodos protohistórico (Postclásico) e histórico colonial de las etnias originarias de la entidad, en un esfuerzo por realzar el desarrollo de los valores autóctonos durante este momento y de arrojar nueva luz sobre el proceso de conquista española, así como la introducción de distintos patrones sociales, políticos, económicos y religiosos en Chiapas, hecho que transformó las culturas locales en algo nuevo, paso fundamental en la evolución cultural de la región (*Quinto Foro de Arqueología de Chiapas*, 1994: 7).

Las memorias de este quinto foro se publicaron bajo el pie de imprenta de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, aunque fue celebrado

28 El proyecto de exploración del cañón de La Venta fue originalmente propuesto por el grupo de espeleólogos italianos de la Universidad de Bolonia, encabezado por Tullio Bernabei. El ICHC apoyó el proyecto. Comisionó al arqueólogo Thomas Lee para incorporarse a lo que fue un proyecto de complejos resultados y una experiencia original para el Instituto Chiapaneco de Cultura.

bajo el patrocinio del Instituto Chiapaneco de Cultura. Este quinto foro, dedicado al examen de los pueblos autóctonos de Chiapas y de sus contextos durante las épocas protohistóricas y la histórica colonial, se consagró a rendir homenaje al maestro Eduardo Javier Albores, autor de un libro clásico para el conocimiento del estado, *Chiapas prehispanico* (1950), y maestro de generaciones de jóvenes chiapanecos en las aulas luminosas del ICACH, vientre de la actual Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

En los trabajos discutidos en los foros de arqueología de Chiapas, destaca el hecho de que la relación centro-periferia en Mesoamérica ha tenido una dinámica cambiante que incluye la influencia de la periferia sobre el centro. Es decir, los principios de la centralización política parecen estar en lugares como la Costa de Chiapas (olmecas), y de ahí se desplazaron hacia las áreas nucleares de Mesoamérica. En esos complejos procesos, los grupos hablantes del mixe-zoque, asociados estrechamente a los olmecas, jugaron un papel protagónico (Campbell y Kauffman, 1976; Lowe, 1977 y Clark, 1993a y 1993b).

En 1993, en el contexto de las discusiones en curso, el Instituto Chiapaneco de Cultura publicó dos textos que completaban los análisis llevados a cabo en los foros de arqueología. Me refiero al trabajo de Sonia Rivero (1993) sobre la Laguna Miramar, que combinó la arqueología con la etnohistoria y la etnografía, y al texto de María de los Ángeles Olay que informa sobre un sitio localizado en el Cañón del Sumidero correspondiente al Clásico Tardío, que arrojaba nuevas luces sobre ese periodo en el Alto Grijalva. El trabajo de Sonia Rivero demuestra que los lacandones históricos que habitaron Lacam-Tum eran de habla chol y muy diferentes a los lacandones que ingresaron en esa parte de la selva durante el siglo XVIII, que hablaban maya-yucateco. El sitio explorado por Rivero corresponde a una ocupación que data desde el Preclásico Tardío hasta la Conquista, si recordamos que la presencia española no llegó a esta parte de la selva de Chiapas sino hasta un siglo después de haberse establecido el régimen colonial. El trabajo de Rivero permite reconstruir una serie de transformaciones culturales que llegan hasta la actual “cultura del plástico” difundida ampliamente en la selva de Chiapas. Los trabajos de Rivero se interrumpieron porque ya en la selva se gestaba el movimiento del 1 de enero de 1994.

En el trabajo de María de los Ángeles Olay se comprueba que el Cañón del Sumidero presenta ocupación humana por lo menos

desde 1000 a.C., con materiales que se vinculan con el Preclásico de Chiapa de Corzo. El Clásico Temprano y el Clásico Medio, en cambio, muestran una presencia humana errática, lo cual confirma que ésa fue la característica durante tales periodos en toda la cuenca superior del río Grijalva. Pero las huellas que encontró Olay correspondían a una presencia clara de los zoques, como insistiría, entre otros, Thomas Lee. El Clásico Tardío es el período que muestra mayor actividad. Los materiales recuperados por Olay permiten afirmar que existía un tipo de cerámica que provenía del Golfo de México, lo que confirmaba una de las tesis de Carlos Navarrete (1966a, 1966b), quien había apuntado que esos grupos salieron del Altiplano alrededor del año 700 d.C. hacia el Golfo de México, para continuar hacia el Soconusco. Partes de estos grupos siguieron hacia el sur, otros se establecieron en la Costa y otros más ingresaron en la Depresión Central de Chiapas, en donde se encontraron, de nuevo, con los zoques (Olay, 1993: 141-142). Las implicaciones que estas conclusiones tienen para la etnografía actual de los zoques y para la comprensión de la dinámica cultural de Chiapa de Corzo y de Mesoamérica en general son evidentes y requieren de una mejor atención por parte del etnógrafo contemporáneo.

La celebración de los foros de arqueología de Chiapas, entre 1990 y 1994, permitió realizar una revisión casi exhaustiva de la historia antigua de Chiapas. Con más precisión: los foros crearon ámbitos de discusión que revelaron las características y la profundidad temporal de los diferentes momentos en que ha sido elaborada la cultura en lo que actualmente es el estado de Chiapas. Asimismo, los foros permitieron examinar la variedad cultural del actual territorio chiapaneco desde la profundidad de la historia, como deseaba Guillermo Bonfil. Para la antropología social, los multicitados foros de arqueología reúnen una información que permite trazar los cambios y transformaciones de las relaciones sociales enmarcadas en la variedad cultural antedicha. Resalta en ese contexto la importancia de comprender el arraigo de las relaciones de parentesco entre los grupos humanos chiapanecos, en términos no sólo del parentesco en sí, sino de la organización política, las transformaciones religiosas, la migración y el movimiento general de las diferentes agrupaciones humanas que conviven en Chiapas. Asimismo, los resultados de los foros de arqueología de Chiapas apuntan hacia la complejidad forjada en el transcurso del régimen colonial y lo incipiente de nuestra comprensión de los vuelcos

dramáticos que ocurrieron en términos de la asimilación, por parte de los pueblos originarios, de un conjunto institucional ajeno no sólo a su historia, sino a las formas culturales de observar el mundo y los modos de manejar la economía en sociedades desiguales.

Hacia 1995, el Instituto Chiapaneco de Cultura había completado un ciclo, como apuntó Sophia Pincemin (1996). El proyecto de establecer una institución que combinara la investigación antropológica, en su más amplia acepción, con la difusión de la cultura, tocaba a su fin en el contexto del Chiapas convulso de 1994-1996. El objetivo de sistematizar la investigación antropológica en el estado se había conseguido, en parte, en lo que corresponde al proyecto original de arraigar a los investigadores, contribuir localmente a su formación y difundir ampliamente los resultados de su actividad. Entre los encuentros de intelectuales de Chiapas y Centroamérica, la organización de los foros de arqueología de Chiapas y el impulso a la nueva intelectualidad india a través del Departamento de Culturas Étnicas y su amplio abanico de actividades —que incluyó los encuentros de escritores indígenas y el festival maya-zoque—, se había completado un proyecto de antropología aplicada en el diseño de una política pública para fomentar el conocimiento y, con esa base, difundir la variedad de la cultura y hacerla comprensible al conjunto de la sociedad. Los acontecimientos del 1 de enero de 1994 en Chiapas impusieron nuevas condiciones que obligaron a un ajuste del proyecto y a buscar alternativas que permitieran el aprovechamiento de lo realizado y conseguir la consolidación de la investigación local en antropología y su consecuente difusión. Al examen de esas nuevas coyunturas se dedica el capítulo próximo.

*3. Del Instituto Chiapaneco
de Cultura al Centro de Estudios
Superiores de México
y Centroamérica de la Universidad
de Ciencias y Artes de Chiapas.
1994-1995*

El contexto de Chiapas

A inicios de 1993, el gobernador del estado de Chiapas, Patrocinio González Garrido, fue removido de su cargo y pasó a ocupar la importante posición de secretario de Gobernación en el régimen encabezado por Carlos Salinas de Gortari. Ese nombramiento colocaba a González Garrido en la lista de los posibles sucesores del presidente de la República, cuyo cargo finalizaba el 1 de diciembre de 1994. El nombramiento de González Garrido se dio en el contexto de sucesos anteriores. Salinas de Gortari desempeñó su cargo con la orientación económica que impuso las coordinadas llamadas neoliberales en el manejo del país. De hecho, Salinas mismo inició ese proceso desde su cargo como secretario de Programación y Presupuesto durante el sexenio del presidente Miguel de la Madrid. Una vez en el poder, Salinas de Gortari desmontó el aparato de Estado para finiquitar la economía mixta que había sido el sello de la Revolución mexicana, además de sustituir el nacionalismo revolucionario por el liberalismo social. No

se había terminado de acomodar en la silla presidencial cuando dio un golpe espectacular, políticamente hablando, el 10 de enero de 1989, al dismantlar el sindicato petrolero y enviar a la cárcel a uno de los líderes gremiales más poderosos del país, Joaquín Hernández Galicia *La Quina*, líder de los trabajadores petroleros. Fue un golpe bien calculado que arrojó los resultados buscados: legitimar a un presidente severamente cuestionado y acusado de franco fraude electoral. Con ese golpe, Salinas de Gortari demostró quién tenía el poder en el país y lo que estaba dispuesto a hacer para afianzarse en el mismo. Completó su demostración de dominio sobre el aparato político de México al terminar, en ese mismo año, con el cacicazgo del profesor Carlos Jonguitud Barrios en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, y entronizar a Elba Esther Gordillo, actualmente (2014) en la cárcel.

Más todavía, Salinas de Gortari se acercó a Estados Unidos a través de sus medidas económicas, usando la política exterior como balance. Forjó una nueva relación con la Iglesia católica abriendo las puertas al clero para que participara abiertamente en la política del país. También miró hacia el sur y trató de estrechar las relaciones con los países de Centroamérica. Esto último puso a Chiapas en el centro de la política exterior de México. Fue el primer presidente mexicano en convocar una reunión conjunta con los presidentes de los países centroamericanos, la cual se realizó en Tuxtla Gutiérrez. La llamada Reunión Cumbre de Presidentes de México y Centroamérica se llevó a cabo los días 10 y 11 de enero de 1991 y asistieron los jefes de Estado de México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua, además de representantes oficiales de la Organización de Estados Americanos, la Organización de las Naciones Unidas y el Banco Interamericano de Desarrollo, así como de países como España, Colombia y Venezuela. Es de notar la ausencia de Panamá, país al que no se le consideró centroamericano, no obstante que, además de ello, es caribeño. La reunión destacó por ser la primera vez que ocurría en el escenario de América Latina. Situaba Chiapas en un lugar de relevancia en el contexto nacional y al gobernador del estado como un candidato viable a la Presidencia de la República.

En la Reunión Cumbre de Tuxtla se alcanzaron acuerdos que también fueron una novedad en términos de las relaciones entre México y Centroamérica. Salinas de Gortari llegó a decir: “La gran

transformación mundial exige respuestas decisivas de cada nación, una que escuche la voz íntima de sus pueblos” (Salinas de Gortari, 1991: 18). Los presidentes de los países de Centroamérica que acudieron a la reunión fueron: Marco Vinicio Cerezo, de Guatemala, y el presidente electo de ese país, Jorge Serrano Elías; Violeta Barrios de Chamorro, de Nicaragua; Rafael Leonardo Callejas, de Honduras; Alfredo Cristiani, de El Salvador, y Rafael Calderón, de Costa Rica.

El objetivo expreso de la cumbre fue el de lograr la integración económica entre México y los países de Centroamérica, con Chiapas como enlace. Dicho propósito era parte del Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994 propuesto por Salinas de Gortari. Incluso, la primera gira internacional que este último llevó a cabo fue a Guatemala, mientras que el secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana Morales, hizo una gira por todo Centroamérica. Se difundió ampliamente el hecho de que la Reunión Cumbre de Tuxtla formaba parte de un esfuerzo de México por iniciar una nueva etapa en las relaciones entre Estados nacionales en América Latina y, particularmente, en las que atañen a México y Centroamérica. En esa tesitura, el estado de Chiapas pasaba a ser una frontera activa en la política exterior mexicana. Si Chiapas era la parte centroamericana de México —se planteaba— había que aprovechar esa condición para acercar a los países centroamericanos y transformar la frontera sur en un ámbito de convivencia latinoamericana. Los primeros pasos de ese acercamiento se habían dado en 1990, al crearse en noviembre de ese año la Comisión Mexicana para la Cooperación con Centroamérica, que reunía prácticamente a todo el gabinete presidencial.

El ámbito internacional que se abrió con esas disposiciones colocaba al estado de Chiapas en una situación destacada y se esperaba que, por fin, las inversiones para lograr índices de bienestar se cumplieran. Desde el punto de vista de la política internacional de México, el acercamiento con Centroamérica cobraba relevancia si se tenía en cuenta que esa macrorregión fue parte de los forcejeos de la guerra fría. Los países centroamericanos llegaban a la Reunión Cumbre de Tuxtla con un cúmulo de problemas encima, al igual que el sur y sureste de México en general, mientras que Chiapas, en particular, continuaba sumergido en sus ancestrales problemas llamados de marginación. De esta manera, Nicaragua, que en 1990 alcanzó un insólito 13 000% de índice de inflación, estaba urgido

por negociar su deuda con México, la que ascendía a mil millones de dólares, además de que deseaba negociar mejores situaciones para el suministro de energía, y específicamente facilidades de pago del petróleo adquirido a México y Venezuela. Costa Rica tenía en esos años balanzas comerciales deficitarias con México, como lo demostraba el hecho de que había exportado 3.1 millones de dólares, mientras que sus importaciones de productos mexicanos ascendían a 36.5 millones de dólares. Costa Rica buscaba un acuerdo de libre comercio de México con Centroamérica y una modificación del Acuerdo de San José²⁹ para mitigar la deuda petrolera de los países centroamericanos y caribeños con México y Venezuela. Recuérdese que México y Costa Rica tenían firmado un pacto comercial desde 1982, refrendado en 1986 y 1988. A Costa Rica le interesaba también un acuerdo en cuestiones de educación superior, intercambio cultural e investigación científica.

En El Salvador continuaba la guerra interna. Lo primero que invocaba ese país era la intervención de México para auxiliar en la solución del conflicto, lograr el desarme general de la guerrilla y, finalmente, para emprender —se decía— la reconstrucción de la nación. Honduras venía dispuesto a renegociar su deuda de cincuenta millones de dólares con México, además de a promover la firma de un acuerdo de libre comercio. Por supuesto, le interesaba a ese país obtener mejores condiciones en el suministro de petróleo y superar las condiciones operantes del Acuerdo de San José. De su lado, Guatemala buscaba una integración plena de rutas turísticas con Chiapas, aprovechando el llamado Mundo Maya. A lo anterior, Guatemala sumaba problemas comunes en la frontera, como el de la plaga del gusano barrenador que atosigaba la ganadería en ambos lados. No menos importante era la problemática petrolera planteada por todos los países centroamericanos. Los acuerdos finales reflejan el asunto de fondo: las deudas, las formas de pago y el Acuerdo de San José, que involucró a Venezuela. De esta manera, en el documento final aparecen como conclusiones:

29 El Programa de Cooperación Energética para Países de Centroamérica y El Caribe se firmó entre México y Venezuela el 3 de agosto de 1980. Se le conoció como el Acuerdo de San José.

El planteamiento de una liberalización comercial con la consiguiente eliminación de los aranceles. A ello se suman los acuerdos en cooperación científica y técnica, así como en minería, ganadería, silvicultura, vivienda; pequeña y mediana industria; telecomunicaciones y turismo, cuestiones de control demográfico y de gestión pública.

Se formó una Comisión Administradora del Acuerdo integrada por representantes de alto rango de los países involucrados. Dicha Comisión debería dar seguimiento a los acuerdos e informar anualmente de la marcha de los mismos.

En cuanto al Acuerdo de San José se hicieron dos modificaciones: se dejó el importe total de la factura petrolera de los países exportadores, México y Venezuela, para el desarrollo de proyectos productivos, con la siguiente distribución: 20% a depositarse en el Banco Central de cada país, destinados a financiar proyectos productivos y 80% se integrará a un fondo de cofinanciamiento manejado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y de estos fondos, saldrían los nuevos préstamos para la región. Estos acuerdos se sostendrían siempre y cuando los precios del petróleo oscilaran entre 17 y 27 dólares el barril. Si el precio se redujera, sólo operaría el acuerdo sobre el 20%; si el precio ascendiera, se ajustarían las proporciones a una razón de 30-70% respectivamente.

Los Presidentes de los países reunidos, consideraron pertinente trabajar para que en un futuro, hacia el año de 1996, se constituyera una Zona de Libre Comercio entre México y Centroamérica. Se consideró que tal mercado funcionaría bajo tres reglas: Reciprocidad asimétrica, esto es, controlar el acceso de mercancías a ambos lados, bajo un período de ajuste y transición que permitiera considerar los efectos de los diferentes grados de desarrollo de las economías de cada país; Multilateralidad, esto es, apertura de mercados y finalmente, la incorporación de sectores económicos para establecer acuerdos comerciales.

En términos de la deuda externa, Nicaragua logró renegociar su deuda con Venezuela, que en ese momento se valoró en 160 millones de dólares. El acuerdo fue la emisión de “bonos cupón” cero a 40 años de plazo con 6 de gracia e intereses contingentes del 3%. Mientras tanto, México, en cuanto a deuda externa, propuso tratos de orden bilateral, argumentando la diversidad de las condiciones económicas de cada nación centroamericana (Reunión Cumbre, 1991: 7-8).

Estos acuerdos fueron suscritos, en su momento, como ejemplo de la apertura de un nuevo tipo de relaciones entre las naciones de América Latina. Internamente, el estado de Chiapas fue colocado, por vez primera en la historia contemporánea de México, en un sitial preponderante. En efecto, en un discurso que pronunció Salinas de Gortari en el municipio de La Independencia, horas antes del inicio de la Reunión Cumbre en Tuxtla Gutiérrez, dijo: “¿Por qué lo hacemos en Chiapas? [...] porque Chiapas es el estado dentro de nuestra gran nación que tiene mayor interrelación con Centroamérica [...] y la tercera razón de realizarla aquí, de llevar a cabo esta gran reunión de presidentes centroamericanos con el presidente de México, es porque con ello queremos destacar que este acto pone de relieve la importancia nacional e internacional que Chiapas tiene” (Salinas de Gortari, 1991: 8)

Con ese discurso crecieron las expectativas de que el gobernador del estado de Chiapas fuera el sucesor de Salinas de Gortari en la Presidencia de la República. El contexto de Chiapas, como frontera sur, se llevó a un plano de primera importancia no sólo en el país, sino en términos de las relaciones entre los Estados nacionales en América Latina. Lo anterior no había ocurrido en la historia cercana del estado de Chiapas ni de México. El 1 de enero de 1994 cambió los contextos.

El estado de Chiapas de finales de 1993 mostraba problemas ancestrales sin resolver, pero con la expectativa de que, por vez primera, un político chiapaneco ocupara la Presidencia de la República. Un suceso más atrajo la atención política hacia Chiapas: la visita, el 2 de enero de 1993, de Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz, quien fue recibida por una multitud de tsotsiles y tseltales encabezados por el gobernador González Garrido. En aquel momento era notoria la cercanía de Rigoberta Menchú con Carlos Salinas de Gortari, factor que realzaba la importancia de su visita al estado chiapaneco. Días después de esa visita, Patrocinio González Garrido solicitó licencia para ausentarse del cargo de gobernador del estado de Chiapas. Al dejar el cargo a inicios de 1993 —lo que se interpretó como el primer paso hacia la Presidencia de la República—, González Garrido fue sustituido por uno de sus secretarios de estado, Elmar Setzer Marseille, empresario del café, miembro de una familia de origen alemán establecida en la ciudad de Yajalón, en el norte de Chiapas, población que en las décadas iniciales del siglo XX fue el centro de la aviación en el estado debido al auge comercial del café. A Setzer Marseille le

correspondió una situación inusual en el contexto político del estado, al ocupar la Secretaría de Gobernación precisamente su anterior jefe, y recibir un interinato que lo mantendría en el poder hasta 1995, pero con la posibilidad de trasladarse a la ciudad de México a continuar su carrera política al lado del exgobernador.

En esa tesitura, y tomando en cuenta que el manejo de las instituciones y aun su propia continuidad están comúnmente sujetos en México a los cambios sexenales, el Instituto Chiapaneco de Cultura no contaba con ninguna garantía de prolongarse en el siguiente periodo de gobierno. El problema era cómo aprovechar lo que se había iniciado en el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación y en el Departamento de Culturas Étnicas. Era necesario reevaluar la situación en términos de la continuidad de un proyecto antropológico cuyo objetivo era la institucionalización de la investigación y el arraigo de los académicos, que estaba al filo de consolidarse o de finiquitar sin haber alcanzado plenamente sus objetivos.

En efecto, entre las funciones de las instituciones de divulgación de la cultura en el contexto mexicano no se contempla la investigación en ciencias sociales y humanidades ni la formación de nuevos académicos. Es más, las instituciones de difusión cultural en este país entienden la cultura como la práctica de las bellas artes, la literatura o la música, sin llegar a la concepción antropológica de estas disciplinas. De hecho, el Instituto Chiapaneco de Cultura fue una excepción en ese caso a nivel nacional, al partir de un concepto antropológico de cultura para diseñar sus actividades. El relevo político que se avecinaba en Chiapas obligaba a buscar un contexto de mayor estabilidad para garantizar la continuidad del proyecto, es decir, un ámbito universitario o la fundación de un centro de investigaciones científicas del estado de Chiapas. Un centro como el mencionado debía reunir todas las ciencias y convertirse en una institución estratégica para el estado. No sólo se dedicaría a la investigación, sino además a la formación de nuevos científicos que a la postre deberían alimentar a las universidades y expandir los horizontes de la investigación científica, tanto en ciencias sociales y humanidades como en las mal llamadas “ciencias duras”, tan necesarias de alentar en el estado. Pero ese proyecto fue juzgado como demasiado ambicioso y fuera del alcance económico para el presupuesto estatal. Había que pensar una alternativa. Después de examinar varias opciones, la que tenía mejores perspectivas era la recuperación del Instituto de Ciencias

y Artes de Chiapas transformándolo en una universidad. Dentro de esta institución se crearían varios institutos de investigación con sus correspondientes programas de posgrado. Era una propuesta pensada desde la dinámica y la experiencia obtenidas tanto por el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación, como por el Departamento de Culturas Étnicas del ICHC.

La oportunidad de asegurar la continuidad del tipo de actividades que se desarrollaban en el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación y en el Departamento de Culturas Étnicas del ICHC se presentó a lo largo de una conversación que sostuve con el gobernador Setzer Marseille en Palenque, en algún momento de la primera mitad de 1993. En efecto, al final de una gira que el gobernador chiapaneco llevó a cabo en el municipio de Palenque, en la que me incluyeron, tuve la oportunidad de sostener una conversación con el mandatario estatal. La ocasión se presentó propicia para plantearle la importancia y urgencia de recuperar la institución que, heredera de los institutos de ciencias y artes fundados en el siglo XIX en México, prácticamente se había abandonado a raíz de la fundación de la Universidad Autónoma de Chiapas en 1974. Me refería —expresé al gobernador— al Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH), fundado en 1944,³⁰ que durante años fungió como la máxima casa de estudios de Chiapas y que, hasta la fundación de la UNACH, sólo contaba con el ciclo de educación media superior ofrecido por el mencionado ICACH. Es cierto que existía la Escuela de Derecho en San Cristóbal de Las Casas y la propia Escuela Normal del ICACH en Tuxtla Gutiérrez pero, fuera de esos centros, los jóvenes interesados en continuar una carrera universitaria debían emigrar.

Los destinos más buscados por los jóvenes chiapanecos eran la ciudad de México, Oaxaca, Puebla y Veracruz. En la casi totalidad de los casos, los estudiantes de Chiapas que se trasladaban para continuar su formación en los destinos mencionados, no retornaban. No existe

30 El ICACH se creó el 15 de mayo de 1944 con el nombre de Escuela Secundaria, Preparatoria y Normal del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, apelativo que conservó hasta 1965. En ese año, la Escuela Normal se trasladó al edificio conocido como Palacio de la Cultura, que fue sede del CIESAS-Sureste y actualmente alberga la rectoría de la UNICACH. El ICACH se había fragmentado en la Escuela Secundaria del Estado, la Escuela Preparatoria y la Escuela Normal.

un análisis de las consecuencias sociales que este hecho provocó en la sociedad chiapaneca, pero seguramente las hubo.

La ocasión era propicia no sólo para recuperar la tradición del ICACH como institución de educación, sino también para enriquecerla con la incorporación de la investigación en ciencias sociales. La matriz del nuevo centro de investigación sería el Departamento de Investigación y Patrimonio Cultural del ICHC. En relación con el Departamento de Culturas Étnicas, el planteamiento fue que se transformara en una institución descentralizada del gobierno del estado, dedicada al estudio y fomento de las lenguas indígenas de Chiapas, o bien que pasara a constituirse en un instituto de investigación lingüística dentro de la nueva universidad. Este último sería, además, un importante factor para ampliar la cobertura en educación superior en Chiapas, y ofrecería a los jóvenes alternativas a las licenciaturas ofrecidas por la UNACH. Aun para ésta, la fundación de la nueva universidad vendría a significar un aliciente para mejorar sus servicios y seguir manteniéndose como la principal institución de educación superior en el estado. Con esa argumentación, el proyecto de creación de una nueva universidad en Chiapas adquirió sustentación y su viabilidad se acentuó.

Una característica destacada del ICACH es que reunió en una sola institución la enseñanza media superior y la divulgación cultural. Los primeros grupos de teatro que trascendieron a la entidad, por ejemplo, herencia de José Antonio Montero —enviado a Chiapas por el Instituto Nacional de Bellas Artes en los años finales de la década de los cincuenta del siglo pasado— y dirigidos posteriormente por Luis Alaminos, eran sostenidos por el ICACH, así como el ballet folclórico formado por Beatriz Maza. Incluso en el deporte, los equipos de baloncesto, voleibol y fútbol que representaban a Chiapas en torneos nacionales, tenían como base a los estudiantes del ICACH.³¹ Los intelectuales de Chiapas, concentrados en Tuxtla Gutiérrez, impartían clases en el ICACH. Figuras como Eduardo Javier Albores, Eliseo Mellanes Castellanos, Luis Alaminos, Agripino Gutiérrez, Armando Duvalier, Andrés Fábregas Roca, Daniel Robles Sasso, César Cortés,

31 Sobre historia del deporte chiapaneco en relación con el ICACH no existen estudios. Puede verse el texto autobiográfico de Efraín Fernández Castillejos, *Un profeta en su tierra. Apuntes autobiográficos*. Tuxtla Gutiérrez, UNICACH/UNICH, 2005.

Modesto Cano, Manuel Grajales, Gilberto Espinoza, Francisco Cabrera Nieto y varios más configuraban una singular planta magisterial en una institución en la que Rosario Castellanos fungió como responsable de difusión cultural y editó la Revista *ICACH*, de circulación internacional, que tuvo directores como Óscar Oliva, Eduardo Javier Albores y Andrés Fábregas Roca. Eran los intelectuales del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, institución antecesora del Instituto Chiapaneco de Cultura.³² Todo lo anterior fue expuesto como argumento ante el gobernador chiapaneco, a quien, todavía al regresar a Tuxtla Gutiérrez desde Palenque, expuse mis últimas consideraciones.

Como resultado de la conversación sostenida con Setzer Marseille, éste pidió a su abogado, el licenciado Juan Antonio López Chavarría, que preparara un proyecto de ley orgánica para transformar el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas en una universidad estatal, pero los sucesos del 1 de enero de 1994 interrumpieron el proyecto, mientras Chiapas afrontaba las consecuencias del movimiento armado.

1 de enero de 1994

Esta fecha conmovió al país y a una buena parte del mundo. Ese día, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tomó por las armas cuatro poblaciones del estado de Chiapas, la principal de ellas San Cristóbal de Las Casas. Las noticias del suceso recorrieron el país y saltaron de inmediato al contexto internacional, de modo que provocaron un conjunto de reacciones en el gobierno, en la sociedad mexicana y más allá de sus fronteras. El momento era especial en el país. El levantamiento del EZLN sucedía justo en la misma fecha en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, la culminación de la política económica del gobierno encabezado por Carlos Salinas de Gortari. El levantamiento armado, que tras unos días de ambigüedad se definió como un alzamiento indígena en contra de las condiciones extremas que enfrentaban estos pueblos, atrajo la atención de cientos de intelectuales y surgió así una multitud de textos, la mayoría escritos

32 Un buen intento de historiar este periodo de Chiapas se lee en Héctor Cortés Mandujano, *Chiapas cultural. El Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado, 2006.

sin mayor conocimiento del estado de Chiapas y sus características. Más aún, para una intelectualidad de izquierda desesperanzada por la caída del régimen soviético y el derrumbe del Muro de Berlín, la voz de los alzados en Chiapas significaba un nuevo toque de esperanza, una nueva señal de que las viejas luchas estaban vivas.

También provocó turbulencia política en México. En efecto, Salinas de Gortari destituyó al secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido, culpándolo en buena parte del levantamiento, y cortando de tajo toda expectativa de que llegara a la Presidencia de la República. Asimismo, el gobernador interino de Chiapas, Elmar Setzer Marseille, fue destituido de su cargo y su posición pasó a ocuparla Javier López Moreno, oriundo de Tenejapa, Chiapas.

En esos primeros momentos del conflicto se configuró una Comisión Autónoma para la Paz en Chiapas integrada por el senador Eduardo Robledo Rincón, el escritor y, en aquellos días, miembro del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Eraclio Zepeda, y yo.³³ De hecho, esa comisión logró conversar con amplios sectores de la sociedad de Chiapas, con lo que fue posible la articulación de 280 organizaciones cuyos representantes sostuvieron varias reuniones con el presidente Salinas de Gortari. Dos días después del nombramiento de la comisión, el 10 de enero, el presidente Salinas de Gortari nombró a Manuel Camacho Solís como comisionado oficial para negociar la paz en Chiapas, lo que provocó suspicacias en torno a la candidatura del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la Presidencia de la República. A tal grado llegó la tensión política en el país, que Salinas de Gortari se vio obligado a declarar que el PRI sólo tenía un candidato y ese era Luis Donaldo Colosio, que caería asesinado en Tijuana el 23 de marzo de 1994.

No terminaron allí los sucesos que conmocionaron al país. Cercana la sucesión presidencial en la que asumiría la Presidencia de la República

33 El anuncio de la instalación de la Comisión Autónoma para la Paz en Chiapas lo hizo Carlos Rojas, a la sazón secretario de Desarrollo Social, en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, el 8 de enero de 1994 (*La Jornada*, 08/01/1994; *El Nacional*, 08/01/1994; *El País*, 09/01/1994). Rojas asentó: “Tendrá total autonomía [la mencionada comisión] para evaluar las situaciones y los problemas a resolver así como proponer alternativas y acciones que permitan hacer frente con oportunidad y eficacia, y sobre bases concertadas, a los problemas que se viven en la zona de conflicto” (*El Nacional*, 08/01/1994: 3).

Ernesto Zedillo Ponce de León, fue asesinado en la ciudad de México el coordinador de la diputación priísta, Francisco Ruiz Massieu, a las 9:30 horas del 28 de septiembre, al salir de una reunión celebrada en un hotel del Distrito Federal. Este homicidio tuvo consecuencias devastadoras para los propósitos de Salinas de Gortari, cuyo grupo político llegó a su fin. El 1 de diciembre de 1994, Ernesto Zedillo Ponce de León asumió la Presidencia de la República en medio de una tensión política que no tenía precedentes cercanos en México.

En 1994 Chiapas presentaba una situación precaria. El 60% de la población total del estado era rural. En contraste, la media nacional era del 20%. El cultivo del maíz se concentraba en la región conocida como La Frailesca (municipios de Villaflores y de Villa Corzo) y en las comunidades indígenas. En ambos casos, no hubo participación de los campesinos en el levantamiento armado. En contraste, los campesinos ligados al cultivo del café se sumaron a la rebelión. Entre los años 1992 y 1993, el área cultivada con café aumentó un 37%, y un 19% la que estaba en producción, pero el valor real del grano disminuyó en un 12%. En 1993, la caída internacional de los precios del café se tradujo en una drástica reducción de los ingresos del campesinado asociado a su cultivo: un 30%. Si tomamos en cuenta que el 40% del área cultivada con café en Chiapas se localizaba en la zona nuclear del levantamiento armado de 1994, la correlación es evidente.

El otro factor de la economía agraria de Chiapas, el ganado, tampoco presentaba una situación favorable. Hacia 1994 había en Chiapas aproximadamente tres millones de cabezas de ganado bovino, distribuidas en una superficie de 2.5 millones de hectáreas. La distribución regional del ganado era la siguiente: Norte, 21%; Centro, 11%; Costa, 10%. La conclusión es obvia: la ganadería estaba fuera del área de conflicto. Pero es importante notar que la actividad ganadera no apoyaba el desarrollo de Chiapas, sino que estaba al servicio de otros estados. Así, el 80% del ganado bovino salía del estado, en pie, para su aprovechamiento en otras entidades del país. Era obvio que Chiapas se trataba de un enorme potrero que aprovechaban otras ganaderías.

La pesca era otra de las actividades desperdiciadas en Chiapas. No obstante que el estado cuenta con 280 kilómetros de costa, es decir, 88 000 kilómetros cuadrados de zona económica marítima exclusiva, y 76 000 hectáreas de sistemas lacustres, la producción pesquera era incipiente y nada significa ese potencial para la población. Existían

otras situaciones relacionadas con el binomio economía-bienestar que es necesario comentar para entender la situación del estado en 1994. A partir de 1992, el gasto federal destinado a Chiapas aumentó considerablemente, sobre todo en vivienda, educación y salud. El número de alumnos atendidos aumentó un 36%, mientras que la media nacional sólo alcanzó un insignificante 0.6%. Entre 1991 y 1992, el personal médico aumentó en Chiapas en un 30% y llegó al 9.4% del total nacional. El número de viviendas en el medio rural construidas por la federación pasó del 1.2% en 1991, al 3% en 1993. En términos absolutos, de 1211 viviendas construidas en 1991, el número aumentó a 3184 en 1993, es decir, un 150% más. En lo que respecta a electrificación, los porcentajes en las comunidades indígenas se equiparaban a los de Guerrero y Puebla, con aproximadamente un 30% de hogares electrificados, mientras que la media nacional era del 70%.

Con los datos anteriores es posible observar que hacia los inicios de 1994, no obstante los aumentos en el gasto federal, las condiciones de bienestar en el estado de Chiapas en los momentos del levantamiento armado presentaban considerables distancias con respecto a las nacionales. Es importante tener en cuenta que el fracaso de las inversiones federales en Chiapas en aquellos años se debió a la falta de un proyecto de sociedad dentro del que tales inversiones tuvieran sentido. La lección era clara: no es posible resolver la desigualdad social sólo a través de la inversión. Sin restar importancia a esta última, existen otros factores que están asociados a la desigualdad social y que no fueron contemplados en las políticas públicas aplicadas en el Chiapas de inicios de la década de los noventa. Es decir, se optó por ignorar las condiciones sociales mismas, las relaciones de poder, la baja calidad de la educación y la necesidad del desarrollo individual (Fábregas, 2001b). Una vez más, la administración pública ignoraba los resultados de la investigación antropológica en el estado, con las consecuencias conocidas.

Las elecciones para elegir gobernador del estado de Chiapas celebradas en 1994 resultaron en el triunfo de Eduardo Robledo Rincón con un margen amplio en la votación. El nuevo gobernador tomó posesión el 8 de diciembre de 1994 y dejó el puesto el 14 de febrero de 1995. Es uno de los períodos más cortos en el desempeño de un gobernador chiapaneco. Sin embargo, en ese lapso fue posible plantear al nuevo gobernador el proyecto de establecer la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, transformando al ICACH. La argumentación fue

la misma que se planteó al anterior gobernador Elmar Setzer Marseille, con el agregado de que el propio Eduardo Robledo había egresado de las aulas del ICACH y simpatizó de inmediato con la idea de recuperar la histórica institución. El 31 de enero de 1995 se fundó la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. La ceremonia de inauguración, presidida por el gobernador Eduardo Robledo Rincón, se llevó a cabo en el histórico paraninfo del ICACH (la actual secundaria del estado) en Tuxtla Gutiérrez, el mismo local en donde se graduaron durante años generaciones de jóvenes que terminaban el ciclo de preparatoria. Con ello concluyó la etapa del Instituto Chiapaneco de Cultura e inició la trayectoria de la UNICACH y el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA).

Nacen la UNICACH y el CESMECA

Al ofrecerme el gobernador Eduardo Robledo Rincón en los primeros días de su gobierno una posición en la administración pública, respondí que prefería llevar adelante el proyecto de transformar el ICACH en la UNICACH. Explicué con detalle el planteamiento y la justificación de instaurar una universidad estatal en un país en el que la autonomía universitaria estaba consolidada. Dado el carácter de institución estatal del ICACH, el paso hacia la universidad se facilitaba, además de permitir la fusión del ICHC al nuevo proyecto. El planteamiento de que la universidad tuviera dentro de su organigrama al ICHC, se justificaba en términos históricos, puesto que el ICACH, como institución de educación, había tenido a su cargo la difusión de la cultura en el estado, coadyuvando con el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas en esa tarea.

La situación por la que atravesaba Chiapas en ese año de 1995, hacía necesario intensificar la investigación en ciencias sociales y hacerlo desde el propio Chiapas, para forjar académicos capaces de comprender y explicar la situación del estado y proponer soluciones a los complejos problemas de la entidad y del país, además de intervenir en los grandes debates internacionales. En el ICHC había un avance de ello debido a las actividades desarrolladas por el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación. Éste, en el contexto de la nueva universidad, pasaría a ser el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, con la encomienda de seguir forjando a los científicos

sociales que reclamaba la situación, además de continuar la labor de investigación y el acercamiento con los países centroamericanos.

Una de las demandas más insistentes del EZLN era la de crear espacios para la expresión y el desarrollo de la diversidad cultural de Chiapas. En ese sentido, no podía desperdiciarse la experiencia acumulada por el Departamento de Culturas Étnicas del ICHC y el liderazgo experimentado de Jacinto Arias. De ahí surgió la propuesta de establecer un centro de lenguas indígenas que garantizara la continuidad de las publicaciones, el trabajo con las lenguas vernáculas y la difusión de las culturas indígenas de la entidad, bajo un proyecto que contemplaba la formación de nuevos intelectuales de los pueblos indios de Chiapas. Pero dicha propuesta no prosperó aunque el Departamento de Culturas Étnicas permaneció en la estructura del ICHC. Sería hasta 1996 cuando se crearía el Centro Estatal de Lengua, Arte y Literatura Indígenas (CELALI), como parte de los acuerdos firmados entre el EZLN y el Gobierno federal el 16 de febrero de 1996. Finalmente, el CELALI se concretó el 11 de diciembre de 1996, día en que el ICHC fue finiquitado para dar lugar al Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (CONECULTA), dentro de cuya estructura se situó la institución cuya matriz fue el Departamento de Culturas Étnicas del ICHC. Quedaron claramente diferenciadas las instituciones: la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.

El CESMECA se creó desde los primeros momentos de la UNICACH, bajo el liderazgo de Jesús Morales Bermúdez y con la planta básica de quienes habían laborado en el ICHC. Una de las primeras decisiones fue la de contratar a los académicos que habían trabajado en el Departamento de Patrimonio e Investigación del ICHC, quienes pasaron a formar la primera planta de investigadores del nuevo centro universitario de investigación.³⁴ Otra de las decisiones

34 El CESMECA inició con Jesús Morales Bermúdez como director del centro, y con los investigadores: Efraín Aguilar, Gabriel Ascencio, Carlos Uriel del Carpio, Víctor Manuel Esponda, Margaret Julia Freedson, María del Carmen García, Jorge R. González Ponciano, Thomas Lee, Miguel Lisboa, María Guadalupe Olalde, Isabel Sophia Pincemin, Elías Pérez, Carolina Rivera Farfán, Carlos E. Ruíz, Leocadio Edgar Sulca, José A. Aparicio y Daniel Villafuerte. Como becarios: Efraín Ascencio, María Barrios, Juan Carlos Benítez, Roberto Rico y Magda Estrella Zúñiga. El personal de apoyo lo conformaron Minerva Guadalupe Trujillo y Armando Argüello. Como secretarías: Alma E. Ovilla y Concepción Trujillo.

iniciales fue la de continuar publicando el *Anuario*, ahora bajo el pie de imprenta de la UNICACH. El primero de ellos fue el *Anuario 1994* que, publicado en el año 1995, recuperaba los trabajos del año anterior. En la actualidad, el *Anuario* del CESMECA es la publicación periódica de investigación en ciencias sociales de mayor antigüedad en Chiapas. En sus páginas se incluye una importante cantidad de textos que no sólo hablan de temas específicos, varios de ellos configurados al tenor de la investigación desarrollada desde el CIESAS-Sureste y el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación del ICHC, sino que también revelan el desarrollo de la antropología y de las ciencias sociales en general en Chiapas. Es posible seguir la trayectoria del pensamiento social en el estado a lo largo de los diversos anuarios que se han editado y apreciar la creciente complejidad de los resultados de investigación.

En las discusiones con quienes conformaron el primer cuerpo académico del CESMECA, cobró centralidad la relación con Centroamérica. Aunque las opiniones variaron en cuanto a los procedimientos para hacer de la relación con las instituciones centroamericanas una realidad, hubo un consenso en que era parte de la fundamentación del nuevo espacio abierto en la UNICACH. Si la cuestión centroamericana cobró centralidad en las actividades del ICHC, incluso en los alientos desde esa institución para que se fundase el Congreso Centroamericano de Antropología, ahora tendría que situarse como parte de los propósitos del centro de investigación recién constituido. Por ello, la decisión del nombre: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.³⁵ Esta orientación hacia la intensificación de la relación con Centroamérica está presente en los anuarios de 1994 y 1995, y ha continuado hasta nuestros días.

Otras temáticas que preocupó destacar desde la fundación del CESMECA fueron el estudio de la frontera sur y el continuado análisis del sur-sureste de México, sin perder de vista el ámbito mundial. Roto el “círculo recurrente” de concentrar los análisis antropológicos en Chiapas entre tsotsiles y tseltales, la amplitud y variedad de los temas que la antropología social tenía ante sí en el estado hacia 1995 configuraban

35 Por cierto, que tomó un buen rato llegar a consenso sobre el apelativo del centro debido a que se puso atención en cómo sería su apócope. Finalmente, CESMECA fue un vocablo que convenció a la mayoría de quienes participábamos en la discusión.

un universo analítico de notable complejidad que incluía desde lo que podemos llamar los aspectos tradicionales, hasta el abordaje de la antropología urbana, el análisis de clases y de la desigualdad social, los desplazamientos forzados por obras del Estado nacional y un proceso que comenzaba a despuntar: la emigración de campesinos chiapanecos a los Estados Unidos.

Tradicionalmente, el estado había sido un lugar de destino para los inmigrantes centroamericanos o la población llevada a la selva por el propio Estado nacional. También es cierto que la migración interna ha sido un factor importante para explicar la redistribución de la población, sobre todo la que originalmente procede de Los Altos de Chiapas —tseltales y tsotsiles— y que se fue distribuyendo por los territorios ocupados por los zoques —caso de Ocozocoautla, Copainalá o Coapilla— o en la costa, alrededor de Tonalá y de Arriaga. El proceso de avance de la modernización en Chiapas comenzó a discutirse con la participación tanto de académicos del CESMECA, como de otros centros de investigación (Alcalá, 1996; Henderson, 1996; Villafuerte, 1997). Asimismo, el análisis de la ganadería cobró mayor precisión al introducirse la reflexión en torno a las formas de poder asociadas a ella, un tema que había quedado constreñido al centro-occidente de México (Ascencio Franco y Leyva, 1992 y 1996; Ascencio Cedillo, 1996). Por su parte, Magda Estrella Zúñiga abrió el análisis del objeto amoroso (Zúñiga, 1998), mientras Ascencio Franco ligó el enfoque político antropológico con el factor de la criminalización (Ascencio Franco, 1997). Los textos publicados en los anuarios 1994, 1995, 1996 y 1997 dan cuenta de estos cambios, de la apertura de las comunidades académicas chiapanecas y de su intervención en los debates internacionales, reflejada en la publicación de textos de muy variada procedencia y temática.

Al inicio de la segunda mitad de los años noventa, la situación de la frontera sur de México presentaba los síntomas de los cambios que en la actualidad han constituido los rasgos más sobresalientes de esta parte del territorio nacional. La propia antropología social en México se ha diversificado para abarcar una variedad muy amplia de temas. Pasaron los años del indigenismo y de su crítica como ejes en la formación de los antropólogos mexicanos, para entrar de lleno a los ámbitos de la interdisciplinariedad, como lo muestran los posgrados en ciencias sociales, a los cuales no escapan las instituciones en Chiapas,

como el caso del propio CESMECA. Los programas de posgrado, maestría y doctorado, en este último centro, lo son en ciencias sociales y humanísticas. Ciertamente que la impronta de la antropología social es aún dominante debido a la composición del cuerpo académico, como cierto es que el análisis de la frontera sur sigue teniendo relevancia, sólo que la situación actual dista de lo que era la investigación en antropología social al iniciarse el proceso de institucionalización de la antropología analítica descrito y discutido en estas páginas.

4. Una reflexión: las paradojas de la antropología social en Chiapas

Desde que Paul Kirchhoff propuso el concepto de Mesoamérica para definir el área cultural de los cultivadores complejos en el México antiguo, se concentraron en ella los esfuerzos de investigación de los antropólogos mexicanos o de los extranjeros interesados en México. El hábitat de las sociedades estratificadas, con Estado y con un manejo político de la economía, se extendió desde La Quemada, Zacatecas, hasta el Golfo de Nicoya, en la actual Costa Rica.

El territorio que abarca actualmente el estado de Chiapas quedó incluido en su totalidad dentro de Mesoamérica. La variedad cultural de ese territorio se subsumió en los mayas, como una civilización mesoamericana señera, constructora de ciudades de las dimensiones de Palenque, Yaxchilán o Tenam Puente, que fueron escenario de complejas formas políticas en la administración de la economía y el ejercicio del poder.³⁶ La complejidad de las sociedades de habla maya

³⁶ Es ampliamente conocido que la bibliografía acerca de los mayas es de las más voluminosas dentro del contexto de las dedicadas a Mesoamérica. Para un lector lego

atrajo a un número creciente de antropólogos de todas las ramas de la disciplina. En el caso de Chiapas, la investigación antropológica se concentró durante años no sólo entre los mayas, sino en ciertos ámbitos como Los Altos de Chiapas. Así, los arqueólogos trabajaron en las grandes ciudades y sólo recientemente se han interesado en los núcleos de habitación campesina o en los vestigios arqueológicos situados fuera del ámbito maya. En el caso de la antropología social, fue notoria la concentración de la investigación en Los Altos de Chiapas, entre los tsotsiles y los tseltales.

Concuerda lo anterior con las orientaciones fijadas por el Estado nacional a partir del triunfo de la Revolución de 1910, aunque desde el gobierno del derrocado general Porfirio Díaz la antropología venía despuntando como una ciencia auspiciada por el Estado nacional. A su vez, la antropología con sus ramas disciplinarias contribuyó, desde los inicios del Estado mexicano, a configurar el nacionalismo como un articulador de la identidad mexicana en un país de pluralidad cultural. Es por ello que ramas antropológicas como la arqueología y la antropología social recibieron impulsos decididos desde el Estado nacional y formaron parte de un cuadro institucional desde el que se fomentó la idea de una nacionalidad basada en una cultura oficial de naturaleza mestiza. No menor importancia revistió la antropología física, incluso como certificadora de las reliquias de hombres y mujeres cuya heroicidad forma parte del nacionalismo mexicano.

En la tesitura anterior, la gente y la tierra de Chiapas constituyeron un laboratorio antropológico en el que se probaron teorías, políticas públicas y políticas de Estado. La más importante de las políticas de Estado en relación con la antropología social y la etnología fue el indigenismo. Al consolidarse los gobiernos emanados de la Revolución mexicana, cobró vigencia el planteamiento de constituir una sociedad y una cultura nacionales, en términos de parámetros definidos por la teoría antropológica apoyada en la pesquisa histórica. No es una casualidad que el centro formador de los antropólogos mexicanos, único durante décadas, recibiera el nombre de Escuela Nacional de

en estos asuntos, sugiero consultar: Michael D. Coe, *Los Mayas. Incógnitas y realidades*. México, Editorial Diana, 1995; Michael D. Coe, *El desciframiento de los glifos mayas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010. En inglés, David Stuart y George Stuart, *Palenque. Eternal City of the Maya*. Londres, Thames and Hudson, 2008.

Antropología e Historia y funcionara en estrecha vinculación con el Museo Nacional, después Museo Nacional de Antropología e Historia, recuperando así una tradición decimonónica. La escuela se concibió como el centro formador de los antropólogos indigenistas de México sin descuidar su posición estratégica en América Latina. El brazo ejecutor de la política de Estado, del indigenismo, fue durante años una agencia estatal, el Instituto Nacional Indigenista, actualmente sustituido —dentro de un contexto diferente— por la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, institución surgida a raíz del levantamiento armado del 1 de enero de 1994. Como otra paradoja, el levantamiento armado en Chiapas influyó en la desaparición del INI, en un reconocimiento implícito por parte del Estado mexicano de que los tiempos del indigenismo mexicano habían pasado.

Fue sustituido por una institución concebida al principio como una “mesa de diálogo” para examinar los planteamientos de los pueblos indios y encauzarlos por las vías políticas que el Estado consideraba convenientes. En efecto, el presidente Salinas de Gortari pensó en una comisión que, a imagen y semejanza de la Comisión Autónoma para la Paz en Chiapas, auxiliase en la creación de un ámbito en el que el diálogo marcaría las decisiones del Estado con respecto a las poblaciones indígenas.

Más que un aparato burocrático, dicha comisión debería señalar medidas a seguir —derivadas del diálogo con los pueblos indios— por las diferentes secretarías de Estado para el diseño de políticas públicas a aplicar en las regiones interculturales. El tiempo ha demostrado que ese inicial planteamiento quedó atrás, para surgir de nuevo una agencia más del Estado nacional mexicano, con una pesada burocracia, que absorbe un presupuesto que en teoría, debiera estar destinado a las poblaciones indígenas. La desaparición del INI fue decretada en el sexenio encabezado por Vicente Fox. En efecto, el lunes 19 de mayo de 2003 se hizo pública la creación de la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y la desaparición del INI (*La Jornada*, 19 de mayo de 2003), lo que quedó legalmente establecido dos días después, el 21 de mayo, al publicarse la ley respectiva en el *Diario Oficial de la Federación*.

Las bases teóricas del indigenismo las propuso Alfonso Caso, pero las enriqueció y desarrolló el antropólogo veracruzano Gonzalo Aguirre Beltrán. Una contribución notable de este último fue plantear la cuestión indígena de México en términos regionales, desvinculándola

de las teorías del desarrollo de la comunidad, muy en boga en aquellos años iniciales del indigenismo (1940-1950). Aguirre Beltrán partió de reconocer la situación de interculturalidad asimétrica que caracterizaba a lo que él llamó “las regiones interculturales de refugio”.

Muy caro a la teoría de las regiones interculturales de refugio es el concepto de centro rector, el punto de concentración del poder político, económico, religioso e ideológico de una región intercultural de refugio. En términos de Aguirre Beltrán, el indigenismo es una teoría anticolonial cuya perspectiva es la liberación de los pueblos étnicos y, de hecho, la erradicación de las identidades étnicas y su sustitución por identificaciones de clase social. El orbe cultural indiano debía pasar a formar parte de una sociedad nacional, dentro de un contexto en el que sus propias manifestaciones se diluían para fortalecer la identidad y la cultura nacionales. Aguirre Beltrán supuso que la condición del indio en México —y en América Latina y el Caribe— estaba definida por una situación de casta, clásica de un contexto colonial. Dicha situación de casta sólo sería superada al desaparecer el indio, como categoría y como realidad cultural, para dar paso al mestizo como protagonista de la Nación, incubado desde los días coloniales.

En ese contexto, la antropología fue concebida en México, desde los días anteriores a Manuel Gamio y Alfonso Caso, como una disciplina política encaminada al buen gobierno, a través de la creación de conocimiento y la demostración de que el mestizaje era una propuesta desde la ciencia, antirracista y paradigma para la forja de la sociedad nacional. Aguirre Beltrán escribió con singular claridad la exposición de su punto de vista en un número importante de textos, pero en uno, que cito a continuación, alcanzó notoria precisión:

La evolución de México está determinada, en gran medida, por un pasado colonial que pone frente a frente a pueblos étnicos—los procedentes de la civilización occidental y los originarios de las altas culturas mesoamericanas—con desniveles muy pronunciados en cuanto a sus modos de producción: capitalistas los invasores, pre capitalistas los invadidos y sujetos a explotación. El desarrollo del país es desigual y en las regiones interculturales de refugio aún persisten formas coloniales de dominio que ni la revolución para la Independencia, ni la de Reforma, ni la popular de 1910 han podido eliminar; ello no obstante la redistribución agraria, el esparcimiento de

la escolaridad rural y el progreso de los medios de información masiva. Los intereses locales que detenta la población ladina, económica y técnicamente más avanzada, están sostenidos por aparatos políticos regionales fuertemente estructurados, con un gran peso en la toma de decisiones a nivel estatal. Cuando el INI tiene en sus manos la implementación de la acción-investigación integral, en entidades como Chiapas, Hidalgo, Guerrero y otras más, sostiene enfrentamientos y graves contradicciones con gobernantes locales que contemplan las actividades realizadas entre los indígenas como disolventes. ¡Levantar a los indios —dicen los comarcanos “de razón”— es peligroso para la seguridad pública! (Aguirre Beltrán, 1994: 15).

En este importante párrafo es notoria la referencia de Aguirre Beltrán a Mesoamérica, desconociendo a los pueblos del norte de México — los nortes de México— como modelos propios de organización social y cultural. Está claro que el modelo mesoamericano generalizado a todo el país es el sujeto de la política indigenista pensada por Alfonso Caso y Aguirre Beltrán. En este aspecto, las teorías estructural-funcionalistas manejadas por los antropólogos de las universidades de Harvard y Chicago empataron con el planteamiento de Aguirre Beltrán, en el que da por supuesta la existencia de patrones culturales y sociales mesoamericanos que operan en la realidad actual de México. Para Aguirre Beltrán, se trata también de una acción “contracolonial” puesta en práctica desde el Estado nacional para desterrar patrones de explotación heredados del pasado y basados en una estructura de casta.

El planteamiento no fue el mismo que el que hizo Pablo González Casanova (1966) bajo el concepto de “colonialismo interno”, porque en ese caso se trataba de una acción del Estado nacional hacia los pueblos indios. Aguirre Beltrán, sin embargo, dirá que no existe tal “colonialismo interno” puesto que es el propio Estado nacional el que, a través de la aplicación del indigenismo, combate el colonialismo que aún se manifiesta en las regiones interculturales de refugio. De su lado, los antropólogos de Harvard y de Chicago, desde sus perspectivas emanadas de la antropología social de la escuela británica, coincidían con que el “problema del indio” en México se resolvía con un esquema de política de Estado como el que propugnaba el indigenismo (Vogt, 1994; McQuown y Pitt Rivers, 1970). Insistían los antropólogos norteamericanos en que los pueblos indios de México eran, de hecho,

campesinos, sin grandes diferencias con el resto de la población rural de América Latina (Vogt, 1994) y que el indigenismo sólo aceleraría un proceso de aculturación que de cualquier manera estaba en marcha.

La cuestión de la lengua también formaba parte de la teorización de Aguirre Beltrán. Según su planteamiento, los idiomas indígenas no desaparecerán como resultado de presiones, ni aun de represiones, sino que se incorporarán al léxico mestizo que la sociedad y la cultura nacional irán asimilando. Pero es evidente que una sociedad como la buscada debía disponer de una lengua nacional, y en el caso de México esa era el castellano. En el planteamiento de Aguirre Beltrán los pueblos indígenas debían ser castellanizados, pero a través de sus lenguas. Eso implicaba enseñar las lenguas vernáculas y, después, el castellano. La lengua vernácula caería en desuso conforme se fuera perdiendo la noción de etnicidad, que se vería sustituida por la de clase social, lo que a su vez era posible como un resultado de la aplicación del indigenismo. La educación bilingüe-bicultural constituía el instrumento del indigenismo para lograr el propósito final de castellanizar a las poblaciones con hablas vernáculas, como gustaba decir Aguirre Beltrán (1993).

En este aspecto, el antropólogo veracruzano se encontró con la resistencia firme de su paisano, el profesor Rafael Ramírez, fundador de la Escuela Rural Mexicana, quien propugnó por combatir las lenguas indígenas y alentó su prohibición total, mientras se fomentaba y se obligaba el uso del castellano a toda persona que se considerara ciudadana de México. En contraste, Aguirre Beltrán coincidió con los misioneros evangélicos y los lingüistas del ILV en que para castellanizar era necesario enseñar las lenguas habladas por los pueblos indígenas. Esta coincidencia entre Aguirre Beltrán y el ILV explica la defensa que el primero hizo de las actividades del segundo, al que concibió como un aliado estratégico del indigenismo y como un productor de conocimiento científico sobre las lenguas vernáculas del país. Lo anterior fue parte de la complejidad política que acompañó a la acción del ILV no sólo en México, sino en una América Latina que seguía de cerca los pasos y acciones de la aplicación de la política indigenista mexicana.

En esa tesitura, el estado de Chiapas fue también un campo experimental de primera importancia para los misioneros, que ciertamente fomentaron el uso de las lenguas vernáculas al mismo tiempo que, a través de ellas, introdujeron la literatura religiosa que

resultó básica para el accionar de las iglesias en el amplio espectro que tenían en el contexto evangélico. Desde el punto de vista del indigenismo, el ILV contribuía al proceso de aculturación inducida por el que se pretendía forjar una sociedad nacional, al lograr la transformación de las “culturas tradicionales” y su aceptación del mundo mestizo propugnado por el Estado nacional. Es de pensarse si la propia acción del ILV, dirigida en el terreno religioso a abonar el camino a las iglesias evangélicas, provocó, sin buscarlo, la fragmentación religiosa actual en Chiapas.

Para los teóricos del indigenismo, la adopción de rasgos culturales de la sociedad nacional debía ser el resultado no sólo del propio proceso de aculturación inducida, sino del convencimiento de asimilarse que los miembros de los pueblos indígenas generaran. El estado de Chiapas resultó un escenario particularmente importante para ello, no sólo por las características de la región intercultural de refugio de Los Altos, sino porque las propias condiciones generales, sociales, económicas y políticas de la entidad apuntaban a la introducción de la modernidad como un proceso que contenía la propia aculturación inducida. En breve: indios y no indios en Chiapas entrarían a la modernidad como parte de un macroproceso que haría de Chiapas una parte consolidada de la mexicanidad. La región intercultural de refugio de Los Altos de Chiapas sería el escenario del primer laboratorio para la integración regional y su asimilación a la sociedad nacional. El indigenismo actuó no sólo entre los indígenas, sino en la población ladina, aunque esta última era la que tenía la capacidad de elaborar las reglas del proceso de aculturación inducida al ser la cultura receptora de la dilución de las “culturas tradicionales”.

Complejo como era, el planteamiento probó no ser eficaz y más bien los cambios o el paso hacia la modernidad en Chiapas se materializaron a través de la expansión de la economía de mercado y sus consecuencias en la demografía, la urbanización y las relaciones de poder. Más aún, los teóricos del indigenismo poca atención dedicaron a los cambios que la presencia indígena introduciría en ciudades como San Cristóbal o en los propios ámbitos de las regiones interculturales de refugio. Se pensó sólo en un sector de la población sin considerar que la sociedad es un todo. Por lo anterior, habrá que profundizar en la reflexión sobre el acercamiento entre el mundo ladino y el indígena, un aspecto en el que la antropología en general no ha tratado con la suficiencia que se

requiere. Más bien, se sigue insistiendo en la añeja dicotomía ladino/indio o ellos/nosotros. Sin negar que esas dicotomías actúan en la vida contemporánea, el problema es cómo se articulan los mundos diferentes en la actualidad de Chiapas y en qué áreas de la sociedad y la cultura es posible su percepción. Es justo esa articulación entre indígenas y no indígenas lo que configura “lo chiapaneco”, otorga singularidad a la sociedad y orienta el perfil cultural de la entidad. La antropología ha documentado las características de uno de esos polos, las sociedades indígenas, y está en vías de hacerlo con el otro polo, sobre el que es importante reflexionar. Más todavía, la visión del indígena aislado y atrincherado en su comunidad no sólo es falsa, sino que impide entender la sociedad de Chiapas como un todo. No será posible situar a los pueblos y culturas indígenas chiapanecos si no se entiende también el polo no indígena.

El factor de centro rector era fundamental en la teoría indigenista de Aguirre Beltrán porque desde allí se debía aplicar la política de asimilación de los pueblos indígenas en el contexto de la sociedad nacional. El centro rector concentraba el poder político y era también el lugar del mercado, de las transacciones comerciales en general y de los trámites legales de la población regional. Era un punto en la geografía regional intercultural al que los pueblos indígenas acudían por usos y costumbres, además de por obligaciones legales y hasta religiosas. Este factor cobró importancia al discutirse la presencia del Instituto Nacional Indigenista a lo ancho y a lo largo del territorio nacional. Es éste el motivo por el que el planteamiento de Aguirre Beltrán tiene particular relevancia la noción de centro coordinador, que no era más que un centro rector, de la política indigenista a nivel regional. La cuestión era: ¿en dónde situar al primer Centro Coordinador Indigenista? Es decir, ¿en qué región intercultural de refugio daría comienzo —en concreto— la aplicación de la política indigenista del Estado nacional mexicano? La respuesta no tardó en llegar: en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, definida como el Centro Rector de los Altos de Chiapas que, a su vez, quedó caracterizada como una región intercultural de refugio. La localización del Centro Coordinador Indigenista en San Cristóbal de Las Casas implicaba aprovechar las relaciones que la población indígena de Los Altos establecía con la ciudad, que, además, era el centro de intercambio de las propias comunidades indígenas. Es decir, existía —y existe— una red de relaciones que el centro coordinador debía incluir

para los propósitos del indigenismo integrador asimilacionista. El 4 de septiembre de 1950, siendo presidente de la República Miguel Alemán, se expidió el decreto que creó el Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil en un predio de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas llamado La Cabaña. Alfonso Caso, a la sazón director general del INI, nombró al Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán como el primer director del centro coordinador recién creado, quien tomó posesión del cargo a inicios de 1951 (Romano, 2002: vol. 1, 230).

Los contextos anteriores explican la concentración de la investigación antropológica en Los Altos de Chiapas y la continuación del “círculo recurrente” de análisis de las poblaciones tseltales y tsotsiles. Incluso, desde sus inicios en 1944, bajo la dirección de Sol Tax, el trabajo de campo antropológico en el que intervino, entre otros, Ricardo Pozas —quien fuera director del Centro Coordinador en San Cristóbal de Las Casas—, se llevó a cabo en Los Altos de Chiapas. El Estado nacional mexicano definió la necesidad política de asimilar a la población indígena del país, creándole así el sujeto de estudio a la antropología social mexicana, concebida como un instrumento de buen gobierno.

Aunque el contexto era otro, el paralelo con la antropología social británica es obvio. En este último caso, el Estado inglés definió con las siguientes palabras el sujeto de estudio de los antropólogos: los pueblos bajo jurisdicción colonial, que se irían diluyendo en el marco civilizatorio del capitalismo industrial occidental. En el caso de México, los pueblos bajo la condición colonial de las regiones interculturales de refugio se irían asimilando a la sociedad nacional a través de la aplicación del indigenismo. Fue la crítica al paradigma indigenista lo que alentó la irrupción de la antropología analítica —en todas sus ramas— con programas de investigación que no respondían ya al planteamiento de una “acción de buen gobierno”, sino a los problemas teóricos y metodológicos definidos por el quehacer propio de la disciplina en su relación con los problemas del país y los debates contemporáneos.

En el caso de Chiapas, la consolidación de una antropología local que a lo largo de este texto he venido nombrando académica y analítica, definitoria de sus propios temas de investigación, está asociada, entre otros factores, a la fundación del CIESAS-Sureste, a los intentos básicos desarrollados en el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación del Instituto Chiapaneco de Cultura y lo que

ello provocó, incluyendo la fundación de la UNICACH y, dentro de ella, del CESMECA.

Desde esa perspectiva, se establece la dicotomía de observar, por un lado, la nula aplicación de los resultados de la investigación antropológica en el diseño de políticas públicas encaminadas a resolver los graves problemas que presenta el estado de Chiapas y, por otro, la aplicación temprana de los resultados, pero en el contexto de una política de Estado que asigna los contenidos a la propia investigación. Por otra parte, es necesario analizar como antecedentes en la forja de una antropología hecha desde los grupos académicos, el trabajo de Juan Pohlenz en las plantaciones del Soconusco, el texto crítico de Beatriz Albores, la reflexión analítica de Jacinto Arias, el trabajo que desarrolló el equipo dirigido por Ángel Palerm en relación con el estudio de las poblaciones desplazadas por la construcción de las obras hidráulicas y el trabajo de Virginia Molina en Venustiano Carranza, mencionados en la introducción a este libro, a los que habrá que agregar el examen antropológico de la frontera sur. Los trabajos anteriores, incluyendo los de Ricardo Pozas, Esther Hermitte, Calixta Guiteras Holmes, Fernando Cámara Barbachano, Gonzalo Aguirre Beltrán, Alfonso Villa Rojas, Félix Báez-Jorge y otros, tienen que ver con las rutas temáticas señaladas por el Estado nacional, sin que ello quiera decir que no posean un notable valor etnográfico y teórico. Son trabajos de obligada lectura para comprender Chiapas.

Desde el punto de vista de un etnohistoriador, los temas que configuraron la antropología en México desde la aparición del Estado nacional iniciaron, así fuese en forma incipiente, en el período colonial. Los textos escritos por los llamados “cronistas de Indias” contienen preocupaciones que vendrían a dar forma a la antropología en México como una disciplina universitaria. Señalada con anterioridad y con autoridad por antropólogos que han historiado la antropología en el país, ese antecedente sigue siendo una referencia de identidad para los antropólogos mexicanos.

No deja de ser paradójico que esta disciplina en México encuentre sus orígenes en el régimen colonial, pero su desarrollo sólo fue posible con el surgimiento del Estado nacional. Estas circunstancias históricas otorgan a la antropología en el país su carácter local, su pronunciada vocación de concentrar su reflexión en las características de México. El contrapunto entre origen colonial y vocación contracolonial ha sido

parte del devenir de la antropología mexicana. En ese contrapunto se perfiló el primer compromiso que asumió la antropología una vez configurado el Estado nacional: la integración, vía la asimilación, de la población originaria y la elaboración de una cultura nacional. El estado de Chiapas, en pleno siglo XX, fue el escenario en el que inició la aplicación de una política enraizada en la propia historia de cómo se forjó el Estado nacional en México.

Paradójicamente, si alguna disciplina de las ciencias sociales ha documentado la variedad cultural del país, esa es la antropología desde sus diversas ramas: la antropología física, la etnología, la antropología cultural, la antropología social, la arqueología, la etnohistoria y la lingüística. Los libros, textos o ensayos escritos por los antropólogos y las antropólogas mexicanas son una fuente reveladora de la variedad cultural del país. Las propias etnografías escritas en las regiones indígenas muestran el peso y la relevancia de estas poblaciones en varios ámbitos regionales, entre los que destacan los de Chiapas.

Llegamos así a las paradojas de la antropología social en Chiapas. En efecto, hasta la fundación del Departamento de Culturas Étnicas en el Instituto Chiapaneco de Cultura, no se concebía en Chiapas que el orbe indígena formara parte de lo que las clases medias y los círculos de poder, y aun los intelectuales, reconocían como el ámbito de la cultura chiapaneca. La poesía reconocida como tal era la escrita en castellano e igual sucedía con la narrativa. La danza indígena culturalmente aceptada era la que llegaba a los escenarios urbanos, interpretada con coreografías adaptadas bajo la influencia de Amalia Hernández. Los pintores reconocidos no incluían a los indígenas. Por lo tanto, los pueblos indígenas no contaban en la concepción de “lo cultural chiapaneco”, reservado al mundo de las clases medias y los círculos de poder no indígenas. Paradójicamente, la política indigenista aplicada por el Estado nacional mexicano inició en Chiapas, y los primeros textos de antropología se escribieron con los pueblos indígenas como protagonistas. En la literatura, la única corriente claramente reconocida hasta ahora, el ciclo de Chiapas, tuvo como personajes protagónicos a los indígenas. Es decir, en los ámbitos nacionales e internacionales, lo que se difundía como “mundo cultural chiapaneco” por parte de los antropólogos y de los escritores era el ámbito indígena, en particular el de los tsotsiles y tseltales de Los Altos de Chiapas. Pero en la sociedad “ladina” local

no había un reconocimiento de que ese mundo perteneciera a lo “cultural chiapaneco”.

En este contexto, habrá que tomar en cuenta los esfuerzos desplegados por Jacinto Arias desde lo que fue la Subsecretaría de Asuntos Indígenas, al publicar los primeros textos literarios, históricos o antropológicos bilingües, además de promover otras actividades de difusión cultural. El propio libro de Jacinto Arias, *El mundo numinoso de los mayas* (1975), era una irrupción en el ámbito de ese mundo criollo y mestizo de “lo chiapaneco” para mostrar que el pensamiento de los pueblos indios estaba activo, vinculado a una agricultura centrada en el maíz, y articulado entre sí a través de una cosmovisión que implicaba una práctica hacia la naturaleza y hacia la cultura. Lo más importante del alegato de Jacinto Arias y de los intelectuales que lo acompañaban es la demostración de que el mundo indígena es actual, no es ni precapitalista ni sobreviviente de las épocas precoloniales, sino parte de la sociedad contemporánea de México en general, y de Chiapas en particular.

Lo anterior se reafirmó con la publicación de la revista *Nuestra Sabiduría*, en el contexto del Departamento de Culturas Étnicas del Instituto Chiapaneco de Cultura.³⁷ Esta revista se imprimió en ediciones plurilingües con textos escritos en los idiomas vernáculos de Chiapas además del castellano. La revista se convirtió en un factor de importancia para alentar el uso de las lenguas de los pueblos indios de Chiapas, e insistía en mostrar el carácter que éstas tenían no sólo como medios de comunicación, sino como sistemas de pensamiento. El contenido de la revista marcó el pulso de las preocupaciones de los pueblos indios en ese momento, otorgó prestigio al habla y la escritura de esos pueblos, dio sentido a los encuentros de escritores y alentó la forja de intelectuales que aún están en el proceso de pensar sus culturas.

Otra paradoja es que desde los tiempos del indigenismo, cuando sólo se contaba con las etnografías escritas por los antropólogos, se formó un fondo documental que respaldaba la vigencia cultural de los pueblos indios, vistos no como sobrevivientes o reliquias de

37 El primer número de *Nuestra Sabiduría* se publicó en mayo de 1992. El Consejo Editorial lo conformaron Andrés Fábregas Puig, Jacinto Arias Pérez, Jonatán López Rodríguez, Marco A. Domínguez, José Díaz Peñate, Enrique Pérez López, Josías López Gómez, Lucio Ramos Mateo, Juan González Hernández y Mariano López Méndez.

la historia, sino como pueblos actuales, insertos en los mundos de pluralidad cultural que caracterizan no sólo a Chiapas, sino al país entero. A esta revelación se unió la literatura de un mundo criollo desde el que, sin embargo, se escribía para resaltar la tensión y crudeza de las relaciones ladino/indígenas. En el siglo XX destacaron los textos de Flavio A. Paniagua, Rosario Castellanos, Eraclio Zepeda, Heberto Morales Constantino y Jesús Morales Bermúdez, que analizaron los orbes ladinos e indígenas desde ángulos variados (Lienhard, 2003).³⁸ Es decir, la antropología documentó los mundos indios, sobre los que se escribió desde la literatura escrita por los no indios. Esa conjunción muestra, además, la articulación de esos mundos en la órbita de “lo chiapaneco” y sitúa la literatura como uno de los medios que le dio significado. El propio conflicto entre los mundos diferentes de ladinos e indígenas era —y todavía es— un rasgo de la cultura en Chiapas, de esa “chiapanidad” elaborada en medio del conflicto y del acercamiento entre indios y no indios.

Mientras tanto, el análisis de la frontera sur llevó a la reflexión sobre las relaciones con Centroamérica desde Chiapas y el sur-sureste de México en general, la formación de los Estados nacionales, y la posibilidad de abrir la antropología mexicana hacia mundos cercanos, como los pueblos de Centroamérica. Pero también contribuyó a replantear el papel de la cultura y sus diversas manifestaciones para trazar los rumbos, temas, orientaciones y debates de la antropología en México. Desde esa perspectiva, el acercamiento con los antropólogos y con los ámbitos de la antropología de Centroamérica contribuyó no sólo a que instituciones como el Instituto Chiapaneco de Cultura o el CIESAS fueran parte de los miembros institucionales fundadores del Congreso Centroamericano de Antropología, sino a entender aspectos de la realidad de Chiapas y el significado de latinoamericanidad y caribeño de la frontera sur de México (Ascencio Franco, 2010).

Incluso desde el punto de vista de las formas de poder y de sus configuraciones, así como del tipo de relaciones sociales, la cercanía entre el sur-sureste de México y Centroamérica era un aspecto que resaltaba. El libro de Severo Martínez Peláez, *La Patria del Criollo*

38 Eraclio Zepeda, Heberto Morales Constantino y Jesús Morales Bermúdez continúan presentes en la narrativa contemporánea de Chiapas en este siglo XXI.

(1988), es una fuente documental de las raíces históricas de esas cercanías (Peláez, 2000). Es posible que con el paso del tiempo, y la acción de los antropólogos, pueda elaborarse una antropología que enlace teóricamente los trabajos desarrollados y los que están en camino; desde repensar el indigenismo, hasta los procesos por los que la modernización irrumpe y se extiende en Centroamérica y en los diversos sures del territorio mexicano en cuyo ámbito se inserta Chiapas.

Paradójico también fue el surgimiento de una visión que aislaba a los pueblos indígenas del contexto general de Chiapas. Nada más alejado de la realidad que pensar los grupos humanos de la entidad chiapaneca en particular, y del sur-sureste del país en general, como culturas estacionadas en el tiempo que viven en dimensiones aisladas, además de considerarlos como portadores de los mismos rasgos culturales que los caracterizaron en otro momento. No sólo los pueblos indígenas configuran la pluralidad cultural chiapaneca, sino todo el conjunto de una población que puede concebirse como abigarrada, pero no desconectada entre sí. Más bien, la antropología —en otra paradoja— ha mostrado contingentes humanos dinámicos que conforman contextos multiculturales, cuyo análisis requiere de trabajos permanentes y una adecuada reflexión. El tiempo colonial enlazó culturas a lo largo de varios siglos, y las culturas originarias aprendieron a sobrevivir y a desarrollarse desde sus sustratos históricos y sus presupuestos básicos, entre ellos el idioma. Al igual que la ceiba, el árbol sagrado de Chiapas, tira sus hojas para renacer, las culturas originarias de Chiapas acometieron el aprendizaje de lo que llegaba del otro lado del mar. Europa, África y el Caribe se entretejieron con las culturas nativas y formaron con ese enlace nuevas culturas locales, que a su vez forman parte de la nueva tierra que tomó el nombre de Chiapas.

La complejidad cultural y social de Chiapas es el tema de la antropología social, que pretende crear conocimiento acerca de la población del estado, vista desde perspectiva histórica. Es la historia de este conjunto humano lo que es preciso explicar, y la antropología social lo hace desde diversos puntos de vista que están respaldados en el trabajo de campo y en el quehacer etnográfico y teórico. Con ello quiero decir que afirmar que todo se explica por la historia, es equivocar el camino. La Historia, con mayúsculas, es lo que hay que explicar, y ello

se logra analizando las relaciones sociales en sus contextos de época, los cambios culturales y la constante configuración de nuevos nudos de relaciones sociales, dinámicas culturales y comportamientos humanos en general. En esta tesitura, las vinculaciones con Centroamérica en particular, y con América Latina y la mundialización en general, resultan puntos de referencia para entender ese devenir de la sociedad y la cultura en Chiapas.

Epílogo

La fundación del CIESAS a nivel nacional dio un impulso renovador a la antropología social en México y amplió los ámbitos interdisciplinarios. La fundación del CIESAS-Golfo de la mano de Gonzalo Aguirre Beltrán fortaleció el camino descentralizador de la investigación antropológica y colocó la antropología analítica en los escenarios regionales de México. El establecimiento del CIESAS-Sureste se corresponde con ese movimiento de renovación, y en el estado de Chiapas en particular contribuyó a institucionalizar la antropología, arraigando a los investigadores e investigadoras.

Desde el establecimiento del CIESAS-Sureste, la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura y la fundación de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, que incluye al Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, se han abierto nuevos sujetos y nuevos temas de investigación antropológica. En el lapso que abarcan los años de 1973 a 2012 se han llevado a cabo 137 proyectos de investigación antropológica o con influencia de la antropología, abarcando 79 municipios, según reporta el Sistema

de Investigación Geográfica del CIESAS (ANTROPOSIG).³⁹ La paradoja es que la investigación va delante de las políticas públicas o, de plano, en contradicción con las mismas y con las decisiones que la administración pública toma con respecto a los problemas que analiza la antropología en Chiapas, por lo que cada día la brecha se ensancha. En la actualidad sólo en San Cristóbal de Las Casas existe una notable variedad de científicos sociales que investigan y producen conocimiento acerca de las relaciones entre medioambiente y sociedad, antropología médica, antropología y estudios políticos, antropología e historia de la religión, historia económica y social, antropología urbana, inmigración y empresariado étnico, estudios del lenguaje, literatura, cultura e ideología o antropología de las emociones, además de los estudios de frontera desde múltiples temáticas. Ello contrasta con la intensa y progresiva degradación del medioambiente en la ciudad y la formación de un “cinturón de pobreza” que literalmente rodea San Cristóbal.

La literatura analítica sobre gobernabilidad, desplazados internos, migración y movimientos sociales es cada vez más abultada y compleja. En estos nuevos derroteros, el estudio organizacional se muestra como uno de los más originales en la antropología chiapaneca contemporánea. Los estudios sobre la dinámica del poder local están asociados a esta última perspectiva (Escalona, 2009). Además, la reflexión antropológica de la política se ha visto ensanchada con los trabajos acerca de las elecciones y las coyunturas políticas locales, incluyendo los problemas de gobernabilidad (Viqueira y Sonnleitner, 2000; Leyva, Burguete y Speed, 2008; Burguete, 2000) y del propio movimiento zapatista (Baronnet, Mora y Stahler-Sholk, 2011; Estrada y Viqueira, 2010; Estrada, 2007).⁴⁰ Es paradójico que esta notable presencia de académicos no se corresponda con la existencia de escuelas de ciencias sociales de alta calidad en los ciclos básicos de formación, en contraste con los múltiples programas de posgrado que operan en Chiapas, catalogados en los índices de calidad del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

³⁹ Véase la referencia en la página web del CIESAS: www.ciesas.mx.

⁴⁰ Consultar, por ejemplo, *Nuestras tesis. 10 Años de trabajo conjunto*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2012.

Los cambios en la frontera sur, su dinámica actual y la relación entre procesos internos y marcos internacionales, han puesto sobre el tapete temas como la migración, la articulación de las fronteras norte y sur, los vínculos sociales y culturales con los países de Centroamérica más allá de las relaciones entre Estados nacionales, el tráfico de personas, los derechos humanos, la urbanización, la reconfiguración de las formas de poder, la inmigración o la aplicación de las políticas públicas como objetos de investigación. Ha surgido un “nuevo sujeto indígena”, sobre todo a partir de la rebelión del 1 de enero de 1994. Dicho levantamiento suscitó una amplia discusión acerca de los problemas de Chiapas —por lo menos en las comunidades académicas que radican en la entidad— con independencia de los bandos ideológicos en los que se situaron los analistas.

Producto de este nuevo complejo contexto es el libro colectivo *La tierra en Chiapas. Viejos problemas nuevos*, cuya primera edición vio la luz al finalizar el siglo XX, en 1999. Una segunda edición fue publicada en 2002. Es un libro que ha marcado un momento en el desarrollo de las ciencias sociales en Chiapas —prueba de esa paradójica relación entre ellas y la administración pública— y que bien puede verse como un “viejo punto de partida nuevo”. A estas temáticas señaladas se une la discusión sobre la interculturalidad, que avanza sobre los conceptos de “relaciones interétnicas” para abarcar los mundos amplios de la diversidad cultural. Igualmente se deben mencionar los cada vez más numerosos estudios sobre la juventud y sus ámbitos culturales y sociales. Han irrumpido en la antropología de Chiapas los trabajos sobre género, además el estudio de los ámbitos en los que se desarrollan la prostitución y el tráfico de personas. Todo ello ha corrido paralelo con una tendencia hacia la interdisciplinariedad. Estos nuevos escenarios de la investigación en Chiapas en ciencias sociales en general, y en antropología en particular, han alentado discusiones sobre problemas epistemológicos, de método y de cuestiones teóricas, además de sobre las nuevas formas de hacer etnografía que la realidad exige. Existen trabajos que apuntan hacia lo que será una discusión más compleja e importante en el terreno del pensamiento y la reflexión, lo que, probablemente, originará el surgimiento de nuevos campos disciplinarios en Chiapas.

En las páginas de este libro he descrito y discutido el desarrollo de los marcos institucionales de la antropología analítica en Chiapas a

partir de la fundación del CIESAS-Sureste, y hasta el establecimiento de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y su Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, pasando por la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura. Es un lapso que, como se ha dicho, contando desde el momento del proyecto de investigación antropológica de la frontera sur, abarca de 1983 a 1995. Lo que en este texto se ha expuesto es una parte del desenvolvimiento de la antropología analítica, de reflexión académica radicada en Chiapas, que surge después de la presencia de la antropología aplicada como instrumento de gobierno que significó el indigenismo. Faltaría ilustrar otros ángulos de ese proceso analizando a otras instituciones, como el Colegio de la Frontera Sur, la Universidad Autónoma de Chiapas o la Universidad Chapingo.

Queda por discutir más ampliamente la reacción de los círculos de poder en Chiapas, y de una parte de la sociedad, ante la puesta en marcha de una política de Estado cuyo objetivo confeso era la asimilación de los pueblos indígenas a una sociedad y cultura nacionales, vía el mestizaje, planteamiento que causó conflicto entre el Estado nacional y las formas locales de poder. Una breve ilustración del tipo de conflicto aludido se advierte en el episodio llamado “la guerra del pox” protagonizado por Gonzalo Aguirre Beltrán y el monopolio del alcohol en el Chiapas de la década de los cincuenta. Años después de esos sucesos, la antropología académica, es decir, la investigación antropológica analítica con fines de crear conocimiento y aplicarlo en pro de una mejor convivencia social y cultural, si bien tuvo sus momentos pioneros en los propios indigenistas y en investigadores aislados, o en grupos de investigación asociados a la construcción de obras públicas de gran envergadura, inició su institucionalización local con la fundación del CIESAS-Sureste y los centros que le siguieron.

El desarrollo institucional de la investigación y de la formación de investigadores al que me he referido en estas páginas fue el resultado de un proyecto que se trazó objetivos y estrategias para alcanzarlos. En décadas precedentes a 1983, de hecho a lo largo de la segunda mitad de los años sesenta, el medio académico de los antropólogos en México pasó por transformaciones que a la postre resultaron definitivas para explicar los nuevos escenarios resultantes. En aquellos años de los que 1968 fue un parteaguas, la antropología en México se diversificó no sólo

en sus temas de reflexión y análisis, sino en sus marcos institucionales. Se fundaron nuevas instituciones y organizaciones dentro del ámbito de un país que vivía las secuelas del movimiento estudiantil de 1968 y luchas internas en los círculos de poder. Un cierto “espíritu de pionerismo” asaltó a un sector de los antropólogos mexicanos en cuya conformación tuvieron que ver Ángel Palerm (Téllez y Vázquez, 2013) y los antropólogos críticos del indigenismo, más los estudiantes que fueron sus discípulos.

El desarrollo de la antropología como disciplina académica tuvo relación con la descentralización de la misma y la apertura de proyectos con temas nuevos en el país, como resultó ser el de la frontera sur desarrollado en 1983 y 1984 en varios estados del sureste de México. Al interior de ese proyecto, al calor de las discusiones de sus resultados, fue configurándose la propuesta de establecer un centro de investigaciones que garantizara una observación continua y el análisis concomitante, más la radicación de los investigadores para poner en marcha programas de formación de nuevos antropólogos y antropólogas. En esa tesitura, pensé en un proyecto que, como expresé en una reunión del consejo técnico consultivo del CIESAS llevada a cabo en los locales de la calle de Victoria en Tlalpan, D.F., en algún momento de finales del año 1984, “dotara a estados como Chiapas de equipos de investigación” que llevaran adelante la reflexión y la formación de antropólogos en particular, y de científicos sociales en general.

La propuesta de un proyecto de largo plazo del que surgió el CIESAS-Sureste, el Departamento de Patrimonio e Investigación y el Departamento de Culturas Étnicas del Instituto Chiapaneco de Cultura, y finalmente el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la UNICACH, tuvo como fundamento el planteamiento de que investigadores radicarán en estados como Chiapas y formar a los nuevos investigadores e investigadoras siguiendo el “modelo” de Ángel Palerm, que consistía en configurar grupos de investigación alrededor de temas concretos y de un líder. El primer paso, el que permitió sentar las bases del proyecto, fue el estudio de la frontera sur, que exigió el diseño de un proyecto de investigación y la formación del equipo que lo llevaría a cabo. El desarrollo del proyecto y sus resultados proporcionaron una base sólida para plantear la fundación de un centro de investigaciones

radicado en Chiapas, dado que el eje temático de la nueva institución descansaría en el análisis de la frontera sur de México y las relaciones con Centroamérica.

De los estados del sureste en frontera con el Istmo, Chiapas es el que mayor contacto presenta, situación que abonó la propuesta de que el estado fuese la sede del nuevo centro de investigación. El esquema de sentar las bases para la institucionalización de la investigación partiendo de la investigación misma, de la conformación de un equipo básico y de la producción de resultados acordes, fue lo que permitió el establecimiento del CIESAS-Sureste y, posteriormente, la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura y la fundación del CESMECA de la UNICACH. Por supuesto, a esos aspectos propiamente académicos debe agregarse la negociación política con los funcionarios del Estado nacional y con los poderes locales, lo que en un país como México es imposible de eludir.

Uno de los riesgos que se presentaron en el desenvolvimiento del CIESAS-Sureste radicado en Chiapas y de las otras instituciones (IHC y UNICACH-CESMECA) fue el ámbito político local, cambiante y, en tiempos, convulso. Por ello, la fundación de una institución de investigación académica en antropología con dependencia federal, es decir, financiada por los organismos del Gobierno de la República, ofrecía mejores garantías de permanencia que una institución financiada localmente. En el Chiapas de aquellas décadas (1985), los cambios de gobernadores o de funcionarios eran frecuentes y hasta inesperados. De hecho, el proyecto de investigación de la frontera sur había encontrado apoyo en el secretario de Educación bajo el Gobierno del general Castellanos Domínguez, Javier López Moreno. Precisamente el día que debía discutir con este último sobre los apoyos concretos al proyecto, lo destituyeron, de lo que me enteré por él mismo al llegar a sus oficinas y observar cómo guardaba sus pertenencias mientras desocupaba su despacho. “No te podré ayudar” —dijo López Moreno— “porque me han despedido”. Este es el tipo de situaciones que, si se depende de una institución local, puede resultar en la finalización de un proyecto como el que planteaba. El estudio de la frontera sur se sostuvo con el financiamiento federal y obtuvo apoyos secundarios —importantes— de los gobiernos locales de Tabasco y Quintana Roo. Esa relación entre ámbito político local y ámbito político

federal fue determinante en el contexto del México de aquellos años para garantizar la permanencia del CIESAS-Sureste.⁴¹

El CIESAS-Sureste pudo consolidarse en relativamente poco tiempo. Tanto el proyecto sobre la frontera sur, como el de religión y sociedad en el sureste de México, arrojaron resultados en tiempos cortos, además de que fueron novedosos en su momento. Pero se presentaron nuevamente los factores políticos al proponerme el gobernador de Chiapas, Patrocinio González Blanco Garrido, la Dirección General del Instituto Chiapaneco de Cultura, que acepté en el contexto del inicio de un nuevo sexenio tanto en el estado, como en el país. Esa circunstancia se aprovechó para ensanchar el proyecto de formar nuevos investigadores y arraigarlos en Chiapas, conformando el Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación en el ICHC, que sirvió a esos propósitos. Asimismo, cobró impulso el proyecto de alentar la formación de una intelectualidad india, con objetivos a mediano y largo plazos, relacionados con el trabajo lingüístico y el pensar las culturas locales. Así surgió el Departamento de Culturas Étnicas, espacio renovador de las letras y el pensamiento indígenas de Chiapas. La continuidad del proyecto, que inició con el CIESAS, fue factible en esos nuevos ámbitos, pero dentro de una institución frágil ante las decisiones políticas locales.⁴² Sin embargo, el impulso de forjar investigadores y de hacer investigación desde una institución local reforzó la presencia del CIESAS-Sureste y ensanchó los horizontes de la formación académica en el estado.

La fundación de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas dio un nuevo impulso al proyecto iniciado en el CIESAS-Sureste, además de que amplió de manera importante los horizontes y los ámbitos de la educación superior en el estado. Los cambios políticos locales,

41 Es importante mencionar que en Tabasco gobernaba Enrique González Pedrero y que su esposa, Julieta Campos, tenía un papel relevante. La directora de cultura del estado era Laura Ramírez. Desde un principio, el proyecto de investigación antropológica de la frontera sur recibió los apoyos del gobierno de Tabasco. En Quintana Roo, fue importante el apoyo que recibió el proyecto de parte del gobierno local, especialmente de Efraín Villanueva Arcos, quien, entre otros puestos, ha sido secretario de Educación del estado y rector de la Universidad Autónoma de Quintana Roo.

42 Un ejemplo de dicha fragilidad es la desaparición del Instituto de Historia Natural, prestigiada institución a nivel mundial fundada por Miguel Álvarez del Toro, y cuyo fin decretó el gobierno de Juan Sabines Guerrero.

combinados con los nacionales, fueron decisivos para forjar una nueva coyuntura que exigió nuevas negociaciones con la administración pública local. La fundación de la UNICACH inició, de hecho, desde los tiempos del gobernador interino Elmar Setzer Marseille, completándose durante el breve período del gobernador Eduardo Robledo Rincón.

La nueva universidad fue el ámbito que permitió la fundación de un centro de investigaciones con los mismos propósitos de dotar al estado de Chiapas de instituciones que llevaran a cabo investigaciones en ciencias sociales, además de formar nuevos investigadores e incidir en la reflexión concerniente a los países de Centroamérica. El resultado ha sido la consolidación del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, una institución de alto nivel en el campo de las ciencias sociales y un apoyo al ámbito que forjaron las instituciones académicas locales y nacionales en Chiapas. Con ello, el propósito de dotar a Chiapas de un “equipo de investigación” y contribuir a la formación y arraigo de nuevos investigadores, se completó. Pero también la fundación de la UNICACH abrió los espacios a nuevos institutos de investigación que están vigentes.

Asimismo, se logró la articulación de este cuadro institucional con Centroamérica, lo que incidió incluso en la fundación del Congreso Centroamericano de Antropología, que reúne a los antropólogos y antropólogas de esa vasta macrorregión y del sur-sureste de México. Queda en el tintero la reflexión acerca de las tendencias que la relación con Centroamérica presenta, y de las similitudes y diferencias en el desarrollo institucional de una antropología académica en el actual contexto regional de México y de los países Centroamericanos.

En síntesis, el proyecto de institucionalizar la antropología académica en Chiapas contempló, en primer lugar, diseñar el proyecto y hacer claros sus objetivos; en segundo lugar, diseñar un proyecto de investigación que sirviera de base para arraigar a los investigadores; en tercer lugar, seleccionar el equipo de investigación que llevaría a cabo ese primer proyecto; en cuarto lugar, negociar con la esfera pública, tanto nacional como local y, finalmente, garantizar la continuidad del proyecto diversificando su institucionalización y la temática de la investigación.

El contexto institucional en el que se desenvuelve actualmente la investigación antropológica, y en ciencias sociales en general, en Chiapas, está consolidada tanto en el terreno de la investigación en sí,

como en la formación de investigadores e investigadoras. Esto se debe al esfuerzo colectivo y sostenido de los académicos que radican en Chiapas o que, aun estando fuera de la entidad, piensan los problemas del estado. San Cristóbal de Las Casas es una ciudad que en el año 2014 ofrece diez programas de posgrado de alta calidad en ciencias sociales y humanidades, que serán once en el transcurso del año 2015, lo que poderosamente llama la atención en el contexto de ciudades en el país (y quizá en América Latina) de las dimensiones de San Cristóbal. La madurez de este conjunto institucional se probó con creces al celebrarse el Tercer Congreso Nacional de Ciencias Sociales del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO), del 24 al 29 de marzo de 2014, bajo la coordinación del Centro de Investigaciones Superiores de México y Centroamérica, con la conjunción de todas las instituciones que en Chiapas hacen investigación y forman investigadores en ciencias sociales.

Al voltear la mirada hacia los primeros días en que inició el proyecto de “dotar de un equipo de investigadores” en antropología y arraigarlo en el estado de Chiapas, y hacia el estado actual que guardan la antropología y las ciencias sociales en general, observo la consolidación de un ámbito institucional que reúne a académicos, hombres y mujeres, que con su trabajo han sostenido la investigación, la han ampliado notablemente y la han dotado de un prestigio destacado, además que han formado nuevos investigadores de alto nivel. La gran paradoja es la brecha entre esta alta calidad y capacidad de hacer ciencias sociales y el subdesarrollo sostenido del estado. Una próxima reflexión debería tratar este aspecto sobresaliente y obtener de allí las líneas para trazar los nuevos derroteros de la antropología en el país. La paradoja chiapaneca es ilustrativa de la situación de la ciencia social en un país como México que, incluso, es un enclave de excelencia en cuanto a los posgrados que se ofrecen en América Latina, a los que concurren estudiantes de diversas partes del mundo.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, María de la Luz (1993), "Excavación de una unidad habitacional en San Lorenzo Tenochtitlán, Veracruz". En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 170-174.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1993), *Obra antropológica XII: lenguas vernáculas*. México, Universidad Veracruzana/Instituto Nacional Indigenista/Gobierno del Estado de Veracruz/Fondo de Cultura Económica.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1994), *El pensar y el quehacer antropológico en México*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Albores G., Eduardo Javier (1948), "Chiapas prehispánico". En *Amanecer*, año 1, núm. 1, Tuxtla Gutiérrez, 1 de mayo de 1948, pp. 5-6.
- Albores G., Eduardo Javier (1950), *Chiapas prehispánico*. Tuxtla Gutiérrez, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Albores Zárate, Beatriz Andrea (1978), *El funcionalismo en la etnografía tzeltal-tzotzil: un análisis de sus implicaciones teóricas y políticas*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad Autónoma de Chiapas.
- Alcalá, Graciela (1996), "Una aproximación al desastre: la modernización impuesta a los pescadores del Soconusco". En *Anuario 1995 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México

- y Centroamérica, pp. 125-154.
- Álvarez del Toro, Miguel (1985), “Nuestra ceguera”. En *Revista de la Universidad Autónoma de Chiapas*. UNACH, núm. 1, pp. 43-45.
- Álvarez, Carlos A. (1993), “Algunas consideraciones acerca de la ocupación durante el Preclásico en los Altos Orientales de Chiapas”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 59-76.
- Aramoni, Dolores, Thomas A. Lee y Miguel Lisbona (coords.) (1998), *Cultura y etnicidad zoque*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/Universidad Autónoma de Chiapas.
- Arias, Jacinto (1975), *El mundo numinoso de los mayas*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Arroyo, Bárbara (1991), “Agricultores incipientes en El Salvador y otras regiones de Mesoamérica”. En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 87-107.
- Ascencio Cedillo, Efraín (1996), “Un acercamiento socio-histórico a la ganadería de Ocosingo, Chiapas”. En, *Anuario 1995 Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 1996, pp. 45-125.
- Ascencio Franco, Gabriel (1994), “Integración finca-ejido en la cafecultura del Soconusco”. En Daniel Villafuerte Solís (coord.), *El café en la frontera sur. La producción y los productores del Soconusco*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 66-97.
- Ascencio Franco, Gabriel (1997), “Clase política y proceso de criminalización en Chiapas”. En *Anuario 1996 Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Investigaciones Superiores de México y Centroamérica, pp. 209-220.
- Ascencio Franco, Gabriel (2009), *Los rancharos de Chiapas durante el siglo XX. El mito de la oligarquía latifundista*. México, PROIMMSE-IIA-UNAM.
- Ascencio Franco, Gabriel (2011), “Los centros de investigación en Chiapas y sus revistas: 1985-2010”. En *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 9, núm. 1, San Cristóbal de Las Casas, junio de 2011, pp. 153-175.
- Ascencio Franco, Gabriel (ed.) (2014), *La antropología en Centroamérica. Reflexiones y perspectivas*. México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/Red Centroamericana de Antropología/UNICH/PROIMMSE-IIA-UNAM.
- Ascencio Franco, Gabriel y Xóchitl Leyva Solano (1991), “Espacio y organización social en la Selva Lacandona: el caso de la sub-región Cañadas”. En *Anuario 1990. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 17-50.
- Ascencio Franco, Gabriel y Xóchitl Leyva Solano (1992), “Los municipios de la selva chiapaneca. Colonización y dinámica agropecuaria”. En *Anuario*.

1991. *Instituto Chiapaneco de Cultura*. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 176-242.
- Ascencio Franco, Gabriel y Xóchitl Leyva Solano (1993), “Café y neoliberalismo. Los impactos de la política cafetalera en el Soconusco, Chiapas”. En *Anuario 1992. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 262-285.
- Ascencio Franco, Gabriel y Xóchitl Leyva Solano (1996), *Lacandonia al filo del agua*. México, CIESAS/PROIMMSE-IIA-UNAM/Fondo de Cultura Económica.
- Autos seguidos por algunos de los naturales del pueblo de Chamula en contra de su cura Don José Ordóñez y Aguiar por varios excesos que le suponían. 1779*. Con Estudios Introdutorios y Comentarios al Documento por Guillermo Flores Margadant (1992). México, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura/Universidad Autónoma de Chiapas/Facultad de Derecho de la UNAM.
- Barba, Beatriz (1993), “Los destinos del alma en Izapa”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 76-88.
- Barbosa Cano, Manlio (1988), *La antropología en México. Panorama histórico*. México, INAH.
- Baronet, Bruno, Mariano Mora Bayo y Richard Stahler-Sholk (coords.) (2011), *Luchas “muy otras”. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*. México, UAM-Xochimilco/CIESAS/UNACH.
- Bizberg, Ilán y Lorenzo Meyer (coords.) (2009), *Una historia contemporánea de México*. México, Océano.
- Blom, Frans y Oliver La Farge (1986), *Tribus y templos*. México, Instituto Nacional Indigenista.
- Blom, Frans (1990), *En el lugar de los grandes bosques: epistolario, 1919-1922, y diarios de dos expediciones*. Tuxtla Gutiérrez, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Programa de Cultura de las Fronteras.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987), *Proyecto de investigación. Religión en el sureste de México*. Mecanuscrito, México, DF.
- Burguete Cal y Mayor, Araceli (2000), *Agua que nace y muere. Sistemas normativos indígenas y disputas en Chamula y Zinacantán*. México, PROIMMSE-IIA-UNAM.
- Campbell, Lyle (1994), “La lingüística maya y sus contribuciones a la prehistoria”. En *Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 25-39.
- Campbell, Lyle y Terence Kauffman (1976), “A Linguistic Look at the Olmec”. En *American Antiquity*, vol. 41, núm. 1, pp. 80-89.
- CIESAS (2013), *Investigar, comprender, generar conocimiento. Los primeros 40 años del CIESAS*. México, CIESAS/CONACYT.

- Clark, John E. (1991), “La fase Lato de la cuenca superior del río Grijalva: implicaciones por el despliegue de la cultura mocaya”. En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores. Recolectores. Pescadores. Agricultores tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 107-111.
- Clark, John E. (1993a), “¿Quiénes fueron los olmecas?” En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 45-59.
- Clark, John E. (1993b), “Una reevaluación de la entidad política olmeca. ¿Imperio o cacicazgo?” En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 159-170.
- Cosío Villegas, Daniel (1972), *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*. México, J. Mortiz.
- Cruz Burguete, Jorge Luís (1998), *Identidades en fronteras, fronteras de identidades. La reconstrucción de la identidad étnica entre los chujes de Chiapas*. México, El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos.
- Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas* (1994). Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas/CEFIDIC/DIF-Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Cyphers, Ann (1993), “Informe preliminar sobre las excavaciones en San Lorenzo Tenochtitlán”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 159-170.
- De Córdova, Matías (fray) (1798), *Utilidades de que todos los indios y ladinos se vistan y calcen a la española, y medios de conseguirlo sin violencia, coacción, ni mandato: memoria premiada por la Real Sociedad Económica de Guatemala en 13 de diciembre de 1797*. Guatemala, Imprenta de D. Ignacio Beteta.
- De eso que llaman antropología mexicana* (1970). México, Editorial Nuestro Tiempo.
- De la Fuente, Julio (2009), *Monopolio de aguardiente y alcoholismo en Los Altos de Chiapas: un estudio “incómodo” de Julio de la Fuente (1954-1955)*. México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- De la Madrid, Miguel (s.f.), *Reunión estatal para la planeación. Memoria 1982-1988*. Chiapas, Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales.
- De Vos, Jan (1993), *La frontera de la frontera sur*. México, UJAT/CIESAS.
- “Declaración de Tuxtla Gutiérrez” (1991). En *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 31, verano, pp. 2-8.
- Díaz, Marcial *et al.* (1985), *Los pescadores de la costa norte de Chiapas*. México, CIESAS-MNCP.
- Díaz de Salas, Marcelo (1995), *San Bartolomé de los Llanos en la escritura de un etnógrafo, 1960-1961: diario de campo Venustiano Carranza, Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas, Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas.

- Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica* (1991). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. Vol. 2. Patrimonio cultural* (1992). Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. Vol. 3. Movimientos sociales* (1993). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/ DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Escalante Gonzalbo, Paloma (1991), *Organización social y regional del poder. El caso de Comitán, Chiapas*. Tesis de Maestría en Sociología Política, Instituto Mora, México.
- Escalona Victoria, José Luíz (2009), *Política en el Chiapas rural contemporáneo. Una aproximación etnográfica al poder*. México, UNAM.
- Esponda Jimeno, Víctor Manuel (1994), “Los sistemas omaha entre los mayas de Los Altos de Chiapas y una consideración sobre los ch’oles”. En *Anuario 1993. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/ DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 57-69.
- Estrada Saavedra, Marco (2007), *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las cañadas tojolabales de la selva lacandona (1930-2005)*. México, El Colegio de México.
- Estrada Saavedra, Marco y Juan Pedro Viqueira (coords.) (2010), *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista. Microhistorias políticas*. México, El Colegio de México.
- Fábregas Puig, Andrés, Juan Pohlenz, Mariano Báez y Gabriel Macías (1985), *La formación histórica de la Frontera Sur*. México, CIESAS-CIESAS Sureste (Cuadernos de la Casa Chata: 124).
- Fábregas Puig, Andrés (1986), *La formación histórica de una región. Los Altos de Jalisco*. México, CIESAS.
- Fábregas Puig, Andrés (1988), “La antropología social en la Frontera Sur”. En Carlos García Mora y Martín Villalobos (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, t. 15. México, INAH, pp. 335-346.
- Fábregas Puig, Andrés et al. (1989), *Religión y sociedad en el sureste de México*, 8 t. México, SEP/CONAFE/CIESAS.
- Fábregas Puig, Andrés (1989b), “El estudio antropológico de la religión”. En Andrés Fábregas Puig et al. *Religión y sociedad en el sureste de México* t. I, México, SEP/CONAFE/CIESAS, pp. 7-50.
- Fábregas Puig, Andrés (1986), *La formación histórica de una región. Los Altos de Jalisco*. México, CIESAS.
- Fábregas Puig, Andrés (1990). “La plurirregionalidad de la Frontera Sur”. En *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, vol. XLV, núm. 471, abril, pp. 9-15.
- Fábregas Puig, Andrés (1994), “Una reflexión sobre el conflicto chiapaneco”.

- En *Anuario 1993. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 9-21.
- Fábregas Puig, Andrés (2001a), “Diez años de antropología e historia de Chiapas: una presentación de los anuarios del CESMECA y del IEI y de la revista del CIHMECH”. En *Inventario Antropológico. Anuario de la Revista Alteridades*, vol. 7. México, UAM-Iztapalapa, Departamento de Antropología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 123-153.
- Fábregas Puig, Andrés (2001b), *Chiapas, el futuro de una sociedad: acercamiento histórico al conflicto de un pueblo*. Lleida, España, Editorial Milenio.
- Fábregas Puig, Andrés (2005), “El concepto de frontera: una formulación”. En Alain Basail Rodríguez, *Fronteras des-bordadas. Ensayos sobre la frontera sur de México*. México, Juan Pablos/UNICACH.
- Fábregas Puig, Andrés (2006), “El comité mexicano de solidaridad con el pueblo salvadoreño. Una experiencia latinoamericana”. En Verónica Oikión y Marta Eugenia García (eds.), *Movimientos armados en México, Siglo XX*. México, El Colegio de Michoacán/CIESAS, pp. 643-652.
- Fábregas Puig, Andrés (2011), *Configuraciones regionales mexicanas. Un planteamiento antropológico*, t. II, México, UNICH, pp. 29-107.
- Fábregas Puig, Andrés (2012), “Fronteras y colonialismo: una reflexión desde la frontera México-Guatemala”. En *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, vol. 17, marzo de 2012, pp. 6-23.
- Fábregas Puig, Andrés (2012), *El mosaico chiapaneco*. México, Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Fenner, Justus y Dolores Palomo Infante (2008), “El Archivo Histórico del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil de Chiapas. Memoria del laboratorio del indigenismo en México”. En *Desacatos*, núm. 26, enero-abril, pp. 75-86.
- Ferguson, Thomas S. y Bruce W. Warren (1987), *The Messiah in Ancient America*. Provo, Utah, Brigham Young University.
- Fernández, Luis M. y María Tarrío (1983), *Ganadería y estructura agraria en Chiapas*. México, UAM-Xochimilco.
- Floris Margadant, Guillermo (ed.) (1992), *Autos seguidos por algunos de los naturales del pueblo de Chamula en contra de su cura don José Ordoñez y Aguiar por varios excesos que le suponían, 1779*. México, Gobierno del Estado de Chiapas/ Universidad Autónoma de Chiapas/UNAM-Facultad de Derecho.
- Folan, William (1994), “El clásico maya en la Gran Mesoamérica”. En *Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 11-25.
- García Aguilar, María del Carmen (1993), *Les caféicultures mexicaines: la force de la tradition, les risques de la décomposition*. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail-Unité de Formation et de Recherche Géographie et Aménagement/ Institut Daniel Faucher.
- Gil Villegas Montiel, Francisco (2003), “Introducción del editor”. En Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Universidad de Puebla-Facultad de Derecho.

- Giménez, Gilberto (1989), *Sectas religiosas en el sureste de México. Aspectos sociográficos y estadísticos*. México, Ediciones de la Casa Chata (Cuadernos de la Casa Chata, vol. 1).
- González Casanova, Pablo (1966), *La democracia en México*. México, ERA.
- González Sponda, Juan (1986), *Movimiento campesino chiapaneco. 1974-1984*. 2 t, Tesis para obtener la Licenciatura en Economía, UNACH, San Cristóbal de Las Casas.
- González Ponciano, Jorge Ramón (1992), “Guatemala, la civilización y el progreso. Notas sobre indigenismo, racismo e identidad nacional, 1821-1954”. En *Anuario 1991. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 371-410.
- González Ponciano, Jorge Ramón (1994), “Identidad y carácter nacional en Mesoamérica”. En *Anuario 1993. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 150-184.
- Grafenstein Gareis, Johanna von (1992), “El Caribe como región”. En *Cultura Sur*, vol. 4, núm. 22, noviembre-diciembre, pp. 5-6.
- Guerra Manzo, Enrique (2009), “Los pueblos indígenas: entre la comunidad corporativa y el pluralismo, 1968-2001”. En Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México*. Tomo 2. Actores. México, Océano, pp. 305-370.
- Hatch, Marion (1993), “Inferencias de la economía y la organización socio-política en Kaminaljuyú durante los períodos pre-clásico y clásico temprano”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 33-45.
- Henderson V.N., Peter (1996), “Modernización y cambio en México: la plantación de hule La Zacualpa, 1890-1920”. En *Anuario 1995 Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Investigaciones Superiores de México y Centroamérica, pp.154-190.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída (2012), *Sur profundo. Identidades indígenas en la frontera Chiapas-Guatemala*. México, Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída y Ronald Night (1998), “Global Processes and Local Identity among Maya Coffee Growers in Chiapas”. En *American Anthropologist*, vol. 100, núm. 1, pp. 136-147.
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (2009), *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*. México, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.
- Krotz, Esteban (1988), *Utopía*. México, Universidad Autónoma Metropolitana

- Iztapalapa.
- Lalo, Gabriel y María de la Luz Aguilar (1994), “El proyecto arqueológico Tenam Puente”. En *Cuarto Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 151-162.
- Lanternari, Vittorio (1963), *The Religions of the Oppressed; a Study of Modern Messianic Cults*. Nueva York, Knopf.
- Lee Whiting, Thomas (1991) “Los cazadores-recolectores y agricultores tempranos en el Alto Grijalva”. En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 51-63.
- Lee Whiting, Thomas (1993), “Evidencia olmeca en el dominio de Chiapa de Corzo”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 228-239.
- Lee Whiting, Thomas (1998), “El cañón del río La Venta en la historia zoque”. En Dolores Aramoni *et al.* (coords.), *Cultura y etnicidad zoque*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNICACH/UNACH, pp. 47-62.
- Lee Whiting, Thomas (2011), *New World Archaeological Foundation. 60th Anniversary*. San Cristóbal de Las Casas, UNICACH-CESMECA/Provo, Utah, Brigham Young University, New World Archaeological Foundation.
- Lesure, Richard (1993), “Salvamento arqueológico en El Varal: una perspectiva sobre la organización sociopolítica olmeca de la costa de Chiapas”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas, pp. 211-228.
- Lewis, Stephen E. (2004), “La guerra del posh, 1951–1954: un conflicto decisivo entre el instituto nacional indigenista, el monopolio del alcohol y el gobierno del estado de Chiapas”. En *Mesoamérica*, núm. 46, enero–diciembre de 2004.
- Leyva Solano, Xóchitl y Gabriel Ascencio Franco (1993), “Apuntes para el estudio de la ganaderización de la Selva Lacandona”. En *Anuario 1992. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 262-285.
- Leyva, Xóchitl, Araceli Burguete y Shannon Speed (2008), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. México, CIESAS.
- Lienhard, Martin (2003), *La voz y su huella*. México, Juan Pablos/UNICACH.
- Limón Aguirre, Fernando (2009), *Historia chuj a contrapelo: huellas de un pueblo con memoria*. Chiapas, ECOSUR/Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Chiapas.
- Lisbona Guillén, Miguel (1992), “Religión en Ocoatepec, Chiapas”. En *Anuario 1991. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas/

- DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 37-75.
- Lisbona Guillén, Miguel (1994), “Los estudios sobre los zoques de Chiapas. Una lectura desde el olvido y la reiteración”. En *Anuario 1993. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 78-126.
- Lisbona Guillén, Miguel (2004), *Sacrificio y castigo entre los zoques de Chiapas*. México, PROIMMSE-IIA-UNAM.
- Lowe, Gareth W. (1977), “The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Early Lowlands Maya”. En R.E.W. Adams (ed.), *The Origin of Maya Civilization*. Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 192-248.
- Lowe, Gareth W. (1991), “Buscando una cultura olmeca en Chiapas”. En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 111-131.
- Lowe, Gareth W. (1993), “La gran importancia de las ofrendas del pre clásico terminal en Izapa”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 179-211.
- Lowe, Gareth W. (1999), *Los zoques antiguos de San Isidro*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, CONECULTA.
- Manzanilla, Linda (1993), “Proposiciones sobre el surgimiento de la sociedad urbana y el Estado”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 15-26.
- Martínez Peláez, Severo (1998), *La patria del criollo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- McQuown, Norman A. y Julian Pitt Rivers (eds.) (1970), *Ensayos antropológicos en Los Altos de Chiapas*. México, Instituto Nacional Indigenista.
- Medina, Andrés y Carlos García Mora (1983), *La quiebra política de la antropología social en México: antología de una polémica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Memoria del Encuentro de Intelectuales Chiapas-Guatemala* (1990), Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Memorias. Instituto Chiapaneco de Cultura. 1989-1994* (1994), Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Meyer, Lorenzo (2005), “La visión general”. En Ilán Bisberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México*. Tomo 2. Actores. México, Océano, pp. 15-35.
- Molina, Virginia (1976), San Bartolomé de los Llanos: una urbanización frenada. México, CIESAS/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Morales Bermúdez, Jesús (1992), “El congreso indígena de Chiapas. Un

- testimonio”. En *Anuario 1991. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 242-271.
- Navarrete, Carlos (1966a), *The Chiapanec. History and Culture*. Papers of The New World Archaeological Foundation, núm. 21, Provo, UTAH, B.Y.U.
- Navarrete, Carlos (1966b), “Excavaciones en la presa Netzahualcóyotl, Malpaso, Chiapas”. En *Boletín del INAH Primera Época*, núm. 24, pp.36-40.
- Navarrete, Carlos (1968), “La Relación de Ocozocoautla, Chiapas”. En *Tlalocal*, vol. 5, núm. 4, México, pp. 368-373.
- Navarrete, Carlos (1978), *Un reconocimiento de la Sierra Madre de Chiapas: apuntes de un diario de campo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Navarrete, Carlos (2000), *Palenque 1784: el inicio de la aventura arqueológica Maya*. México, UNAM.
- Nolasco Armas, Margarita (1984), *La antropología y sus sujetos de estudio*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Oficina de Información de Chiapas en la Ciudad de México (1985), *Chiapas: su estado actual, su riqueza, sus ventajas para los negocios*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Oficina de Información de Chiapas en la Ciudad de México.
- Olay Barrientos, María de los Ángeles (1993), *El Sumidero, Chiapas: un sitio del Clásico Tardío*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Ortiz Hernández, María de los Ángeles (1984), *Los pescadores de la isla La Palma en Acapetabna, Chiapas*. México, CIESAS/MNCP.
- Ortiz Hernández, María de los Ángeles y Berta Toraya Toraya (1985), *Concentración de poder y tenencia de la tierra. El caso del Soconusco*. México, CIESAS/SEP-Cultura.
- Palerm, Ángel y Eric Wolf (1972), *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México, SEP.
- Paniagua, Alicia (1983), “Chiapas en la coyuntura centroamericana”. En *Cuadernos Políticos*, núm. 58, México, octubre-diciembre de 1983.
- Peláez Almengor, Óscar Guillermo (comp.) (2000), *La patria del criollo tres décadas después*. Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala-Editorial Universitaria.
- Pereira de Queiroz, María Isaura (1969), *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos: reforma y revolución en las sociedades tradicionales*. México, Siglo XXI.
- Pérez Castro y Báez, Claudia (1994), “De la sublevación sagrada a la redención marxista. Los cambios ideológicos en 300 años de lucha indígena”. En *Movimiento campesino en Chiapas. Expulsiones, ideología y lucha por la tierra*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, DESMI.
- Pérez Castro, Ana Bella (1989), *Entre montañas y cafetales*. México, UNAM.
- Peryo, Juan Antonio y Adriana Inchaústegui (eds.) (1994), *Chiapas hoy. Análisis antropológico y social*. México, ENAH-Coordinación Nacional de Investigación.

- Pincemin Deliberos, Sophia (1991), "INAH y prehistoria en Chiapas". En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 21-29.
- Pincemin Deliberos, Sophia (1993), "El Preclásico en Campeche y la Península". En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 239-246.
- Pincemin Deliberos, Sophia (1996), "Relatoría general". En *Quinto Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 199-200.
- Piña Chan, Román (1993), "Introducción a la simbología y escritura olmeca". En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 26-33.
- Pohlencz Córdova, Juan (1995), *Dependencia y desarrollo capitalista en la sierra de Chiapas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pompa y Pompa, Antonio (1975), *Espejo de provincia: geografía del paisaje mexicano*. México, Porrúa.
- Ponce Jiménez, Martha Patricia (1985), *Palabra viva del Soconusco: nuestra frontera sur*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Portal Ariosa, Ana María (2010), *Alteridad e identidad: un recorrido por la historia de la antropología en México*. México, UNAM/Juan Pablos.
- Pozas, Ricardo (1952), *Juan Pérez Jolote: biografía de un tzotzil*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos* (1991). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Radcliffe-Brown, A.R. (1952), *Structure and function in primitive society: essays and addresses*. Glencoe, Illinois, The Free Press.
- Reunión Cumbre de Presidentes México-Centroamérica* (1991). Tuxtla Gutiérrez, Coordinación de Información-Unidad de Investigación y Evaluación del Gobierno del Estado de Chiapas.
- Reyes Heróles, Jesús (1961), *El liberalismo mexicano*. México, UNAM-Facultad de Derecho.
- Reyes Heróles, Jesús (1984), *El liberalismo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Reyes Ramos, María Eugenia (1992), *El reparto de tierras y la política agraria en Chiapas. 1914-1988*. México, UNAM-Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas.
- Rivera Farfán, Carolina (1992), "Prácticas religiosas e identidad en dos pueblos Zoques". En *Anuario 1991. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 96-112.

- Rivera Farfán, Carolina (1993), *La religiosidad en los zoques de Chiapas. El sistema de cargos y la organización ceremonial en San Fernando*. Tesis de licenciatura en antropología, San Cristóbal de Las Casas, UNACH.
- Rivera Farfán, Carolina et al. (2005), *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*. México, UNAM, CIESAS, COCYTECH Chiapas, Secretaría de Gobierno del Estado de Chiapas.
- Rivera Farfán, Carolina et al. (2011), *Diversidad religiosa y conflicto en Chiapas. Intereses, utopías y realidades*. México, UNAM, CIESAS, COCYTECH Chiapas, Secretaría de Gobierno del Estado de Chiapas, Secretaría de Gobernación.
- Rivera Farfán, Carolina y Miguel Lisbona Guillén (1993), “La organización religiosa de los zoques. Problemas y líneas de investigación en el área”. En *Anuario 1992. Instituto Chiapaneco de Cultura*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 70-104.
- Rivero Torres, Sonia E. (1993), *Laguna Miramar, Chiapas, México. Una aproximación histórica-arqueológica de los lacandones desde el clásico temprano*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Robledo Hernández, Gabriela (2012), “Cruzando fronteras. De las comunidades corporadas cerradas a las comunidades transfronterizas de los indígenas chiapanecos”. En *Límitar. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 10, núm. 1, pp. 104-122.
- Rojas González, Francisco (1952), *El diosero*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Romano Delgado, Agustín (2002), *Historia evaluativa del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil*, vol. 1. México, Instituto Nacional Indigenista.
- Rubel, Arthur J. (1959), *Changing Processes of Leadership Recruitment in San Bartolome de Los Llanos, Chiapas* [microfilm]. Chicago, University of Chicago Library.
- Rus, Jan (1983), “Antropología social en Los Altos de Chiapas: historia y bibliografía”. En *Textual. Análisis del Medio Rural*, núm. 13, Universidad Autónoma de Chapingo, pp. 98-106.
- Rus, Jan (2010), “Una relectura de la etnografía tzotzil; la antropología y la política en los Altos de Chiapas, 1955-2000”. En *Anuario. CESMECA 2008*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/CESMECA, pp. 337-371.
- Rutsch, Mechthild (2007), *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/IIA-UNAM.
- Sahlins, Marshall (2000), *Culture in Practice: Selected Essays*. Nueva York, Zone Books.
- Salazar Peralta, Ana María (1988), *La participación estatal en la producción y comercialización del café en la región norte del estado de Chiapas*. México,

- Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salinas de Gortari, Carlos (1991), "Discurso". En *Reunión Cumbre de Presidentes México-Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Coordinación de Información- Unidad de Investigación y Evaluación del Gobierno del Estado de Chiapas.
- Salovesh, Michael (1971), *The political system of a highland Maya community: a study in the methodology of political analysis*. Tesis de doctorado. Universidad de Chicago, Chicago.
- Sariego Rodríguez, Juan Luis (2002), *El indigenismo en la tarabumara: identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chibnabua*. México, Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica* (1992), Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas* (1993), Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Sjoberg, Gideon (1951), *The preindustrial city, past and present*. Glencoe, Illinois, Free Press.
- Sommers, Joseph (1965), "El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria". En *ICACH. Publicación Semestral*, núm. 14, enero-junio, Tuxtla Gutiérrez, pp. 7-23.
- Stavnhagen, Rodolfo (1963), "Clases, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica". En *América Latina*, año 6, núm. 4, octubre-diciembre.
- Stavnhagen, Rodolfo (1968), *Clases, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica*. Guatemala, Ministerio de Educación.
- Steward, Julian (1955), *Teoría y práctica del estudio de áreas*. Washington, OEA.
- Stoll, David (1985), *¿Pescadores de hombres o fundadores de imperio? El ILV en América Latina*. Quito, DESCO/Ediciones Abya-Yala.
- Sulca Báez, Edgard (1994), "El pan coletó". En *Anuario 1993. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/ Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 238-248.
- Sullivan, Paul (1991), *Conversaciones inconclusas. Mayas y extranjeros entre dos guerras*. Barcelona, Gedisa.
- Tejada Bouscayrol, Mario (1991), "Historia de las investigaciones". En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas. Cazadores-Recolectores-Pescadores. Agricultores Tempranos*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 51-63.
- Tejada Bouscayrol, Mario (1994), "Nota preliminar sobre un nuevo pectoral olmeca proveniente de los alrededores de Comitán, Chiapas". En *Anuario 1993. Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural*

- e *Investigación*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas/CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 290-303.
- Tejada Bouscayrol, Mario y Roland Lowe (1993), “El monumento de Ocozocoautla”. En *Segundo y Tercer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 88-119.
- Télez Girón López, Ricardo y Luis Vázquez León (2013), *Palerm en sus propias palabras. Las entrevistas al Dr. Angel Palerm Vich realizadas por Marisol Alonso en 1979*. México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélez Pliego/CIESAS.
- Tonda, Juan (1985), “El Centro de investigaciones Ecológicas del Sureste”. En *Ciencia y Desarrollo*, núm. 60, pp. 17-36.
- Townsend, William C. (s.f.), “Introduction to the Basic Politics. S.I., WBT.
- Trejo Delarbre, Raúl (comp.) (1994), *La guerra de las ideas*. México, Diana.
- Uriarte, María Teresa y Rebeca B. González Lauck (eds.) (2008), *Olmeca. Balance y perspectivas de la Primera Mesa Redonda*. 2 t. México, UNAM/INAH/CONCULTA/BYU.
- Vázquez Olivera, Mario (2009), *El imperio mexicano y el reino de Guatemala. Proyecto político y campaña militar. 1821-1823*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Vázquez Olivera, Mario (2012), *La República Federal de Centro-América: territorio, nación y diplomacia. 1823-1838*. El Salvador, CICH-Universidad Dr. José Matías Delgado/UNAM-Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
- Villa Rojas, Alfonso (1947), “Kinship and Nagualism in a Tzeltal Community, Southeastern Mexico”. En *American Anthropologist*, núm. 49, pp. 578-588.
- Villa Rojas, Alfonso (1978), *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*. México, INI.
- Villafuerte Solís, Daniel (1997), “La ruralidad en tiempos de la globalización: problemas y enfoques”. En *Anuario 1996 Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-CESMECA, pp. 119-160.
- Villafuerte Solís, Daniel et al. (1999), *La tierra en Chiapas. Viejos problemas nuevos*. México, UNICACH/Plaza y Valdez.
- Villafuerte Solís, Daniel (1994), *El café en la frontera sur: la producción y los productores del Soconusco, Chiapas*. México, Instituto Chiapaneco de Cultura-Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación.
- Villafuerte Solís, Daniel y José Montero Solano (2006), *Chiapas. La visión de los actores*. México, Juan Pablos /INTERPEACE/UNICACH.
- Villafuerte Solís, Daniel, María del Carmen García Aguilar y Salvador Meza (1997), *La cuestión ganadera y la deforestación: viejos y nuevos problemas en el trópico y Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.
- Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Rus (eds.) (1995), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*. México, UNAM-Centro de Estudios Mayas/CIESAS/

- CEMCA/Universidad de Guadalajara.
- Viqueira, Juan Pedro y William Sonnleitner (2000), *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en los Altos de Chiapas (1991-1998)*. México, CIESAS/El Colegio de México/IFE.
- Vogt, Evon Z. (1994), *Fieldwork among the Maya. Reflections on the Harvard Chiapas Project*. Albuquerque, The University of New Mexico Press.
- Von Mentz, Brigida et al. (1988), *Los empresarios alemanes, el tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas (I)*. México, CIESAS.
- Voorhies, Barbara (ed.) (1991), *La economía del antiguo Soconusco*. México, UNAM/UNACH.
- Voorhies, Barbara, George H. Michels y George M. Riser (1991), “Una pesquería prehistórica de camarón en la costa sur de México”. En *Primer Foro de Arqueología de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas-Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 29-51.
- Vos, Jan (1988), *La paz de Dios y del rey: la conquista de la Selva Lacandona, 1525-1821*. México: Secretaría de Educación y Cultura de Chiapa/ Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max (2003), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Universidad de Puebla-Facultad de Derecho.
- Wittfogel, Karl A. ([1957]1959), *Oriental Despotism*. Estados Unidos, Yale University Press.
- Zea, Leopoldo (1969), *Características de la cultura nacional*. Mexico, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Zúñiga Zenteno, Magda Estrella (1998), “La elección del objeto amoroso. Primera aproximación”. En *Anuario 1997 Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas-CESMECA, pp. 385-409.

Documentos

**Sobre “Clases, colonialismo y aculturación.
Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas
en Mesoamérica”, de Rodolfo Stavenhagen (1963)**

En 1963, Rodolfo Stavenhagen publicó un texto en la revista *América Latina* (año 6, número 4, octubre-diciembre), del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, en Río de Janeiro, que llamó la atención de los antropólogos. El texto en cuestión se titula “Clases, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica” y pasó a ser uno de los más consultados en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado. En ese año, Rodolfo Stavenhagen fungía como secretario general del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales. Stavenhagen discutió su texto con Guillermo Bonfil, André Gunder Frank, Carlos Alberto de Medina y Roberto Cardoso. Eran los días en que se discutía con intensidad en torno a la teoría de la dependencia y en los que diversas versiones del marxismo dominaban las aulas de las universidades de América Latina. En México en particular, Guillermo Bonfil sostenía la importancia de las reivindicaciones culturales para entender el cambio social, mientras que Stavenhagen reivindicaba los análisis de clase social. El texto de este último critica los enfoques de los antropólogos del indigenismo y afines, aunque reconoce como innovadores los aportes de Gonzalo Aguirre Beltrán, sobre todo por el sentido de sus propuestas acerca de la integración regional. Propone un, para aquellos años, nuevo modo de enfocar la problemática de regiones como Los Altos de Chiapas, e introduce los factores de clase social y de conflicto que se derivan de los intereses divergentes y de la desigualdad social. Fue también un texto que relacionó en su análisis la situación chiapaneca con la de Guatemala. Por todo ello, y como una invitación para leer el texto de nuevo y discutirlo a la luz de los estudios y realidades actuales, a continuación transcribo breves párrafos del mismo. He suprimido las notas a pie de página y las citas bibliográficas. Uso la edición de 1968 publicada por el Seminario de Integración Social Guatemalteca, del Ministerio de Educación de Guatemala.

El propósito de este trabajo es el análisis de las relaciones interétnicas que caracterizan a las regiones interculturales de los Altos de Chiapas (México) y Guatemala. No pretendo aportar datos nuevos que sean desconocidos para los especialistas de la región. Mi objetivo es más modesto y más ambicioso a la vez. Mi propósito es el de reorganizar los datos conocidos en un esquema de interpretación que difiere de los esquemas comunes en la antropología y que me parece más fructífero para esclarecer algunos problemas históricos y estructurales en la formación de las sociedades nacionales en México y en Guatemala. En lo particular, opino que el marco conceptual que empleo —el

análisis de clases— es más adecuado para comprender las relaciones entre economía y sociedad que los marcos de referencia generalmente empleados por los investigadores. En el transcurso del ensayo emplearé algunos conceptos que no siempre son unívocos. Trataré, en cada caso, de especificar su significado. Pero no siempre será posible, y en tales casos los conceptos deberán ser tomados en su acepción más general o común. La bibliografía citada es meramente ilustrativa y no pretende, de ninguna manera, ser exhaustiva. Muchos de los hechos analizados son suficientemente conocidos para no requerir documentación que los fundamente. La inclusión de una región que abarca partes de México y Guatemala se justifica por las semejanzas culturales e históricas de la zona indígena de ambos lados de la frontera. Las diferencias políticas y económicas de los países —sobre todo en los últimos años— no parecen haber modificado radicalmente la calidad de las relaciones interétnicas, cuando menos al nivel de análisis en que se coloca este ensayo (pp. 7-8).

Indios y ladinos

En toda la zona y en casi todas las comunidades locales coexisten dos poblaciones, dos sociedades diferentes: los indios y los ladinos. Los antropólogos han abordado de diferentes formas el problema de las relaciones entre estas dos etnias. Pocos han sido, sin embargo, los que han intentado un análisis interpretativo en el marco de la sociedad global. En estas páginas me propongo contribuir con algunos elementos para este análisis (p. 9).

La importancia que los etnólogos han atribuido a los elementos culturales de las poblaciones indígenas ha disimulado durante mucho tiempo la naturaleza de las estructuras socioeconómicas en las que están integradas dichas poblaciones. Así, por ejemplo, Sol Tax, al avocarse al estudio de la economía indígena de Guatemala, escoge como objeto de estudio una comunidad en la que la tercera parte de la población no es indígena sino ladina. Sin embargo, Tax sólo describe la parte indígena y deja de lado a la población mestiza como si la economía de la comunidad no fuese un conjunto complejo e integrado. Y al tener que hablar de la inevitable interacción que existe entre el elemento ladino y el indígena, lo hace como si tratara de las relaciones exteriores de la sociedad indígena. Siverts emplea incluso el término “comercio exterior” al hablar de los cambios monetarios entre indios y ladinos.

Ciertos estudios etnológicos recientes y principalmente las necesidades de la acción indigenista en México han demostrado las debilidades de un enfoque basado exclusivamente en el análisis de factores culturales, que no toma en cuenta la evolución histórica. Eric Wolf ha declarado recientemente que “la calidad de indio no consiste en una lista discreta de rasgos sociales; se halla en la calidad de las

relaciones sociales encontradas en comunidades de cierto tipo y en la autoimagen de los individuos que se identifican con esas comunidades. La calidad de indio es también un proceso histórico distintivo, ya que estas comunidades tienen su origen en cierto momento, se fortalecen, decaen nuevamente y mantienen o pierden su solidez frente a los ataques o presiones de la sociedad global”. Ya no son pues, los *patterns* culturales los que cuentan para Wolf, sino la estructura de la comunidad, las relaciones que existen entre sus diferentes partes. La calidad de lo indio se encuentra en esas comunidades “corporativas” cerradas, cuyos miembros están ligados por ciertos derechos y obligaciones, que tienen formas de control social propias, jerarquías políticas y religiosas particulares. Según Wolf, esas unidades corporativas son el resultado de la política colonial española, y se han transformado y retransformado sucesivamente bajo el impacto de influencias externas. Wolf reconoce que estas unidades, que no están totalmente aisladas ni son completamente autosuficientes, participan de relaciones de poder económico y político. Las comunidades indias están relacionadas a las instituciones nacionales y tienen en su seno a grupos que están orientados hacia la comunidad y otros que lo están hacia la nación. Estos juegan el papel de intermediarios políticos entre las estructuras tradicionales y las estructuras nacionales (pp. 11-12).

La acción indigenista en México ha obligado a los etnólogos a replantear el problema en otros términos. Se pasó del marco de la comunidad indígena al de la región intercultural en que conviven indios y mestizos. Esta región está caracterizada por un centro urbano habitado principalmente por una población ladina y rodeado por comunidades indígenas que son sus satélites económicos y políticos. Este nuevo enfoque permite un mejor análisis de las estructuras socioeconómicas de la región y de las relaciones entre los grupos humanos que la habitan. A este nivel se habla ya no sólo de aculturación, sino de la integración del indio a la nación, que es justamente el objetivo declarado de la política indigenista. Empero, las relaciones ecológicas entre la urbe y sus satélites son sólo una parte del complejo sistema de relaciones sociales que caracteriza a esta zona. Los marcos teóricos que se han empleado hasta ahora en el estudio de estas relaciones han sido insuficientes para su cabal interpretación (pp. 12-13).

Rodolfo Stavenhagen (1963), “Clases, colonialismo y aculturación. Ensayo sobre un sistema de relaciones interétnicas en Mesoamérica”.
En *América Latina*, año 6, núm. 4, octubre-diciembre.

**Sobre *Religión y sociedad en el sureste de México*,
de Andrés Fábregas Puig *et al.* (1989)**

El siguiente texto es una transcripción de fragmentos de la presentación de la serie *Religión y sociedad en el sureste de México*. Los párrafos transcritos revelan el ámbito de las discusiones y el tipo de problemas que se abordaron en el grupo de investigación que desarrolló el proyecto. También, este texto transmite el enfoque y la opinión de un grupo de antropólogos, la mayoría reunidos en el CIESAS, acerca de los procesos de cambio religioso que se observaban en aquellos años. Es importante leer estos textos porque se emitieron opiniones equivocadas y ligeras acerca de intencionalidades políticas que impondrían un resultado prejuiciado. Al mismo tiempo, estos textos revelan la importancia del ámbito político, que en aquellos años estaba signado por una movilización generalizada en la búsqueda de cambios que garantizaran la soberanía a los Estados nacionales de América Latina y el Caribe, amén de mejorar los niveles de vida de la población.

La conversión de numerosos grupos de la población mexicana a las doctrinas y prácticas de una gran cantidad de sectas protestantes es un hecho de particular importancia en los cambios más recientes en los estados del sureste del país. Es en esta región en donde los procesos de cambio religioso se están llevando a cabo de manera no sólo múltiple y diversa sino también acelerada, tanto en la población urbana como en la rural, en la indígena y en la “ladina”. El estudio de las causas y efectos de estos movimientos sectarios es un problema de múltiples incidencias que requiere investigación científica, sistemática y continua, para conocerlo y estar así en situación de explicar, que no de juzgar apriorísticamente, un fenómeno de significación relevante, pues tal es la tarea de la ciencia y del científico social.

La problemática planteada llevó al CIESAS a la creación de un programa permanente de investigaciones sobre la religión y la sociedad en México, que funciona como el espacio de análisis y reflexión —urgente y necesario en el país— para alcanzar un mejor conocimiento de la realidad nacional, que permita la continuidad de los trabajos de campo que lleva a cabo la institución, y en el que puedan fundamentarse nuevos proyectos, se profundicen los temas que resulten más relevantes y se difundan los resultados de este conocimiento.

Dentro de ese marco de referencia se decidió estudiar la problemática del cambio religioso en el sureste del país, con tres proyectos iniciales que deberían de producir resultados en un plazo no mayor de 18 meses: a) el perfil de las sectas protestantes que actúan en el sureste de México y sociografía de su acción; b) historia de la penetración protestante en Chiapas, siglo XX; c) el estudio comparativo del proceso de conversión religiosa y sus efectos

en comunidades del sureste. Estos proyectos, una vez concluidos, permitirían fundamentar nuevas investigaciones para profundizar en los temas que resultaron ser más relevantes a partir de las conclusiones de la primera etapa. Razones de tiempo y de costo llevaron a la decisión de desarrollar el primero de los temas citados y abordar parcialmente el tercero, de cuyos resultados hoy rendimos cuenta.

La coordinación general del proyecto recayó en el antropólogo Leonel Durán Solís, director general del CIESAS, quien encabezó un comité técnico en el que participaron Luís Armando Haza, secretario general del CIESAS, el maestro Andrés Fábregas, director del CIESAS Sureste, en donde quedó ubicado institucionalmente el programa de investigaciones; el doctor Gilberto Giménez, investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, el doctor Carlos Guzmán Böckler, investigador del CIESAS, y, como asesor, el doctor Guillermo Bonfil.

Los resultados del proyecto *Religión y sociedad en el sureste de México* desarrollan un nuevo campo de investigación antropológica en México, abordando una problemática amplia y compleja. Así, es necesario concentrarse en un enfoque regional que sea capaz de explorar las transformaciones de la religiosidad, tanto en el campo como en las ciudades. Este enfoque debe ser profundizado con estudios minuciosos de caso de los principales grupos religiosos no católicos que actúan en el sureste de México. En el campo de la teoría antropológica los resultados de este proyecto exigen detallar las relaciones entre religión y organización social, entre religión y economía, educación, salud, política, etcétera, y entre religión y conflicto sin descuidar el análisis de la socialización religiosa. Es necesario ampliar el rango de los estudios de caso abarcando también a los sectores más prósperos de la población. A esto debe unirse el estudio de los diferentes movimientos contraculturativos provocados por la irrupción de los grupos no católicos y su expansión. Por último, es importante analizar la reacción de la Iglesia católica ante la difusión y aceptación de otros credos, así como el surgimiento de corrientes de alternativa religiosa dentro de la propia Iglesia, como el movimiento de renovación carismática, las comunidades eclesiales de base, los distintos grupos de la teología de la liberación, etcétera.

La investigación sobre *Religión y sociedad en el sureste de México* demuestra no sólo la existencia de transformaciones profundas en la religiosidad popular, sino en la composición de los grupos humanos que habitan en el sureste del país. Además, confirman —muy lejos de lo que los clásicos predijeron de la ciencia, la tecnología y la modernización— que no han eliminado el sentimiento religioso, al contrario, el avivamiento de éste en nuestros días parece constituir, precisamente, la contrapartida dialéctica de la tecnologización del mundo.

Por último, es importante señalar que el proyecto *Religión y sociedad en el sureste de México* (primera fase) fue desarrollado por el CIESAS con el patrocinio del Programa Cultural de las Fronteras (PCF) de la Secretaría de Educación Pública y del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE). A estas

instituciones nuestro agradecimiento, pues sin su apoyo no hubiera sido posible llevarlo a cabo en la extensión y tiempo determinados. Gracias a estas instituciones y a su interés manifiesto a lo largo del proyecto, se culminó el esfuerzo colectivo e interinstitucional y el logro de los quince productos citados. Pero, sobre todo, mi reconocimiento a los integrantes del Comité del proyecto y a cada uno de los investigadores participantes que lo hicieron posible.

Antropólogo Leonel Durán Solís

Andrés Fábregas Puig *et al.* (1989),
Religión y sociedad en el sureste de México.
México, CIESAS, t. II, pp. I-V.

“Notas de campo en recorrido por la Sierra de Mariscal”, de Andrés Fábregas Puig (2013)

En junio de 2013 llevé a cabo, entre otros, un recorrido por la Sierra de Mariscal, en específico, la zona del volcán de Tacaná, en la línea de frontera entre México y Guatemala. En ese recorrido fui acompañado del doctor Joaquín Peña Piña y el maestro Plinio Escobar Sandoval, ambos investigadores-docentes de la Universidad Intercultural de Chiapas, y del estudiante de esa institución Pedro Díaz, hablante de la lengua zoque. El propósito del recorrido era observar la situación de algunos de los poblados de la Sierra de Mariscal y, en mi caso, relacionar lo observado con procesos de cambio actuantes en Chiapas. Era fundamental la observación del factor religioso. En la Sierra Mariscal, la religión tiene una presencia de singular importancia y sigue existiendo la convivencia de diversos grupos evangélicos, tanto entre sí como con la Iglesia católica. Lo que a continuación transcribo es una parte de las notas de campo que escribí en esa ocasión.

Jueves, 6 de junio de 2013

El día que partimos hacia Motozintla, Plinio Escobar comentó su experiencia de trabajo en el Instituto Nacional Indigenista, institución en la que laboró varios años, en plena época del indigenismo mexicano. Todo un momento el que vivió Plinio Escobar en el Centro Coordinador de Mazapa de Madero, que justo cruzamos ya cayendo la noche. Cuando la sierra era aún visible, Plinio Escobar señaló un punto en las alturas de la montaña y dijo, apuntando hacia unas tímidas luces: “Es Hidalgo Tocanaque, la comunidad en donde nací, municipio de Motozintla”. Por cierto, el canaque es el árbol de la sierra, de hojas grandes, usadas para envolver tamales. Pero la conversación acerca del INI nos remontó a momentos particulares de la vida política en Chiapas, a los años previos al 1 de enero de 1994 y a la complicada trayectoria de la aplicación del indigenismo en el estado desde los días en que se fundó el Centro Coordinador en La Cabaña. Entramos a Motozintla, la ciudad cabecera del municipio, hacia las ocho de la noche y allí pernoctamos.

Viernes, 7 de junio de 2013

Desayunamos en el restaurante de doña Mari situado a poca distancia del centro de la ciudad. Durante el desayuno, la conversación giró en torno a las familias chinas y su presencia en Motozintla. En una servilleta, Plinio Escobar me anotó los apellidos de familias chinas que aún recuerda: Ley, Lee, Lio, Jan, Chang, Choy, Chong, Fus, Fong, Woo, Puog. Recordó un apellido japonés: Hyeda. La presencia china es aún notable en Motozintla a través de los restaurantes.

Al continuar el viaje hacia Niquivil pasamos el barrio de Linda Vista. Plinio Escobar señaló un conjunto de casas que son visibles desde la carretera que se dirige a Motozintla. “Son los milenios”, comenta Plinio, refiriéndose a una obra construida en 1998 que, como tantas otras, no sirvió de nada y está abandonada. Pasamos por la Rivera Morelos. Veo templos, uno es adventista y el otro, pentecostal. El siguiente poblado es Tuixcum Grande, aún en el municipio de Motozintla. Distingo el maíz sembrado en las laderas. Encinos, cipreses, pinos: el paisaje de la montaña. El aire es fresco y el cielo está despejado, aunque se nos advirtió que habrá nubarrones y lluvias por la tarde.

Llegamos a San Antonio Tuxum. Desde una suerte de mirador se observa la ciudad de Motozintla, con el gran canal para sacar las aguas y evitar las inundaciones, construido en donde antes estuvo la pista de aviación. Desde aquí es posible distinguir sin dificultad las veredas por las que se asciende a El Carrizal. Girando un tanto la vista a la derecha se observa la vereda que va al Pachanal.

Seguimos por la carretera que está en buen estado. Llegamos al barrio Allende. Aquí veo corrales con cerdos, el “cochi criollo”. También es notoria la explotación de la madera. En el kilómetro quince está la localidad de Nueva Granada y, justo aquí, el entronque Niquivil-Justo Sierra. Estamos en territorio mam. Motozintla es mochó. Mazapa de Madero, kakchiquel-teco.

Alcanzamos Buena Vista, un barrio de Niquivil, situado a unos dos mil metros sobre el nivel del mar. Es el municipio de Tapachula. Veo borregos, encinos y neblina. Una iglesia adventista. Aquí en Buena Vista se localiza el invernadero de rosas que se construyó con los recursos ganados por uno de los proyectos de la Universidad Intercultural cuando yo fungía como rector. Actualmente tiene plantados diez mil rosales y es un éxito comercial. Veo sembradíos de chilacayote, frijol y maíz. El siguiente poblado es Toninchiuan, lugar de cría de venados. Es un ejido. En la animada conversación que sostenemos el doctor Joaquín Peña Piña, Plinio Escobar y yo, ante los oídos de Pedro, el estudiante, surge el tema de la importancia de releer a Leo Weibel y Carl M. Helbig, los geógrafos alemanes que escribieron sobre Chiapas, y particularmente sobre el territorio que recorremos.

Finalmente llegamos a Niquivil. Aquí está el expendio de pan, famoso en la Sierra de Mariscal, llamado “Las Semitas de Don Cleofas”. El trigo aún se siembra en el poblado de Aquiles Serdán. En Niquivil estamos a 2700 metros sobre el nivel del mar. Al final de la calle principal está la mojonera que marca los linderos entre México y Guatemala. Del “otro lado” está el poblado de Chehuaté, al que pasamos sin ningún problema, como si continuáramos en la calle principal de Niquivil. Siguiendo una terracería que parte de Chehuaté, se llega al poblado de Tacaná, Guatemala, un importante centro comercial regional transfronterizo.

Seguimos hacia Pavencul por la terracería de El Carrizal. Pasamos el Puente Agapito y luego el Puente Sixto para llegar al barrio llamado Los Molinos, que pertenece a Pavencul. Hay una considerable concentración religiosa de alguno

de los cultos no católicos. Seguimos hacia el barrio El Carrizal que está situado en el kilómetro 48. De aquí parte un camino que llega hasta Tapachula. Toma dos horas llegar a esta última ciudad por este camino. Seguimos.

Llegamos a Bijahual. La bijahua es una hoja con la que envuelven los quesos. Veo una iglesia adventista. Pasamos Bijahual y finalmente llegamos a Pavencul.

Pavencul está situado en la plena sierra, poblado a las faldas del Tacaná, perteneciente al municipio de Tapachula. Existe una carretera pavimentada a medias que une ambas poblaciones. De hecho, existe una interrelación entre la sierra y la costa que revela, por ejemplo, la frecuencia de matrimonios entre personas procedentes de una u otra región.

Son las 19:35 del 6 de junio de 2013. Ya estamos instalados en la casa de la regidora del ayuntamiento de Tapachula —que profesa un credo evangélico— en la que nos hospedamos. La mencionada regidora, se nos dice, viene en camino. La lluvia empieza a caer a raudales. El sonido de los techos de lámina es ensordecedor. La lluvia, que de verdad es torrencial, perturba la señal de televisión, por lo que no podemos observar el juego de fútbol entre la selección nacional y la de Panamá, válido para la clasificación al mundial de fútbol de Brasil. La electricidad nos abandona. La oscuridad se rompe con la luz de las candelas y de las lámparas de petróleo. Tengo la sensación de haber regresado al pasado, pero es el presente de estos poblados serranos. El ruido ensordecedor de la lluvia al golpear las láminas del techo impide la conversación. Después de aproximadamente una hora, la lluvia torrencial se aleja y permite que salgamos, con el fresco de la noche y el olor a tierra mojada, a caminar por el poblado en la penumbra. Las gentes que encontramos al paso saludan y comentan que no fue posible ver el juego de fútbol, además de que nadie sabe cuándo será restaurada la electricidad. Durante la caminata nocturna por las calles de Pavencul, comprobamos que nadie tiene electricidad y que, si acaso, una rudimentaria estación casera permite que algunos hogares estén iluminados por un par de focos. Regresamos a dormir y esperar la mañana para establecer el plan de recorrido siguiente.

Sobre “Etnodesarrollo”, de Guillermo Bonfil (1988)

El 2 de marzo de 1988, a tres años de la fundación del CIESAS-Sureste, se celebró una reunión en Chetumal, Quintana Roo, con el candidato del Partido Revolucionario Institucional a la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari. El tema de dicha reunión fue la frontera sur de México, y reunió a políticos y académicos que expresaron diversos puntos de vista. La coordinación de la reunión estuvo a cargo de Dulce María Sauri Riancho y fue presidida por el propio candidato Carlos Salinas de Gortari y por quien fungía como presidente del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI (IEPES), Enrique González Pedrero. Uno de los ponentes en dicha reunión fue Guillermo Bonfil, quien leyó un texto donde proponía el enfoque del etnodesarrollo como propicio para detonar el desarrollo de la frontera sur y avanzar en la solución de los graves problemas de pobreza y desigualdad que esta región presentaba. El texto de Bonfil ilustra también una parte del ambiente intelectual que primaba en aquellos momentos, sobre todo respecto a los antropólogos y, aunque no lo explicita, de hecho discute con Rodolfo Stavenhagen y su punto de vista expuesto en el texto *Clases, colonialismo y aculturación* (1963). Por estas razones, transcribo algunos párrafos del texto leído por Guillermo Bonfil en aquella ocasión. Dicho texto se titula “Etnodesarrollo” y está publicado en *Diálogo Nacional. Revista de la Consulta Popular*. México, Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI, 10 de marzo de 1988, pp. 23-25.

Si en toda su extensión México es un país multiétnico y pluricultural, la región sureste que comprende la frontera sur presenta con mayor intensidad aún el abigarrado panorama de pueblos, lenguas y culturas diferentes; aquí, en un recorrido de pocos kilómetros, se pueden observar los más sorprendentes contrastes de geografías, estilos de vida, costumbres, maneras de expresión, que son resultado de una antigua y compleja historia. Hay también, junto con la diversidad, una dramática desigualdad que se manifiesta en los niveles de vida y en las oportunidades que tienen los distintos sectores de la población.

En diversas ocasiones se ha pretendido atribuir la desigualdad a la diversidad cultural, y los planes para el desarrollo de la región han puesto con frecuencia mayor énfasis en sustituir la diversidad de culturas con una cultura uniforme e impuesta desde arriba, que en atacar las verdaderas causas de la desigualdad. Esa manera errónea de entender el problema está cambiando en la actualidad, y se abren nuevos retos y nuevas perspectivas al concebir el desarrollo en términos diferentes. Una de las propuestas que resultan más promisorias para una región culturalmente diversificada como la frontera sur es la que se ha dado en denominar el etnodesarrollo.

Dicho en pocas palabras, la esencia del etnodesarrollo consiste en afirmar que todas las culturas contienen un proyecto de avance social propio que es legítimo; y contienen, igualmente, los recursos culturales necesarios para fundamentar sobre ellos ese proceso particular de desarrollo. En vez de pretender sustituir las culturas vivas con una cultura ajena, con lo que se ignora y no se aprovecha —sino que se destruye— ese potencial cultural creado generación tras generación, la propuesta del etnodesarrollo sostiene que se deben generar las condiciones para que cada pueblo o cada comunidad que posee una cultura distintiva pueda ampliar, a partir de ella, el repertorio de sus recursos culturales disponibles (llámense estos: conocimientos, habilidades, formas de organización, elementos materiales, o cualesquiera otros) y aumentar y diversificar, al mismo tiempo, su capacidad interna de decisión para conducir sus propios proyectos de desarrollo, no sólo económicos sino sociales y, más ampliamente, culturales (p. 23).

Guillermo Bonfil Batalla (1988), “Etnodesarrollo”.
En *Diálogo Nacional. Revista de la Consulta Popular*,
10 de marzo, pp. 23-25.

Sobre “El Caribe como región”, de Johanna von Grafenstein (1992)

Al finalizar la década de los ochenta e iniciarse la de los noventa, la discusión sobre la regionalización de la frontera sur, y lo que ese término abarcaba, continuó animando las discusiones en el grupo de antropólogos que trabajábamos en el Instituto Chiapaneco de Cultura. Pero esa discusión se amplió al ámbito del Programa Cultural de las Fronteras que estudiaba el sur-sureste de México, con la propuesta de incluir el Caribe como parte del ámbito fronterizo. En 1988, en Cancún, Quintana Roo, el presidente Miguel de la Madrid Hurtado, junto con el subsecretario de cultura de la Secretaría de Educación Pública, Martín Reyes Vayssade, y el gobernador de aquel estado, Miguel Borge Martín, inauguró el Primer Festival Internacional de Cultura del Caribe que se realizó anualmente hasta 2001. En ese contexto, los académicos avanzaron en la discusión de una definición de la región caribeña. El 14 de septiembre de 1992 se fundó la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), integrada por una amplia gama de académicos estudiosos del área. El primer comité ejecutivo de la AMEC estaba integrado por: Pablo A. Mariñez, presidente; Alfredo César Dachary, secretario; Juan M. de la Serna, tesorero, y, como vocales, Yolanda Juárez Hernández, Johanna Von Grafenstein, Adalberto Santana y Carlos Bojórquez. Así lo consigna la revista *Cultura Sur* en la página 46 de su número 22, correspondiente al último bimestre de 1992. Por cierto, en este mismo número de *Cultura Sur*, en la página 47, se informaba que el 1 de octubre de 1992, Jan de Vos, investigador titular en el CIESAS-Sureste, recibió en Villahermosa, Tabasco, la presea “Juchimán de Plata” en el área de las artes y las letras, reconocimiento que cada año otorgan la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y la Fundación Cultural “Juchimán” a una persona que se ha destacado en el campo mencionado.

En la discusión acerca de la frontera sur en general, jugó un papel destacado la revista *Cultura Sur*, que dirigiera el poeta chiapaneco Óscar Oliva, editada con el concurso de los institutos de cultura de los estados del sur-sureste de México y del Programa Cultural de las Fronteras. Los textos que esa publicación periódica contiene son hoy una rica e importante fuente de documentación para comprender situaciones contemporáneas. Más aún, se torna indispensable examinar las sucesivas ediciones de esa revista para conocer los hilos de una discusión que llega hasta nuestros días, acerca de la definición misma del concepto de frontera sur y cómo la impronta académica del Instituto Chiapaneco de Cultura influyó en los diferentes organismos que difundían la cultura en el sur-sureste de México.

A continuación se reproducen párrafos del texto de Johanna Von Grafenstein Gareis, en el que discute el concepto del Caribe como región. El texto es una excelente ilustración del sentido de las discusiones en aquellos

años e ilustra un momento en el que la definición del concepto de frontera sur estaba en ciernes.

El Caribe como región

Sin embargo, dentro de una comprensión general del Caribe como región, existen definiciones específicas que corresponden a los objetivos de los estudios particulares. La primera se concentra en el Caribe Insular, pero da pie a algunas variantes: una serie de trabajos, provenientes sobre todo de Gran Bretaña, se restringen al Caribe de habla inglesa, a los West Indies, como antigua entidad colonial de la Gran Bretaña y que aún hoy, después de la independencia de la mayoría de las islas, tiene gran unidad a través del legado de estructuras político-administrativas y culturales de la antigua metrópoli, y que además ha encontrado una forma de integración importante a través de la Comunidad del Caribe (CARICOM).

La definición de mayor aceptación —la más clásica quizá, dentro de esta primera concepción del Caribe insular— incluye a todas las Antillas, además de los “enclaves insulares” en el subcontinente sudamericano (Surinam, la Guyana y la Guyana Francesa) y Belice en territorio centroamericano. Acerca de la inclusión de las Bahamas en este mundo insular caribeño, hay cierta discrepancia entre algunos autores. Juan Bosch, por ejemplo, en su historia general del Caribe, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, las excluye expresamente, no tanto porque desde el punto de vista geográfico no pertenezcan al mar Caribe, sino porque en su desarrollo histórico se distinguen de las demás.

Una segunda definición se refiere a la cuenca formada por el arco de las Antillas, las costas centroamericanas, las de Venezuela y Colombia y el litoral este de Yucatán. Encontramos esta definición en estudios geográficos sobre la zona, ya que el criterio de considerar las islas y los litorales del mar Caribe le subyace. Pero también trabajos enfocados a su desarrollo histórico, como el de Juan Bosch, lo adoptan.

Una tercera concepción del Caribe lo entiende como un amplio contexto y campo para estudios comparativos que va del norte de Brasil al sur de los Estados Unidos. Esta definición se basa en que toda esta área comparte ciertas condiciones: “La expansión de Europa en el Nuevo Mundo; patrones comunes de conquista, colonización, peonaje y esclavitud y el desarrollo de sociedades multirraciales y multiculturales”. Esta concepción de la región del Caribe, que va desde Virginia hasta el norte de Brasil, e incluye las islas, las costas del Golfo de México y del mar Caribe es útil, fundamentalmente, en los estudios de las sociedades de plantación. Esta “América Oriental o Atlántica”, constituye, en opinión de muchos, un microcosmos, un “verdadero laboratorio de estudios americanos donde los trabajos comparativos son particularmente cómodos”. Existe un amplio consenso entre los estudios del área acerca de que la realidad sociopolítica y étnica actual del Caribe fue profundamente marcada por la economía de plantación.

Por otra parte, una combinación de la segunda y tercera definiciones (el mundo isleño, así como los litorales del mar Caribe y del Golfo de México, pero sin recurrir, en toda su amplitud, al concepto del Caribe como área sociocultural que subyace a la tercera acepción) nos parece importante para estudiar el área desde el punto de vista geopolítico a lo largo de tres siglos de colonialismo europeo.

Las alusiones a algunos momentos claves de su trayectoria, a través de cuatro siglos, dejan vislumbrar que es la historia, finalmente, la que da contenido a las definiciones producto de criterios geográficos. Es decir, la geografía constituye, sin duda, un elemento importante, pero la explicación de la mayoría de las características de la zona reside en su pasado; un pasado marcado en su esencia por más de 400 años de colonialismo. Esta antigüedad como zona colonial distingue el Caribe de otras áreas del mundo que han conocido la dominación de una metrópoli externa y le imprime su sello específico; este largo pasado colonial es también responsable de la complejidad de su estructura étnica, lingüística, política.

Johanna von Grafensten (1992), “El Caribe como región”.
En *Cultura Sur*, año 4, vol. 4, núm. 22, noviembre-diciembre, pp. 5-7.

Palabras finales de Joaquín Gutiérrez en el Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica

Joaquín Gutiérrez, el finado escritor de Costa Rica, autor de la primera novela que denunció las atrocidades de la United Fruit Company —Mamá United— en Centroamérica (Murámonos Federico, San José: Editorial Costa Rica, 1974), corresponsal de guerra en Vietnam, caminante junto con Ho Chin Min por los senderos que aquel pueblo trazó en pro de labrar su propio destino, pronunció en el Teatro Emilio Rabasa el discurso con el que se cerró el Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. Por la importancia del texto, que además transmite el ambiente intelectual y las expectativas de aquellos años, lo transcribo íntegro.

Palabras finales

Durante esta semana, que será impercedera en nuestra memoria, este espléndido teatro se llenó de palabras, multicolores y vibrantes palabras cargadas de ricos significados.

Poetas, politólogos, sociólogos, economistas, nos han enriquecido y, lo que creo más importante, nos han vuelto una vez más palpable la sorprendente unidad de los sueños y aspiraciones de nosotros los centroamericanos, y nuestros generosos huéspedes en este hermoso estado de Chiapas.

Y nos han vuelto una vez más palpable la realidad de que no sólo compartimos el mismo idioma y el mismo destino, sino que deberemos enfrentar la problemática de los decenios venideros, cada vez más unidos y solidarios.

Nuestros países centroamericanos, como hoy ampliaría su concepto Roque Dalton, somos pulgarcitos que tendrán que enfrentar en un futuro próximo serias amenazas *a su mismo destino como naciones*. En efecto, sólo con dar una ojeada al mundo actual, vemos cómo están surgiendo grandes conglomerados de naciones o pueblos, impulsados a hacerlo por la feroz competencia económica y por esa revolución científico-técnica que echó a andar con su propia mecánica; que no sabemos cuándo se irá a detener y cuya marcha se vuelve cada día más vertiginosa.

Entre esos grandes conglomerados de naciones o regiones geográficas tenemos a Europa, la nueva Europa; tenemos al Japón y su creciente y casi monopólica influencia en todo el sureste de Asia y parte de Oceanía; tenemos a dos gigantes: China con sus 1,200,000,000 de habitantes, una quinta parte de la humanidad; y la India, con sus 700,000,000 y un desarrollo en todos los órdenes impetuoso y, en fin, en nuestro continente, tenemos a Estados Unidos, en vías de absorber a Canadá, con pretensiones, como siempre, de extenderse hacia el sur, además, con la exhibición en todos los televisores del

mundo de sus avances en la tecnología de masacrar a multitudes armadas o desarmadas pero todas, ante ese poderío, prácticamente inermes.

No es entonces gratuito el temor por nuestra misma supervivencia nacional que debemos tener los pulgarcitos, conforme se acerca el milenio al que ya le estamos tocando la puerta.

Algo entonces debemos hacer antes de que sea tarde. Pecar después de improvisaciones sería fatal.

Por lo anterior es pronto para adjudicar trascendencia a este encuentro: creo que ha sido más que un simple encuentro de intelectuales.

A nosotros, centroamericanos, que limitamos al sur con los Marines del Canal de Panamá nos queda la sola posibilidad de mirar hacia el norte, hacia el hermano grande y generoso. Mirándolo nuestra angustia se alivia. Porque no hay en el mundo de hoy otro país al que podamos volver los ojos con mayor confianza que México.

Estrechar nuestros destinos con México sería entonces la mejor y casi única manera de poder enfrentar el difícil desafío que nos espera en el siglo venidero a los pulgarcitos.

Todo esto por ventura lo emprenden, como lo prueba este encuentro, nuestros hermanos de Chiapas, como así mismo lo prueba la acertada y clarividente visión de la realidad contemporánea que nos ofreció en su discurso el señor gobernador del estado al insistir en la imprescindible necesidad de vincular nuestras economías y destinos más estrechamente.

Hago votos entonces y creo interpretar así a todos los compañeros delegados porque las relaciones de toda índole entre nuestros países con México, y en particular con este hermoso estado de Chiapas, *que ya nos sobornó el corazón*, se estreche más y más y que multipliquen los intercambios tan fructíferos como este.

Y hago votos porque a cada uno de ustedes, hermanos y amigos de Chiapas y Centroamérica, se les cumplan personalmente todas sus aspiraciones y sueños.

¡Muchas gracias!”

Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica.
Vol. 3: Movimientos Sociales. Tuxtla Gutiérrez:
Gobierno del estado de Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura,
1993: 211-212.)

Palabras de bienvenida de Petrona de la Cruz Cruz en el Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica (1992)

A continuación transcribo las palabras de bienvenida al Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica pronunciadas por Petrona de la Cruz Cruz, que pertenece a un grupo de escritoras y dramaturgas indígenas que creció literariamente con los apoyos del Instituto Chiapaneco de Cultura a través del Departamento de Culturas Étnicas y quien, junto con otras escritoras que se venían formando en aquellos años, tuvo importantes participaciones en congresos nacionales e internacionales. Recibió un homenaje y reconocimiento a su obra durante el IV Festival de Teatro Independiente en Tuxtla Gutiérrez, el 24 de agosto de 2013.

Señoras y señores intelectuales de Chiapas y de Centroamérica: al darles la más cordial bienvenida a esta hermosa ciudad de San Cristóbal de Las Casas, quiero decirles que yo, por mi parte, me siento muy contenta y agradecida de estar con ustedes y tener la oportunidad de hablarles en nombre de mis compañeros tzotziles, tzeltales, tojolabales, lacandones, zoques, mochós, mames, kakchiqueles, choles, jacaltecos, chujes y kanjobales, en nombre de los escritores y artistas, en nombre de las autoridades culturales e intelectuales de Chiapas y de su gobierno, que van a estar muy pendientes e interesados de lo que se diga y se haga en esta segunda reunión de pensadores, historiadores, escritores y artistas que se ocupan de analizar, de plantear nuestros problemas comunes y de buscarles soluciones.

Para nosotros los mayas y zoques de Chiapas este encuentro tiene especial importancia, sobre todo en un año en que se cumplen 500 años de haber sido conquistados, colonizados, esclavizados y mantenidos al margen de la cultura y el desarrollo. Estaremos pendientes de lo que ustedes digan de nosotros. Los países que aquí se encuentran representados comparten con Chiapas tanto la riqueza cultural como los problemas de los pueblos indígenas, pueblos que en el pasado levantaron grandiosas civilizaciones y que aún ahora, aunque se han logrado importantes avances sociales, se encuentran injustamente atrasados y discriminados por la cultura dominante, pues tal pareciera que, a pesar de las buenas intenciones y esfuerzos de nuestros países como México, los cambios de fondo a nuestro favor no se cristalizan sino con grandes dificultades debido a hábitos, muchas veces inconscientes, de mantener esos tipos de relaciones practicadas por 500 años. Como mujer indígena, me siento muy conmovida,

porque veo que ya es posible que las mujeres de nuestros pueblos puedan participar en la vida cultural del estado y de la patria, juntar sus pensamientos y buscar una vida mejor para nuestros hijos y nuestros descendientes.

Aquí podremos intercambiar ideas, conocimientos, proponer soluciones, con toda libertad y considerándonos como iguales, como pueblos hermanos que somos. Nos daremos la mano y trabajaremos unidos buscando llegar al día de mañana con un futuro mejor para nuestras naciones y nuestros pueblos, porque cada uno de ustedes tiene la capacidad, un pensamiento, sea escrito, dibujado, actuado, o por medio de la música, la poesía, del tejido, del arte, que son grandes aportes para mejorar la vida de todos nosotros.

Esta antigua ciudad, Jovel, “La de las altas hierbas”, que fue la cuna de nuestros padres-madres ancestrales, llamada ahora San Cristóbal de Las Casas como recuerdo del primer Obispo de Chiapas que pidió justicia e igualdad para los indios, se llena de alegría, al igual que los pueblos tzeltales y tzotziles que la rodean, de que ustedes, señoras y señores, intelectuales de Chiapas y Centroamérica se reúnan por segunda ocasión para intercambiar sus capacidades y reforzar las esperanzas comunes de nuestros pueblos. En estos siete días podremos conocernos y entendernos todavía más, mejorando con este acercamiento la hermandad de nuestras culturas y costumbres. ¡Sean pues bienvenidos, y reciban el abrazo de todos los mexicanos y chiapanecos!”

Petrona de la Cruz Cruz, *Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. 3 al 7 de mayo de 1992.*
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México:
Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992: 15-16.

Saludo de Pedro A. Escalante Arce en el Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica (1992)

Se transcribe a continuación el saludo que, en nombre de las delegaciones, pronunciara el historiador salvadoreño Pedro A. Escalante Arce.

Distinguidas autoridades políticas y culturales del estado de Chiapas.

Compañeros de las delegaciones de Centroamérica.

Señores y señoras, amigos todos.

Para quienes tuvimos tan grata oportunidad de asistir al Primer Encuentro del año pasado, Tuxtla fue una experiencia inolvidable. El conocernos mejor, convivir y compartir inquietudes, conocimientos e ilusiones, es algo que excede su peso en oro.

Aquí estamos de nuevo en Chiapas viejos compañeros y nuevos amigos que esperan, también ellos, la experiencia estupenda que tanto hemos ponderado. San Cristóbal de Las Casas será tan fructífero como lo fue Tuxtla, sino mejor.

En México se hacían bien las cosas, tanto más en Chiapas, y queremos expresar el profundo agradecimiento de los centroamericanos por esta nueva oportunidad de sentirnos en tierras chiapanecas tan a gusto y contentos como en nuestra propia casa.

Este 1992 no es un año como cualquier otro; 1992 es para hurgar la historia, para desentrañar el pasado, comprender el presente y explorar el futuro; es para establecer nuestra identidad y estar muy cerca como centroamericanos y como iberoamericanos.

Este año es como para desgranar nuestra común alma barroca hecha de tristezas y triunfos, de angustia y esperanza; 1992 es para ya no dejar que nos persiga el flato ancestral de vencidos y vencedores, y ser nosotros mismos, con todo orgullo y envidia y con el optimismo y seguridad de un mundo mejor, más justo y solidario.

Los salvadoreños conocemos bien lo que todo ello significa, pues para nosotros 1992 es también el año de la paz, una paz que costó mucho y por eso apreciamos tanto.

Y es con la alegría y la confianza de un nuevo El Salvador, hecho de reconciliación y esfuerzo, que estamos en esta querida Chiapas y somos portadores del cariño de un pueblo noble, esforzado y estoico que de todo corazón quiere dar lo mejor de sí a todos sus hermanos.

Con toda satisfacción en nombre de todas las delegaciones de Centroamérica, gracias por este recibimiento, gracias por todo lo bueno que nos deparan estos días, y un abrazo afectuoso en el marco incomparable de Ciudad Real, corazón sentimental de Chiapas y tesoro de México.

Pedro A. Escalante Arce, *Segundo Encuentro de Intelectuales
Chiapas-Centroamérica. 3 al 7 de Mayo de 1992.*
San Cristóbal de Las Casas. México:
Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992, p. 16.

Relatoría de Sophia Pincemin en el Quinto Foro de Arqueología de Chiapas (1996)

Dada la certera escritura de Sophia Pincemin, transcribo íntegra la relatoría que elaboró para cerrar el Quinto Foro de Arqueología de Chiapas:

La rueda de los katunes gira sin fin. Un ciclo termina. Otro empieza. Hace cinco años se inauguró la serie de Foros de Arqueología de Chiapas en el foro cultural de Tuxtla Gutiérrez. Cada año rondamos por el estado en un círculo geográfico que siguió un círculo cronológico. Tuxtla, San Cristóbal y Comitán vieron venir investigadores que nos hicieron partícipes de sus trabajos sobre los primeros habitantes en el estado, los Mayas y Olmecas tempranos, la transición al Estado y el periodo Clásico. Hoy culminamos aquí, en el locus chiapaneco, en la Chiapa de los Indios, en una reunión de arqueólogos, arquitectos, ingenieros, literatos, poetas o simplemente amantes de sus raíces.

Los arqueólogos hablaron del periodo Postclásico en Chiapas, de las últimas excavaciones realizadas en Tenam Puente, Hun Chavín, Los Cimientos, El Limonal, la Cuenca Superior del río Grijalva o la Costa del Soconusco. Del vecino estado de Campeche nos presentaron la leyenda de dos ciudades, Ah Kin Pech y Acanmul. Se describió estructuras piramidales, juegos de pelota o simples unidades habitacionales, así como cerámicas domésticas y ceremoniales, a la par que se recorrió valles, ciénagas, mar y montañas en la búsqueda de nuevos indicios para entender mejor este periodo hasta hace poco considerado como “decadente” y sin gran interés frente al Clásico, pero hoy sujeto a una revisión completa de sus delimitaciones temporales, espaciales, políticas y culturales.

Arqueología, historia y literatura se mezclaron en ocasiones para darnos a conocer datos sobre el territorio y la capital de los antiguos chiapanecos, así como los rumores que se filtran en las aguas chiapanecas para fluir en las majestuosas corrientes del Río Grande. Puros cuentos, a la vez que documentos etnohistóricos.

Literatura y arquitectura, arquitectura-poema y textos formalmente diseñados hablaron en Comitán mientras el estudio del campo semántico sobre el derecho, sacado de un Arte de la Lengua Zoque, nos adentró en la estructura de la ley y la justicia.

Los arquitectos aportaron su piedra al edificio cultural en construcción, quien en Comitán, quien en Chiapa de Corzo, quien en Tecpatán. Se comparó la arquitectura antigua y moderna, conventos, capillas, iglesias y arquitectura menor, huellas del pasado en las construcciones de hoy. Un recuerdo de la arquitectura colonial en fotografías ya color sepia y en notas de campo de los setenta contrastaron con la nueva tecnología a todo color para registrar

monumentos y estructuras antiguas como el Palacio de Santa Rosa Xtampak y recrearlos tridimensionalmente.

Todos, sin embargo, coincidieron en que todos estos rescates, estos trabajos de investigación, este gran esfuerzo de individuos e instituciones, para nada servirán si el pueblo cuyas raíces yacen allí y si las autoridades que los rigen no son conscientes de la importancia de preservar, estudiar y difundir los antiguos vestigios. Ellos son nuestra cultura, nuestras raíces, nuestra vida y sin ellos somos muertos vivos. La necesidad de una reglamentación real para el urbanismo en las ciudades de Chiapa de Corzo, San Cristóbal y Comitán se hace cada vez más imperiosa. La concientización de las comunidades acerca de los vestigios encontrados en su territorio es una prioridad. Por eso, esperemos que el esfuerzo de reunir a investigadores y público para discutir sobre los avances en arqueología, en antropología o en arquitectura colonial, y el esfuerzo, todavía más grande aún, de difundir estas investigaciones, no quede sujeto a fluctuaciones políticas o sociales.

Un ciclo termina, otro empieza y la rueda de los katunes gira sin fin.

Sophia Pincemin Deliberos (1996), “Relatoría general”.

En *Quinto Foro de Arqueología de Chiapas*.

Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/DIF-Chiapas
CEFIDIC/Instituto Chiapaneco de Cultura, pp. 199-200

Palabras de Carlos Salinas de Gortari durante la Reunión Cumbre de Presidentes México-Centroamérica (1991)

El siguiente extracto del discurso del presidente de México ante los jefes de Estado de Centroamérica, pronunciado el 10 de enero de 1991 en Tuxtla Gutiérrez, transmite la importancia que se otorgó a la Reunión Cumbre y el lugar destacado que el estado de Chiapas adquirió, despertando expectativas políticas en torno a la sucesión presidencial y el Gobernador chiapaneco.

Después de dirigirse a los presidentes centroamericanos y a los representantes de las instancias internacionales asistentes a la reunión, Salinas de Gortari continuó:

Señor Gobernador del Estado de Chiapas;

Autoridades locales;

Distinguidos invitados;

Amigos Chiapanecos:

En nombre del pueblo y del gobierno de México extendiendo a ustedes una bienvenida fraternal y cordial. Su presencia en esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez nos halaga y nos honra.

Chiapas, estado fronterizo y puente de cruces e intercambios con los países del Istmo, es hoy también puerta generosa de entendimientos mutuos, de avance en común. Damos ahora prueba del ánimo que nos asiste para generalizar la paz, alentar la democracia y reavivar el desarrollo de la región.

La gran transformación mundial exige respuestas decisivas de cada nación, una que escuche la voz íntima de sus pueblos, que asegure la capacidad de competir por los mercados, las tecnologías, por un papel activo en la nueva configuración global. La cooperación para el desarrollo es no sólo un principio de la acción exterior de México y de América Latina; es una necesidad para asegurar la viabilidad futura de las naciones. Nuestros países que comparten además de la vecindad geográfica, una comunidad lingüística y cultural, histórica y de valores y tradiciones, que pueden enfrentar unidos, con mayor vigor, las nuevas realidades mundiales, aprovechar sus oportunidades y anticiparse a sus retos.

México está íntimamente enlazado con los países de América Central... México reconoce los grandes beneficios que hemos recibido de la imaginación y el talento de los centroamericanos.

Compartimos el orgullo de nuestras culturas y una amistad arraigada en la historia. Podemos fortalecer los cimientos inmensos que se han construido y cumplirle a las esperanzas de nuestros compatriotas. Por eso, la identidad cultural que nos hermana es el más firme y duradero sustento de una amplia integración. Es este ámbito de las aspiraciones culturales y diversidad artística,

donde los intercambios pueden arrojar luz en el camino de la complementación y la unidad y asegurar una mayor presencia centroamericana en México y de mexicanos en Centroamérica.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Nuestro Alfonso Reyes, hombre con hondas raíces familiares en Centroamérica, percibió el sentido de urgencia de la unión, que hoy quisiera transmitirles. Decía, y cito: “No hay tiempo de preguntarnos si ya estamos maduros para recoger la herencia de una cultura y transportarla definitivamente a nuestros cauces para así, salvando la herencia, salvarnos de paso a nosotros mismos”.

Hoy es tiempo de fortalecer nuestra identidad: Hoy es tiempo de un país sustantivo para fundar la nueva relación entre nuestros países, para intercambiar, sumar voluntades y abrir así un futuro más prometedor a nuestros pueblos”.

Reunión Cumbre de Presidentes México-Centroamérica,
Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas, 1991: 17-22.

“Presentación” en el Anuario 1994 del CESMECA

Transcribo la “Presentación” del *Anuario 1994* del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, el primero que se editó bajo ese pie de imprenta, por la importancia que reviste como un documento que explica y transmite los objetivos que se planteaban y cómo la fundación del CESMECA formó parte de ese proceso de institucionalización de la antropología académica en Chiapas.

El Anuario 1994 inicia una nueva época en lo que se refiere a su propuesta y a sus propósitos. Culmina un tiempo y se abre otro, ojalá que novedoso. Culmina el período de su existencia como órgano del que fuera Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación dentro de una institución de difusión cultural: el Instituto Chiapaneco de Cultura. En cuanto tal, alcanzó cinco entregas, a cual más importante por el valor académico y documental de su composición. No escasa fue en ellos la participación de científicos sociales de los diferentes centros de investigación asentados en el estado, así como de destacados especialistas nacionales. La difusión alcanzada por los materiales de los Anuarios, su citabilidad en estudios ex céntricos sobre Chiapas, la continua solicitud de que somos objeto para enviar ejemplares a bibliotecas especializadas, nacionales y extranjeras, hacen notar la benéfica presencia de los mismos y estimulan su continuidad. De alguna manera los Anuarios han sido parte del debate antropológico, económico e histórico del Chiapas actual, antes de la moda chiapanecóloga propiciada por el alzamiento de enero de 1994, con frecuencia al margen de la misma y con frecuencia en tratamientos de hondura y peso aunque también de difusión.

El presente año de 1995 fue propicio para la educación superior en la entidad al crearse la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas. Semejante hecho, que retoma una tradición académica y cultural de medio siglo, pretende, entre otros objetivos, retomar la aspiración de excelencia y de humanismo de sus antecesores, en la construcción de las ciencias, del arte, del hombre y de la sociedad en Chiapas. El hecho afortunado de ser ahora una Universidad relaciona de inmediato con la educación superior del país y con las universidades nacionales y extranjeras, universos los tres con los que ya se ha iniciado un proceso de comunicación y de intercambio.

Dentro del ámbito de la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas cobra cuerpo el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, propulsor ahora del Anuario 1994. Este nuevo número del Anuario reúne trabajos necesarios para el debate y esclarecimiento de las temáticas del Chiapas actual. Pensar las rutas de la antropología, por ejemplo, en sus posibilidades inéditas; pensar el sentido de comunidad, tan preciada para el discurso, pero revisada aquí en las formas de su desarrollo conceptual

desde las ciencias sociales, la “invención” de la comunidad; pensar la selva no desde imaginarios o aspiraciones sino desde la construcción de unas notas etnográficas sustentadas en investigación de campo; pensar los problemas de la construcción de identidades, de prácticas religiosas, políticas y simbólicas; pensar la economía y las expresiones residuales de culturas ya extintas aunque sobrevivas. El Anuario 1994 guarda equilibrada calidad, de principio a fin. Es muestra del trabajo dedicado de un número de estudiosos asentados en la localidad. Estamos seguros de la acogida que tendrá y de su trascendencia.

El Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica abre sus preocupaciones y universo hacia el sureste de México y hacia la región centroamericana, regiones las dos con las cuales ya ha existido relación anterior. Son ambiciosos los propósitos del Centro aun cuando la concreción de los mismos deba de ser gradual y de mediano y largo plazos. No obstante lo anterior, es propósito desde este momento acoger en la próxima entrega de nuestro Anuario, la reflexión y el análisis de las realidades chiapanecas y mexicanas pero también y en no menor medida de las realidades centroamericanas. Antropología social, arqueología, historia, economía y humanidades son los márgenes por los que discorra la propuesta de los Anuarios en adelante. Queremos hacernos presentes, queremos abrirnos al pensamiento y a la sociedad a través de contribuciones modestas pero sólidas, sumándonos a la construcción de un ambiente de pluralidad, de tolerancia, de hondura en el conocimiento y reflexión. Por supuesto que mantenemos la apertura a todos los colegas de la región y de Centroamérica. Por supuesto que aspiramos a elevar nuestro quehacer como una de las formas de vocación, como una forma de ser y de ser parte de la suma a los esfuerzos por llevar a más las aspiraciones y circunstancias d Chiapas y de su sociedad.

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
Abril de 1995

Anuario 1994. Tuxtla Gutiérrez: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica/Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, 1995, pp. 7-8.

Sobre “Una reflexión acerca de la UNICACH”, de Andrés Fábregas Puig (1997)

Reproduzco aquí el texto que leí el 30 de enero de 1997 con motivo de mi segundo informe de actividades como rector de la UNICACH.

Una reflexión acerca de la UNICACH

Al cumplirse el período marcado por la Ley Orgánica de la UNICACH, he entregado a la Junta Directiva presidida por el señor Gobernador del Estado, Lic. Julio César Ruíz Ferro, y al Consejo Universitario, un informe por escrito de las actividades desarrolladas en la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, durante el pasado año de 1996. Así mismo, se editó un video que tendrá amplia difusión en la comunidad universitaria. Cumplida así la disposición de la ley, aprovecho esta ocasión para invitar a la comunidad unicachense a elaborar una reflexión acerca de nuestro propio quehacer. Permítanme iniciarla con los siguientes planteamientos.

La UNICACH está situada en un escenario social e histórico complejo, que exige el cumplimiento cabal de nuestro deber, el desarrollo del conocimiento, la preservación y recreación de la cultura y la acción social crítica, constructiva y solidaria. El compromiso de nuestra comunidad universitaria con nuestra tierra y su gente es integral y sostenido. El proceso educativo universitario no se reduce a la docencia, sino implica la creación de un conocimiento aplicable a la satisfacción de las necesidades sociales, mediante un ejercicio profesional comprometido con nuestro entorno, con los derechos humanos y con el desarrollo en su más amplia concepción.

El estado de Chiapas es el territorio de una sociedad pluricultural y varioétnica, en cuyo contexto los mundos de la cultura adquieren importancia básica en la normatividad de la vida social y la coherencia de los grupos humanos. La UNICACH está comprometida a comprender esos mundos de la cultura a través de la investigación y la generación de conocimiento. Para contribuir también al diálogo cultural, al entendimiento.

Los mundos de la cultura son concepciones diferentes del universo y del lugar que los humanos ocupamos en él, además de configurar sistemas distinguibles de ecología cultural. La UNICACH debe generar conocimiento desde estas perspectivas para contribuir al desarrollo desde la sociedad y afuera de ella. Este aspecto es vital para la imaginación y puesta en práctica de alternativas que no se riñan con los mundos de las culturas locales, sino que sean capaces de localizar y activar los potenciales de transformación que portan.

Lo anterior va paralelo a la adquisición de una identidad universitaria que se inicia con la adquisición del conocimiento de la propia universidad y lo que esta significa socialmente. Después viene la adquisición de una amplia

gama de conocimientos que ocurre en términos de un cuadro concreto de relaciones sociales entre los propios universitarios. Es este cuadro de relaciones sociales el transmisor de valores de los comportamientos que caracterizan a la comunidad universitaria. Es ello lo que va internalizando una identidad que adquiere su propio espacio en la sociedad y desde el cual, a su vez, se trazan las relaciones con ella.

En nuestra concepción, resulta básico fomentar entre los alumnos, y en verdad, en la comunidad universitaria toda, el hábito de la discusión como método de aprendizaje. Nuestra comunidad universitaria debe ser capaz de establecer el espacio de la discusión como una forma particular de convivencia, en donde no solo se genera conocimiento, sino se aprende a ser útil a la sociedad. En una palabra: los espacios de discusión deben ser contextos para aprender a pensar e imaginar las alternativas de aplicación del conocimiento. Aquí, en estos espacios, se afianzan las normas de comportamiento que caracterizan a un universitario: el respeto a la opinión de los demás, la observancia de reglas en el debate, la forma de expresar el punto de vista propio, el fomento a la tolerancia y la búsqueda colectiva de soluciones a los complejos problemas sociales que vivimos.

La construcción de este ámbito universitario no es fácil. Se trata no solo de integrar una comunidad sino de que tenga la capacidad de relacionarse con el resto de la sociedad a través del cumplimiento de sus funciones. Al mismo tiempo, la universidad debe ser capaz de redefinirse, de revisar constantemente su papel y su desempeño en la sociedad. La universidad que buscamos construir debe ser capaz de egresar profesionales cuya representación ideal y afectiva corresponda a un individuo dedicado a la generación de conocimiento o a su aplicación, adecuado a su entorno social.

En síntesis: estamos construyendo en la UNICACH un ámbito universitario capaz de responder, enriquecer e incidir en la variedad de la cultura y la sociedad en Chiapas. Una comunidad universitaria que tenga puestos los objetivos en los problemas que afronta el Estado de Chiapas en la selva, en la montaña, en la sabana, en la costa, en el campo y en las ciudades, y responder a la responsabilidad de usar la inteligencia para servir a nuestra sociedad.

Comunidad Universitaria, año 2, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Febrero, 1997, núm. 5, pp. 9 y 16.

Sobre “Los Anuarios 1994 y 1995, nuevas aportaciones al conocimiento científico y humanístico”, de José Antonio Aparicio Quintanilla (1997)

El siguiente es un texto del antropólogo José Antonio Aparicio Quintanilla, escrito cuando era investigador del CESMECA, y que es el primero en analizar el contenido de los dos primeros *Anuarios* del CESMECA, los correspondientes a 1994 y 1995. José Antonio Aparicio Quintanilla murió en San Cristóbal de Las Casas el 8 de agosto de 2012. Al momento de su deceso era profesor-investigador de la Universidad intercultural de Chiapas. Fue un poeta de amplio reconocimiento tanto en su país natal, El Salvador, como en América Latina.

José Antonio Aparicio Quintanilla

Investigador del CESMECA

Es ya una larga tradición que los centros de docencia y sobre todo de investigación, reúnan en documentos especiales parte de los materiales producto de estudios y actividades investigativas realizados a lo largo de un año. De ahí el nombre de Anuarios, con que se designa a estos documentos. Su papel no es solamente reafirmar la presencia de la institución que representan, sino contribuir con nuevas aportaciones al conocimiento, tanto científico como humanístico.

En el texto que sirve de presentación al Anuario 1994 se dice que éste “inicia una nueva época en lo que se refiere a su propuesta y a sus propósitos. Culmina un tiempo y se abre otro, ojalá que novedoso. Culmina el período de su existencia como órgano del que fuera Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación dentro de una institución de difusión cultural: el Instituto Chiapaneco de Cultura. En cuanto tal, alcanzó cinco entregas, a cual más importante por el valor académico y documental de su composición” Si bien el contenido de los cinco anteriores anuarios es novedoso e importante, no lo es menos el de los dos que estamos presentando, el Anuario 1994 y el Anuario 1995.

El Anuario 1994 se inicia con un importante trabajo del doctor Andrés Fábregas Puig, “Antropología y Cultura en el Mundo Contemporáneo”. Este ensayo que empieza con una reflexión acerca de las angustiosas y al mismo tiempo esperanzadoras circunstancias de lo que el autor denomina “fin de época”, conforma en una apretada síntesis el desarrollo seguido por el pensamiento antropológico desde la segunda mitad del siglo XIX, así como los momentos culminantes del mismo, tanto en México como en el resto de América Latina y del mundo, en el milenio cuyo fin se avizora. Andrés Fábregas, como en otros trabajos de su autoría, destaca el importantísimo papel que

juega el evolucionismo —tema para él muy caro—no sólo en la consolidación de la antropología como disciplina científica, sino en el desarrollo de las ciencias sociales en general. “La adopción del evolucionismo cultural, como explicación dominante decimonónica—señala el autor—era un resultado del profundo cambio que significó en Europa Occidental y en Estados Unidos, pasar de la estructura terrateniente a la del empresariado. [...] es justo en esa época (1850 en adelante) —añade— en la que se impulsa notablemente la vida académica, los museos, las bibliotecas, las sociedades culturales y científicas, la lectura... fue la parte noble: la consolidación de la cultura, de la ciencia. Fue noble también porque se sentaron y desarrollaron bases para una antropología que ha contribuido al diálogo cultural y la comprensión de la pluralidad”.

En este interesante como resumido transitar los caminos seguidos por el pensamiento antropológico, irán apareciendo las diferentes corrientes que lo conforman y alimentan. Desde las contribuciones de la teoría marxista, muy ligada siempre al evolucionismo, en el que en gran parte se fundamenta; pasando por el momento importante de la aparición de esa obra cimera del gran jurista inglés Henry Maine, *El Derecho Antiguo*, cuya influencia en el pensamiento y en la obra del otro Henry, sólo que estadounidense y Morgan de apellido, serán definitivos. Es sumamente difícil resumir en un breve comentario, como el que trato de elaborar, temas tan apasionantes. Sobre todo cuando hay muchos otros aspectos a considerar. Pero no es posible dejar de mencionar el papel sobresaliente del pensamiento social francés en las contribuciones de Émile Durkheim y Marcel Mauss a través de la sociología científica; de la destacada escuela antropológica del funcionalismo, y de la no menos importante aportación de Claude Lévi-Strauss y la corriente estructuralista en antropología. Tampoco es posible no mencionar el papel fundamental de la antropología en el estudio, esclarecimiento y valoración de las raíces y desarrollo de la gran familia humana, como medio para comprender al mismo tiempo la totalidad de la cultura.

El resto del contenido del Anuario 1994, no es menos importante. Desde el detenido análisis acerca del desarrollo y uso del concepto de comunidad en las investigaciones antropológicas y, en menor grado, históricas, presentado por Juan Pedro Viqueira, hasta la afirmación que el mismo autor hace que “No obstante a pesar de todo, las críticas que se puedan formular al concepto de comunidad, es necesario reconocer que a través de él, los investigadores intentaron dar cuenta de un fenómeno de gran importancia: el de la identidad de los pueblos indios.” Sin embargo, podría decirse que desde la década de los 60, si es que no antes, en la literatura antropológica y sociológica latinoamericana empezaron a considerarse los análisis regionales, cuando estaban en su apogeo los estudios basados en el concepto de comunidad. No olvidemos que es la época también en que se multiplicaron los programas de desarrollo de la comunidad a lo largo y ancho de América Latina.

En el trabajo “Del indio a la identidad étnica. El caso de los zoques de Chiapas”, Miguel Lisbona Guillén parte de la importancia que tiene México

como “ejemplo vivo de diversidad cultural” para científicos sociales interesados en cuestiones etnológicas, lo mismo que para los turistas atraídos, no solo por el paisaje, sino por lo que el autor llama colorido y “primitivismo” de ciertos grupos humanos de la República mexicana, hasta centrarse en el análisis y discusión de “aspectos teóricos de los términos grupo étnico e identidad” que lo conducirán al examen de “los contrastes étnicos de los zoques de Chiapas a través de los estudios realizados sobre los mismos” así como de su propia experiencia. Tales estudios van desde consideraciones teóricas e históricas, políticas y económicas, pasando por la integridad social y unidad cultural. Con base en los postulados teóricos de Frederick Barth y Roberto Cardoso de Oliveira, principalmente, así como de los antropólogos mexicanos Gonzalo Aguirre Beltrán y Guillermo Bonfil Batalla, el autor se refiere a la problemática del grupo étnico e identidad del mismo, y que tratará de contrastar con el caso concreto de los zoques de Chiapas.

“Hace casi cuarenta años, un alemán visitante de Chiapas escaló la montaña del Tzontehuitz. Cerca de un caserío fue atacado por los chamulas del lugar y quedó muerto. Este acontecimiento ha venido pasando de boca en boca entre los indígenas de los Altos de Chiapas”. Así comienza su relato sobre “La Muerte de un Alemán” María Elena Fernández-Galán Rodríguez. Este trabajo es producto de la investigación sobre una muerte casi “anunciada”, si recordamos las observaciones y sobre todo las recomendaciones del profesor José Weber y su esposa, una maestra mexicana, al pintor Arthur Silz, antes de que este viajara en pos de la cumbre del Tzontehuitz, y encontrara la muerte a manos de indígenas chamulas. Pero si por una parte, la muerte del alemán es triste y lamentable, con todas las implicaciones penales y morales que el caso encierra, las versiones que han surgido dieron pie para que la investigadora realizara un estudio entretenido e interesante acerca de los personajes relacionados con el drama; el espacio y su moradores, destacando las relaciones entre indígenas y ladinos; la influencia religiosa de los alfabetizadores del Instituto Lingüístico de Verano; la presencia de una gama de espíritus buenos y malos entre los tzotziles y las chamanerías y rituales existentes; la transformación de los hechos en cuentos y crónicas periodísticas. Pero, sobre todo, fue punto de partida hacia consideraciones antropológicas acerca de esa tenue línea que separa al mito de la realidad, la religión de la magia, y sobre todo, las fronteras entre la llamada civilización occidental y cristiana y la cosmovisión, no por ello menos real, del lacerante mundo indígena.

Pero como su misma designación y propósitos lo indican, los estudios que este importante Centro de Investigaciones lleva a efecto, no se limitan al área geográfica del sureste de México, sino que se extienden a una región mucho más amplia que abarca lo que algunos españoles estudiosos de la geografía de estos territorios designan como la Centroamérica Continental y Centroamérica Insular, que es otra forma de llamar a Centroamérica y el Caribe. De esta manera el Anuario 1994 incluye un trabajo de Jorge Ramón González Ponciano, en el que aborda “El Indigenismo y la construcción de la nación

en Guatemala (1959 y 1993). Las principales líneas de acción gubernamental durante este período fueron: Desarrollo de la comunidad, educación bilingüe y control poblacional. La problemática agraria quedó prácticamente excluida.”

Los aires integradores del indio a la sociedad también soplaron en Guatemala, de manera similar que en otros países latinoamericanos con fuerte presencia de población indígena. Como parte de la chabacanería oficial que hacía eco de las ya conocidas bufonadas del general e ingeniero Ydígoras Fuentes, se instituyó el lema “no nos conviene conservar indio al indio ni indigenizar al país sino realizar la integración social guatemalteca”. Para ello, el general e ingeniero organizó ligas pro matrimonio entre indígenas y ladinos en el Departamento de San Marcos-anota González Ponciano-donde legalizó 3,000 relaciones conyugales no registradas oficialmente.

Frente a esta actitud y práctica oficialista, ¿cuál fue la reacción del indio guatemalteco? Responder con la organización de un movimiento, que fue tomando perfiles cada vez más confrontativos. La represión gubernamental también subió de tono, hasta desembocar en el asesinato de dirigentes campesinos e indígenas; masacres como la de los indios Kekchies en Panzós, y el desplazamiento de grandes masas de población hacia las “aldeas estratégicas”. Este extenso artículo que abarca un período de 34 años de avatares en la vida del indio guatemalteco, examina aspectos relacionados con el movimiento indígena; con el indigenismo y la pacificación; los derechos humanos y la etnicidad; la emergencia femenina dentro del movimiento indígena; con el indigenismo y la pacificación; los derechos humanos y la etnicidad; la identidad y religión, entre otros, concluye que “a pesar del racismo y la ofensiva neoliberal, puede prefigurarse una fuerza panindianista que rebasa a largo plazo las fronteras nacionales y traiga reformas en todos los órdenes de la vida social al sur de Mesoamérica”.

Los temas centroamericanos aumentan en el volumen correspondiente al Anuario 1995. Me limito a mencionar los trabajos y sus autores, en obvio de espacio y sobre todo, de tiempo.

Pedro Antonio Escalante Arce, “El Arzobispo y las Cofradías”. Se trata del surgimiento, desarrollo y peculiaridades de las Cofradías en El Salvador, y la actitud de rechazo de las mismas por parte del arzobispo de Guatemala, Pedro Cortés y Larraz, en el siglo XVII.

- Dorelia Barahona, “Reflexiones sobre la influencia de la iglesia en los criterios de realidad del costarricense”. La autora desarrolla un análisis valiente del ser costarricense, la influencia de la iglesia, y la maraña de una mitomanía disfrazada, “todo con tal de no reconocerse a sí mismos frente al espejo de su historia personal, que es la historia -según la autora- de su pueblo, de su ideología”.
- Marvin Barahona. “Identidad, Estado e integración nacional: el caso de Honduras”.
- Mario R. Argueta. “Tres momentos en la conformación de la identidad nacional hondureña”.

- Joseph O. Palacio. “Los pueblos indígenas del Caribe: un paso hacia el autodescubrimiento”.
- Herman Byrd. “Belice y Centroamérica: algunas reflexiones históricas y contemporáneas”.
- Gabriel Aarón Macías Zapata. “Migración de trabajo en Cuba y Yucatán. 1915-1922”.

Para concluir faltaría mencionar la publicación de separatas. Se incluye en el Anuario 1994 la dedicada al científico ruso Liev Semiiónovich Vygotski, con la presentación de cuatro artículos por Efraín Aguilar Jiménez. El Anuario 1995 incluye la separata “Una exploración del Cañón del Sumidero”, del arqueólogo Thomas A. Lee Whiting. Ambos trabajos, dada su importancia, merecen un detenido análisis y comentario por separado. Como también lo merece el estupendo ensayo de Jesús Morales Bermúdez, sobre “La narrativa en Chiapas”.

Comunidad Universitaria, año 2, Tuxtla Gutiérrez,
Chiapas, febrero 1997, núm. 5, pp. 7-8 y 16.

Glosario de siglas

- ACNUR. Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados
- CCHE. Centro Chiapaneco de Escritores
- CELALI. Centro Estatal de Lengua, Arte y Literatura Indígenas
- CESMECA. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
- CIESAS. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
- CIHMECH. Centro de Investigaciones Históricas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas
- COMECOSO. Consejo Mexicano de Ciencias Sociales
- CONECULTA. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes
- ENAH. Escuela Nacional de Antropología e Historia
- EZLN. Ejército Zapatista de Liberación Nacional
- FBI. Agencia Federal de Investigación de los Estados Unidos
- ICACH. Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas
- ICHC. Instituto Chiapaneco de Cultura
- IEI. Instituto de Estudios Indígenas
- IIA. Instituto de Investigaciones Antropológicas
- ILV. Instituto Lingüístico de Verano
- INAH. Nacional de Antropología e Historia
- INI. Instituto Nacional Indigenista
- PRD. Partido de la Revolución Democrática
- PRI. Partido Revolucionario Institucional
- PROIMMSE. Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste
- SEP. Secretaría de Educación Pública
- TLCAN. Tratado de Libre Comercio de América del Norte
- UNACH. Universidad Autónoma de Chiapas
- UNAM. Universidad Nacional Autónoma de México
- UNICACH. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
- UNICH. Universidad Intercultural de Chiapas

